

CULTURA

311/69

46

•• REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION ••

SAN SALVADOR

EL SALVADOR

CENTRO AMÉRICA

OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1967



CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION

MINISTRO
LICENCIADO WALTER BENEKE

SUB-SECRETARIA
LICENCIADA ANTONIA PORTILLO DE GALINDO

DIRECTORA DE LA REVISTA
CLAUDIA LARS

Nº 46

OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1967

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Pasaje Contreras Nº 145
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 6 8

INDICE

	PAGINA
Miguel Angel Asturias y el Premio Nobel	11
Alfonso Orantes	
La poesía de Miguel Angel Asturias	19
Alfonso Enrique Barrientos	
Carta de Paul Valéry a Francis de Miomandre sobre “Leyendas de Guatemala”, de Miguel Angel Asturias.	29
Leyenda del cadejo	30
Leyenda de la tatuana	33
Prólogo de “Obras Escogidas” de Miguel Angel Asturias	37
José María Souviron	
“El Señor Presidente” de Miguel Angel Asturias	43
“Clarivigilia primaveral” de Miguel Angel Asturias	48
Mágicos-Hombres-Mágicos	49
Artesanías ocultas	53
Rayito de estrella (Fantomina)	56
Miguel Angel Asturias	
El Alhajadito de Miguel Angel Asturias	61
Miguel Angel Asturias: dos veces Premio Nobel	71

	PAGINA
Miguel Angel Asturias	73
Alfonso Quijada Urías	
Crayones. La pintura de Salarrué	76
Matilde Elena López	
El sincretismo gnóstico	80
Julio Fausto Fernández	
Algunos aspectos de la literatura norteamericana	93
Luis Gallegos Valdés	
“Corazón con S”, de Serafín Quiteño	104
Vicente Rosales y Rosales	
Poemas de Roberto Armijo (Salvadoreño)	
Poeta, en qué quedamos	109
Las piedras	110
Poema de José María Cuéllar (Salvadoreño)	
Retorno del hogar y de la madre	112
Poema de Ricardo Castro Rivas (Salvadoreño)	
Canción hindú para Joan Baez	114
Poemas de Ricardo Lindo (Salvadoreño)	
Ombre	117
Un río pasa el ojo del extraño	118
Loa caballeros del Grial	119
Brindis	120
Poemas de Francisco Figueroa (Guatemalteco)	
Del verbo amar	121
Júbilo en el duelo	122
Blasfemias	123
Miguel Angel Espino, el poeta de nuestro mundo mágico	126
Luis Rivas Cerros	
El anti-ornitólogo. (Cuento)	129
Mercedes Durand	
La blata. (Cuento)	133
Claudio Arenas	
La novela de Antón. (Cuento)	136
Tirso Canales	
Yo, el monasterio y yo	143
Ricardo Aguilar Humano	
Vida Cultural	147
Tinta Fresca	153

Colaboran en este Número

ALFONSO ORANTES.—Poeta y escritor guatemalteco. Licenciado en Derecho. Se dedica, especialmente, al ensayo y la crítica literaria. En 1933 editó un poemario titulado *Álbórbola*, de lenguaje brillante y sorpresivo. Desempeñó importantes cargos de su Gobierno, siendo Ministro de Guatemala en Panamá, Ecuador y Venezuela. También fue Embajador de Guatemala en Chile. Sus escritos se publican en importantes revistas del Continente. Reside en El Salvador desde 1954. Fue, durante muchos años, Colaborador Literario de la Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación de este país.

ALFONSO ENRIQUE BARRIENTOS.—Nació en una población del Departamento de Jutiapa, Guatemala, en agosto de 1921. Estudió en la Escuela Normal de Varones de su patria y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Se dedica, como medio de vida, al periodismo y a la enseñanza de literatura. Es Vice-Presidente de la Asociación de Escritores de Guatemala. Obras publicadas: *Cuentos de amor y de mentiras*; *Cuentos de Belice*; *La huella del maniquí*; *El negro*; *El desertor*, novela; *Gómez Carrillo*, biografía; *Rafael Heliodoro Valle*, biografía; *El Señor Embajador* y *Molino de Gracia*, teatro. Ha viajado por España, Francia, América del Sur y residió ocho años en México.

LUIS GALLEGOS VALDES.—Prosista salvadoreño. Nació en San Salvador. Se dedica, especialmente, al ensayo y a la crítica literaria. Fue durante varios años Director General de Bellas Artes en esta capital; también trabajó como catedrático de la Facultad de Humanidades en la Universidad de El Salvador. Ha viajado por Europa, Estados Unidos de Norte América y varios países de la América Latina. Su libro *Tiro al Blanco* reúne juicios sobre obras de varios escritores; *Plaza*

Mayor es fino relato de tiempos pasados; *Panorama de la literatura salvadoreña* aparece como importante libro informativo. Actualmente reside en París, formando parte de los miembros de nuestra Embajada en Francia.

JULIO FAUSTO FERNANDEZ.—Prosista salvadoreño. Doctor en Derecho. Nació en una población del Departamento de Usulután, en 1913. Estudió en San Salvador, México y España. Ha desempeñado altos cargos en el Gobierno de nuestro país, siendo Cónsul General en Brasil, Consejero de la Embajada de El Salvador en Chile, Ministro Consejero de la Embajada de El Salvador en España. Fue Subsecretario del Ministerio de Justicia, de 1957 a 1960. Actualmente es Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Obras publicadas: *A propósito de la reforma universitaria*; *El existencialismo, ideología de un mundo en crisis*; *Del materialismo marxista al realismo cristiano*; *Patria y juventud en el mundo de hoy*; *El libre albedrío*, apuntes para una discusión; *Los valores y el derecho*, 1er. Premio, rama Ensayo, Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, 1957; *Una conciencia frente al mundo*; *Bolívar, figura ecuménica*; *Charlas sobre el sentido de la historia*; *Radiografía del dolor*, 1er. Premio, Ensayo, Certamen Nacional de Cultura de esta República, 1963.

LUIS RIVAS CERROS.—Profesor, ensayista y periodista salvadoreño. Nació en la ciudad de San Miguel en 1915. Colabora en revistas nacionales y extranjeras. Vivió varios años en España, ampliando allí su cultura. Libro inédito: *La invasión de los complejos psíquicos*, del que hemos publicado fragmentos en números anteriores de "Cultura".

MATILDE ELENA LOPEZ.—Nació en San Salvador en 1925. Se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad Central del Ecuador. Autora de las siguientes obras: *Masferrer, alto pensador de Centro América*; *Tres ensayos sobre poesía ecuatoriana*, tesis doctoral; *Interpretación social del arte*, 1er. Premio en la rama de Ensayo, Certamen Nacional Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes, Guatemala, 1962; *Dante, poeta y ciudadano del futuro*, Premio Único en Certamen Centroamericano celebrado en Guatemala. Ha sido laureada en otros certámenes de poesía y cuento, nacionales y extranjeros.

VICENTE ROSALES Y ROSALES.—Poeta salvadoreño. Nació el 5 de noviembre de 1894 en Jucuapa, Departamento de San Miguel. Obras publicadas: *El bosque de Apolo*; *Euterpolo politoral*; *Pascuas de oro*. El Departamento Editorial del Ministerio de Cultura de El Salvador (ahora Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación) publicó una *Antología* poética con su firma, en 1962.

ROBERTO ARMIJO.—Joven poeta y escritor salvadoreño. Nació en la ciudad de Chalatenango. Obras: *La noche ciega al corazón que canta*; *Poemas para cantar la primavera*, 1er. Premio en los Juegos Florales de San Salvador, 1959; *Mi poema a la ciudad de Ahuachapán*, 2º Premio en Certamen literario de la misma ciudad, 1962; *Francisco Gavidia, la odisea de su genio*, 1er. Premio, rama de Ensayo, Certamen Nacional de Culutra de El Salvador, 1965. Este libro fue escrito conjuntamente con el doctor José Napoleón Rodríguez Ruiz. En el Certamen "Rubén Darío", que conmemoró en Nicaragua el cincuentenario de la muerte del gran nicaragüense, Armijo obtuvo 1er. Premio, rama Ensayo, por su trabajo titulado: *T. S. Eliot, el poeta más solitario del mundo contemporáneo*. Armijo es uno de los cinco autores del nuevo libro de poesía: *De aquí en adelante*, que ha sido celebrado o discutido acaloradamente en nuestro país.

JOSE MARIA CUELLAR.—Poeta y cuentista salvadoreño. Nació en Ilobasco, Departamento de Cabañas, en 1942. Ha merecido los siguientes lauros: 1er. Premio Poesía, Certamen literario de Usulután, por *Dos Cantos a la Patria Antigua*; 1er. Premio en la misma rama, Certamen Literario de la Ciudad de San Vicente, por *Bajo un sol de naranjas*; 1er. Premio en Certamen Literario de San Sebastián, por *Bajo la flor desnuda de la luna*. Ultimamente ha recibido nuevos galardones.

RICARDO CASTRO RIVAS.—Nació en San Salvador, en 1938. Escribe poesía y cuentos. Autodidacta. Su oficio, linotipista. Ganó el premio “Vicente Acosta” (2º, rama Poesía) en los X Juegos Florales de Nueva San Salvador; obtuvo 3er. lugar en la misma rama, XV Torneo Cultural Centroamericano de la AED. En el XVI Torneo Cultural de la misma Asociación alcanzó el poemario “Salarrué”, rama Cuento. En diciembre del año en curso recibió 1er. Premio, rama Poesía, XI Juegos Florales de Santa Tecla. Ha viajado por Centro América, México, Brasil y Europa.

FRANCISCO FIGUEROA.—Nació en la ciudad de Escuintla, Guatemala, el 4 de octubre de 1902. Cinco años de primaria, cuatro de escuela práctica, cinco de estudios universitarios, como oyente, en la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos. Obras: *Poesía*, edit. Miguel Angel Asturias, 1936; *Alegría*, poemas, 1939; *Victoria de la vida*, canto elegíaco, 1950; *Carmina*, 1960, edit. Universidad de San Carlos. Colabora en varios periódicos de su país, de Centro América y del resto del Continente de habla española.

RICARDO AGUILAR HUMANO.—Autodidacta en pintura. Sus cuadros muestran recia personalidad. Se inicia en el campo de las letras con paso seguro. Ha residido en California, Estados Unidos de Norte América, y allá perteneció al movimiento de los “hippies”. Acaba de presentar interesantes exposiciones pictóricas al aire libre, con el grupo “Mancha Nueva”, en el Parque Balboa de esta capital.

TIRSO CANALES.—Poeta y prosista salvadoreño. Nació en San Salvador en 1933. Perteneció a la joven generación de escritores de nuestro país. Estudió filosofía en Europa. Obras publicadas: *Lluvia en el viento*, poemas; *Los atáides*, teatro, en colaboración con el doctor José Napoleón Rodríguez Ruiz. Obras inéditas: *Prolongación de la leyenda*, cuentos; *Más allá de los sentidos*, poesía; *Ensayos filosóficos*. En compañía de Roberto Armijo, José Roberto Cea, Manlio Argueta y Alfonso Quijada Urías, acaba de publicar un poemario de tipo nuevo: *De aquí en adelante*.

MERCEDES DURAND.—Nació en San Salvador en 1933. Estudió Filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Escribe poesía, cuentos, ensayos y artículos periodísticos. Colabora en revistas de México y Centro América. Dirigió el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de El Salvador y publicó, en compañía de otros escritores, la revista “Vida Universitaria”. Obras: *Espacio*, poesía; *Sonetos elementales*; *Poemas del hombre y del alba*. Ha ganado varios premios en torneos literarios y su obra inédita, en prosa y verso, es abundante.

CLAUDIO ARENAS.—Escritor salvadoreño que desea esconder su verdadero nombre en un seudónimo. Perteneció a familia que ha dado a la patria una poetisa de singular valor. Hombre muy culto y con títulos universitarios. Escribe sin deseos de obtener aplausos en el campo de las letras.

ALFONSO QUIJADA URIAS.—Salvadoreño. Poeta y prosista. Pertenece a la más joven generación de escritores de nuestro país. En 1962 obtuvo 2º Premio en el Segundo Certamen Cultural de la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador. En 1963 alcanzó 1er. puesto en los Terceros Juegos Florales de la ciudad de Zacatecoluca. Con José Roberto Cea dividió el 1er. Premio en otros Juegos Florales. Escribe seriamente. Pertenece al grupo de cinco autores que acaba de publicar un libro de poesía nueva: *De aquí en adelante*.

RICARDO LINDO.—Joven poeta y prosista de talento muy original. Es hijo del conocido escritor y poeta salvadoreño, doctor Hugo Lindo, pero no ha permitido que su expresión literaria sea dominada por la de su padre. Habla y escribe con entera libertad. Sus primeros poemas y cuentos se publicaron en "Cultura". Estudia actualmente en España, sin abandonar su natural vocación de escritor.

Miguel Angel Asturias y el Premio Nobel

Por Alfonso ORANTES

Si no hubiera sido compañero de Miguel Angel Asturias y no lo hubiera conocido tan bien desde que éramos estudiantes, no podría decir sino algunas frases triviales o adocenadas respecto a lo que ha sido, es y representa para Guatemala, para Centroamérica y ahora para el mundo.

Porque para referirse a Miguel Angel Asturias hay que estar enterado de sus grandezas y miserias, de su origen y vocación, su desenvolvimiento intelectual y superación que principiando normalmente, se aceleran y culminan en una arrolladora eclosión que abarca actitudes febriles aunque no agotadoras para su resistencia física y mental, poder creador y sencillez personal. Es una gran sencillez lo que distingue ante todo a Miguel Angel Asturias. Nunca adoptó actitudes impertinentes, ni hizo alarde de suficiencia. Ha sido un trabajador infatigable.

Desde estudiante mostró dotes poco frecuentes en los buenos estudiantes.



ALFONSO ORANTES

Siempre fue alegre, decidor, dinámico, entusiasta, lleno de iniciativas y amigo

de realizaciones. Gustó del deporte y el quehacer poético lo realizaba más como un entretenimiento que como una vocación. Sin embargo al releerse cualquiera de las composiciones de sus primeros años de estudiante, podemos advertir que ya ofrecía singulares puntos de vista, modalidades diferentes a las habituales de quienes se entregaban, por entonces, a las tareas literarias.

Cuando éramos estudiantes, su preocupación fue cada vez mayor por el desarrollo popular y así, con otros compañeros de entonces fundamos, en compañía de un hombre tan original, activo y extraordinario como Porfirio Barba Jacob, la UNIVERSIDAD POPULAR de Guatemala. Asturias se apasionó por esta institución y juntos realizamos una obra que ha perdurado, aunque desviada de sus fines, incrementándose a medida que se ha comprendido su significación y trascendencia. Fue así como luego de haberse graduado de abogado y notario, obteniendo con su tesis **EL PROBLEMA SOCIAL DEL INDIO**, el Premio Gálvez, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de Guatemala, publica en París su primer ensayo sobre cuestiones sociales: **LA ARQUITECTURA DE LA VIDA NUEVA**, cuyo título ya revela un trabajo serio dedicado a los alumnos de la UNIVERSIDAD POPULAR.

Durante los aciagos días de la dictadura de Estrada Cabrera, cuando como estudiantes inconformes y ambiciosos de lograr para nuestra patria libertad y justicia, fuimos perseguidos, no olvido que en la habitación de un amigo, situada en casa de la once calle, cuyas características coloniales eran muy particulares, en medio de sobresaltos por el ambiente que prevalecía —la delación y el servilismo— Miguel Angel leía a sus amigos algunas páginas de **TOHIL**, obra que más tarde iba a convertirse en una de sus obras más comentadas: **EL SEÑOR PRESIDENTE**.

Quienes han tratado de rebajar los méritos, rango intelectual y literario, así como la calidad que como novelista y poeta posee Asturias, han dicho tantas sandeces y mentiras respecto a él que en verdad sorprende cómo la crítica haya podido llegar a tales bajos extremos. Parece como si les escuece o mortifica el renombre alcanzado por Miguel Angel, no sólo como escritor, sino como hombre. En muchas de las apreciaciones ligeras de escritores tanto latinoamericanos, como de Centroamérica, se trasluce cierta envidia cuando se le juzga, especialmente a raíz de haber obtenido el Premio Nobel de la Literatura este año, 1967.

Uno se pregunta si escritores que paladinamente han confesado no haber leído o no haber podido leer la obra de Miguel Angel Asturias estarán en capacidad de juzgarle. Sólo porque la soberbia y la mezquindad humanas llegan a extremos tan desconcertantes, puede contemplarse ese triste espectáculo que ofrecen los amargados y envidiosos. Porque para lograr un galardón tan ambicionado por muchos escritores que posiblemente puedan haber publicado mayor número de libros que Miguel Angel Asturias, quienes se lo otorgaron no lo hicieron, aunque se persista en ello, ni por razones políticas, ni por favoritismo alguno o componendas. Si un escritor como Asturias ha sido designado para merecer tal galardón no se ha debido al azar ni al capricho. Si han mediado algunas circunstancias como para sospechar que lo político haya tenido alguna influencia en tal señalamiento, es obvio considerar que ese matiz que se trasluce y expresa en la mayor parte de las novelas de Asturias, lleva un contenido del que no pueden apartarse espíritus con sensibilidad, ni escritores que tampoco deben desentenderse de los graves problemas de nuestro tiempo. Asturias mostró, desde estudiante, por su misma extracción social, tendencia a colocarse al lado de los que nada tie-

nen, todo se les niega y, al fin de cuentas, nada piden, como no sea que se les deje a la expectativa de lo que la justicia social demanda para nuestros pueblos mismos.

Llama la atención entre los escritores centroamericanos que buena parte de ellos nieguen o regateen méritos a Miguel Angel Asturias, cuando antes no escatimaron sus elogios o ditirambos. No hay periódico centroamericano que no registre incontables páginas dedicadas a su poesía. Reproducciones infinitas de críticas respecto a sus libros fueron incluidas en las secciones correspondientes de nuestros diarios. Y tanto los escritores maduros como los jóvenes se alternaban en las alabanzas.

Hasta ahora, pocos han sido los juicios completos que acerca de la obra tanto poética como novelística se han publicado. Uno que otro artículo relativo al más conocido de sus libros: EL SEÑOR PRESIDENTE, al que últimamente se le han encontrado semejanzas con TIRANO BANDERAS de Valle Inclán, que para críticos medianos se ha convertido en muletilla, por no encontrar otra semejanza. Pero aparte de los juicios que escritores verdaderamente calificados han formulado sobre LEYENDAS DE GUATEMALA, entre los que por su brevedad y esencial contenido se destaca lo dicho por Paul Valéry respecto a "estas historias-sueños-poemas", pocos conocen su impresionante trilogía constituida por VIENTO FUERTE, EL PAPA VERDE y LOS OJOS DE LOS ENTERRADOS. En lo que toca a WEEK END EN GUATEMALA, luego de que la crítica recibió su publicación como una denuncia candente y auténtica, pocos también han hallado en otro de sus libros, tan delicado y fino como EL ALHAJADITO, memoraciones de las LEYENDAS DE GUATEMALA. En cuanto a MULATA DE TAL, Miguel Angel Asturias hace un derroche de talento poético, fantasía y originalidad y muy pocos críticos se han referido a

ella. Es que una obra tan densa, compacta y maciza como la de este escritor resulta laboriosa lectura para quienes están acostumbrados a lo fácil y adocenado.

Ocurre sin duda que por lo vasto y nutrido de los textos, por la fecundidad de su desbordamiento, por su torrencial juego de imágenes y metáforas, por su eclosión fantástica y hasta sobrenatural, muchos al leer esas obras sienten verdadero mareo. Es que la prosa desbordante y caudalosa de Asturias exalta y enerva, precipita en desasosiego y hesita. En cada uno de sus libros está reflejado el temperamento tropical y arrollador del poeta, del narrador y su creación. Resulta difícil resistir esa avalancha de figuras, juegos de palabras, imágenes y fantasmagorías.

En lo poético su obra reunida en POESIA, Sien de Alondra, no puede ser más plena de riqueza, finura y fuerza expresiva. Todas las gamas melódicas de un lirismo exultante y depurado, la quintaesencia expresiva e impresiva saturan todos y cada uno de sus poemas. Desde la nota delicada a la irrupción arrebatadora o violenta, del despliegue cromático y polifónico, al vigoroso sacudimiento evocador, nos habla de héroes como TECUN UMAN o BOLIVAR y de lo tremante a lo tierno, toda la gama de sentimientos y sensaciones, todo el desbordamiento emotivo de su arrebatador impulso, impresionan y fascinan. En una plaquette intitulada SONETOS DE ITALIA, Miguel Angel Asturias ofrece el cálido colorido de una lírica perdurable, estereotipada en tonos y matices sorprendentes. Y qué decir de las imitaciones de Horacio tan equilibradas y clásicas, tan serenas y sosegadoras. En cuanto a CLARIVIGILIA PRIMAVERAL es como una extensa aurora en donde lo musical y sinfónico y coral, lo sidéreo y cósmico no sólo irradia y deja luminosa estela, sino que van surgiendo de "la Noche, La Nada, la Vi-

da”, “los Mágicos-Hombres Mágicos: el Mágico del Color, el Mágico de la Forma, el Mágico de la Palabra, el Mágico del Sonido, el Mágico del Canto, los Poetas, Amanuenses anónimos”.

Un género creado por Asturias no ha sido hasta ahora suficientemente considerado, pasándose por alto estas creaciones suyas: las fantomimas —pantomimas de fantasmas— cuya originalidad, por considerarlas como divertimientos poéticos, apenas han sido estudiadas, pero cuya perdurabilidad se encuentra asegurada dentro o fuera de las futuras antologías poéticas de nuestro idioma. Todos estos juegos poéticos, todo este malabarismo verbal y fantástico es un trasunto de lo que un verdadero creador e innovador puede legar a los jóvenes que ahora lo menosprecian y que no han podido superar todavía.

Pero además de que Miguel Angel Asturias ha ofrecido la obra que universalmente lo ha consagrado como brillante creador, no debe olvidarse que su afán de investigación lo llevó, desde que estuvo en París, a acercarse al Profesor Jorge Raynaud, dando por resultado su interés por nuestros antecedentes legendarios en la traducción del francés al español, en colaboración con J. M. Hurtado de Mendoza: *Los Dioses, los Héroes y los Hombres de la Guatemala Antigua o El Popol Vuh*, obra que le ha servido de legítima fuente de inspiración. Como su patriotismo es acendrado y su ancestro legítimo, al comprender y posesionarse de lo nuestro y avizorar su grandeza, se halla en trance de sentir y crear. Por eso la revelación de lo indígena a través de sus libros, especialmente *HOMBRES DE MAIZ* y *MULATA DE TAL* tiene características de transfiguración y por lo mismo esas creaciones suyas le engrandecen merced a que su obra está saturada de lo mítico y onírico que operan con milagrosos secretos mayas, dentro de su fabulación singular.

Todavía no se ha intentado un estudio estilístico respecto a la obra de Asturias; quien lo acometa se encontrará con un hontanar inagotable de registros, gama y matices que en su articulación artística revelan todo el secreto expresivo e imprevisto de su lenguaje, cuyas particularidades tienen el laberíntico atuendo de los ornamentos mayas, cuyas complicaciones, meandros y sinuosidades, enervan y apasionan, fatigan y estimulan al mismo tiempo que deslumbra la revelación de su misterio.

Se ha querido y hasta pretendido exigir, por otro lado, que Miguel Angel Asturias debió mantener una sola actitud frente a los problemas, situaciones y contingencias que ha encarado en los avatares en que se ha visto envuelto durante su vida.

Precisamente todo cuanto podrían constituir las grandezas y miserias de un intelectual de los quilates y talla de Miguel Angel Asturias, tendría que ser tomado en cuenta, bajo las diversas y adversas circunstancias en que se han producido a su alrededor, para poder emitir un fallo justo y definitivo acerca de su conducta y determinaciones. Quienes hemos seguido sus pasos muy de cerca y hasta le hemos censurado algunas de sus actitudes, no podemos menos de reconocer que a un hombre, a un cerebro, a un corazón y a un espíritu como el de Asturias, no se le puede juzgar con ligereza. Porque como estudiante fue limpio, entusiasta, puro y combativo, lleno de iniciativas fecundas. Durante la prueba profesional su tesis denominada *EL PROBLEMA SOCIAL DEL INDIO* ofrece una pauta y una posición de sus aspiraciones y perspectivas para un país cuyo elemento étnico, determinante de su nacionalidad, ha sido y continúa siendo sojuzgado. Ese estudio es la prueba más concluyente de que habiendo vuelto los ojos hacia lo propio, no podía traicionarlo literariamente, porque de

ahí tenía que extraer o arrancar todos los materiales que, transformados por su genio, harían de él a uno de los escritores más brillantes, múltiples y fecundos de Guatemala y de Centroamérica.

Quienes aquilataban el talento de Asturias, allegados al dictador de Guatemala, Jorge Ubico, se daban cuenta de que llevarlo a formar parte de la planta de redacción de un diario al servicio del gobierno equivalía a encontrar un sostén y un respaldo para su menoscabado prestigio debido a que en todos los medios prevalecía el servilismo y sometimiento. Los mismos amigos que lo embarcaron en la aventura de alinearse al lado de un precandidato presidencial que había ocupado puestos de importancia en aquel gobierno, llegaron a financiarle a Miguel Angel Asturias un periódico que improvisó con la facilidad con que su talento convertía cualquier iniciativa, como su DIARIO DEL AIRE, en una novedad o en una innovación. Esas debilidades o miserias de un talento y un hombre tan puro, exageradas o disminuidas por estímulos que relajaban su voluntad, lo colocaron al borde de lo irremediable; pero su mismo espíritu, voluntad, su misma fortaleza de corazón y de ánimo, hicieron que Asturias se encaminara por la ancha vía de una recuperación admirable, acción que no quieren reconocer aquellos que, abúlicos o cobardes, no pudieron traspasar los límites del fracaso.

Pero dejando a un lado estos aspectos e incidentes desagradables, para valorar la obra y personalidad de Asturias se necesita además de conocerle no superficialmente como muchos que ni siquiera le han tratado o que si lo han hecho al calor de las efusiones provocadas por encuentros fortuitos, la obnubilación de bebidas espirituosas o lo circunstancial de reuniones donde trataban de congraciarse con una personalidad tan recia como la de este es-

critor contemporáneo, para conocerlo —repito— es preciso ahondar en el hombre que es, en su calidad humana, aparte de su categoría intelectual. Si fuésemos a juzgar a los grandes espíritus por sus debilidades, su grandeza aunque podría empañarse momentáneamente, nunca sería opacada por las contingencias de su vida, sobre todo si es un hombre como Asturias que además de poeta es un humanista. Queden esas mezquindades y maquinaciones para quienes no logran elevarse del nivel del suelo.

— — —

Si alguien merece que se le juzgue como lo que es, desde un plano de serenidad y rigor crítico es Miguel Angel Asturias, brillante y múltiple intelectual. No es pretensión nuestra emprender tal tarea. Para hablar de Asturias es necesario conocerle no sólo en su dimensión de poeta, novelista y creador, sino como hombre.

Aparte de que su anecdotario es fabuloso e inagotable por su variedad, características, colorido y particularidades, no puede pasar inadvertida, ni para sus más enconados y oscuros detractores, que el escritor guatemalteco haya publicado más de veintiséis obras a las que la crítica de todos los países, desconocida entre nosotros, sin abarcar su totalidad, haya dejado de reparar en su originalidad y peculiaridades.

El hecho de que esas mismas obras, en su mayoría, han sido traducidas al francés, alemán, inglés, ruso, portugués, italiano, sueco, etc., y merecido cada una de ellas o varias de las mismas más de cuatro ediciones sucesivas, está indicando la universalidad de su renombre, la excelencia de su naturaleza y el interés que cada día ha ido despertando un creador del rango universal de Miguel Angel Asturias.

Grandes escritores como Valéry, Miomandre, Neruda, Alfonso Reyes y otros



MIGUEL ANGEL ASTURIAS

más, no han regateado a Miguel Angel Asturias, talento, facundia y genialidad. ¿Por qué unos cuantos escritores de tercer orden, ahora que ha recibido el Premio Nobel de Literatura correspondiente a 1967, se empeñan en menospreciar su obra, pretendiendo empuqueñecerle o rebajarle méritos, osando vituperarle calumniándolo antojadizamente?

Algunos majaderos exhibicionistas han dicho que en "la lotería del Premio Nobel" Asturias se ha sacado el galardón. ¿Podría decirse entonces, con igual peregrino criterio que los demás ganadores del Nobel se han visto en el mismo caso?

Ese razonamiento, además de inconsecuente es inconsistente, porque no es la primera vez que Asturias ha sido candidato a tal distinción, ni la única en que ha merecido un premio. Desde que presentó su tesis para optar al título de abogado y notario de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales —ya lo hemos dicho— obtuvo en 1922 el Premio Gálvez, luego el Sylla Monsegur, el Internacional del Club de Libro Francés, el Lenin y en seguida el Nobel.

Asturias ha probado así que no es por azar como ha logrado tales distinciones y merecimientos y su consagración universal con el último, sino que a través del tiempo, a medida que su experiencia ha sido mayor, su profundización en lo estilístico y el buceo en lo propio fueron aumentando sus caudales de vivencias y experiencias, y su fértil imaginación creadora, adquiriendo tal magnitud hasta alcanzar extraordinarias proporciones merced a una potencia insita en él. Además de esto, Miguel Angel Asturias probará posteriormente que no sólo ha sido digno de tales distinciones, sino que su facundia e inspiración crecientes, continuarán ofreciéndonos obras de tanta o mayor calidad, y reciedumbre como las hasta ahora producidas y publicadas. De ese modo demostrará a

quienes mañosa y mezquinamente le regatean méritos, le achacan debilidades, tratan de enturbiar su fama, enlodar su gloria y calumniarle vilmente, que su grandeza y renombre es más poderosa que la difamación y la envidia, y que para torcedor de la conciencia de sus enemigos gratuitos, para vergüenza de los apocados y anónimos espíritus que se atormentan con el triunfo de los grandes, aquella lepra no les desaparecerá del alma ni de la mente en tanto arrastren sus oscuras vidas.

Los juicios que respecto a la obra de Asturias se han emitido, pueden concretarse a definiciones, ya que una especificación de cada obra implicaría un estudio profundo de ellas. Así **HOMBRES DE MAIZ** constituye la epopeya de los indios campesinos; **EL SEÑOR PRESIDENTE**, la novela de la dictadura; la trilogía compuesta por **VIENTO FUERTE**, **EL PAPA VERDE** y **LOS OJOS DE LOS ENTERRADOS**, la opresión de los grandes consorcios.

Frente a críticos como Edmond Vardercammen, Klena de la Soucherem, Renée Surel, Jean Hugué, Michel Jourda, Jean Blazet y otros del continente europeo, muy poco han podido decir nuestros improvisados críticos criollos. Regatearle méritos ahora a Miguel Angel Asturias sólo puede comprenderse como una aberración.

No hay que olvidar lo que otro Premio Nobel de nuestro Continente, **GABRIELA MISTRAL**, dijera sobre **EL SEÑOR PRESIDENTE**: "Allí está la famosa lengua conversacional que pedía a gritos don Miguel de Unamuno, cansado de nuestras pobres y pretenciosas retóricas. Es una obra que no ha de pasar y su lectura es un menester casi penitencial."

Ese sesudo y lacónico juicio de **GABRIELA** puede aplicarse a la mayor parte de las novelas escritas últimamente por Asturias, quien dentro de su tarea no sólo ha enriquecido el idioma,

sino que ha mostrado los vastos caminos para su expresión y logro.

Los libros de Asturias se han consi-

derado no sólo documentos de nuestro tiempo, sino obras de arte por su lenguaje, poesía y plasticidad.



BIBLIOGRAFIA DE MIGUEL ANGEL ASTURIAS

- 1 *El Problema Social del Indio*, 1922, en Guatemala. Con esta obra obtuvo el Premio Gálvez.
- 2 *Arquitectura de la Vida Nueva*, 1928, en Guatemala.
- 3 *Leyendas de Guatemala*, 1ª edición, 1930. Editorial Oriente, Madrid. 2ª edición, Editorial Pleamas, Buenos Aires.
- 4 *El Señor Presidente*. 1ª edición 1946, Ediansa, México. 2ª edición 1948, Editorial Losada, Buenos Aires. 3ª edición 1950, Editorial Losada, Buenos Aires. 4ª edición 1955, Editorial Losada, Buenos Aires, la misma editorial ha lanzado varias ediciones más.
- 5 *Sien de Alondra* (Poesía), 1949, Editorial Argos, Buenos Aires.
- 6 *Hombres de Maíz* (novela), 1ª edición 1949, Editorial Losada, Buenos Aires. 2ª edición 1954, Editorial Losada, Buenos Aires. 3ª edición 1957, Editorial Losada, Buenos Aires, la misma editorial ha lanzado varias más.
- 7 *Viento Fuerte* (novela), 1ª edición 1950, Ed. del Ministerio de Educ. Pública de Guatemala. 2ª edición 1951, Editorial Losada, B. A. 3ª edición 1955, Editorial Losada, B. A. La propia editorial ha lanzado varias más.
- 8 SCNETOS (Ejercicios poéticos), ... 1951, Ediciones Botella al Mar, Buenos Aires.
- 9 *El Papa Verde* (novela), 1ª edición 1954. Editorial Losada, B. A. 2ª edición 1957. Editorial Losada, B. A. Losada ha lanzado otras ediciones posteriormente.
- 10 *Alto es el Sur* (Canto a la Argentina), 1952. Editado en La Plata, Argentina.
- 11 BOLIVAR. 2 ediciones 1955. Editorial del Ministerio de Cultura de El Salvador.

- 12 *Soluna* (Teatro), 1ª edición 1955, Editorial Losange, Buenos Aires.
- 13 *La Audiencia de los Confines* (Teatro), 1957. Editorial Ariadna, Buenos Aires.
- 14 *Week-end en Guatemala*, 1ª edición 1956, Editorial Goyanarte, Buenos Aires. 2ª edición 1958, Editorial Goyanarte, Buenos Aires.
- 15 *El Alhajadito*, 1ª edición, Editorial Losada, Buenos Aires.
- 16 *Mulata de Tal* 1ª edición, Editorial Losada, Buenos Aires.
- 17 *El Espejo de Lida Sal*. (Traducida al francés).
- 18 Rumania, su nueva imagen.
- 19 Clarivigilia Primavera (poema).

EDICIONES FUERA DE COMERCIO

- 1 *Sonetos*, 1936, Guatemala, Tipografía América.
- 2 *Rayito de Estrella* (Fantomima), 1929, París.
- 3 *Con el Rehén en los Dientes*, 1942, Guatemala. Canto a Francia.
- 4 *Emulo Lipolidón* (Fantomima), 1939, Guatemala, Tipografía América.
- 5 *Aleluján* (Fantomima), 1940, Tipografía América, Guatemala.
- 6 *Anoche 10 de Marzo de 1543-1943*, Guatemala. Tipografía América. Canto a Guatemala con motivo del cuarto centenario de su fundación.
- 7 *Sonetos de Italia*, 1ª edición hecha en Italia.

OBRAS TRADUCIDAS A OTROS IDIOMAS

Legendes du Guatemala, 1ª edición 1932. Editorial "Les Cahiers du Sud". Traducción por Francis de Miomandre y publicada con una carta prólogo de Paul Valéry. Obtiene el Premio SYLLA MONSEGUR instituido por un argentino para la mejor obra latino-

- americana traducida al francés y publicada ese año.
- 2ª edición 1953. Publicada por Editorial Gallimard en la colección "Cruz del Sur". A estas ediciones han seguido otras más recientes.
- Monsieur Le Presidente*, 1ª edición 1952, Editorial Belenand, París, traducción de Georges Pillement, Francisca Gracias e Ivez Malartie.
- Edición de "Le Club Français" du Libre. Obtiene el Premio Internacional del Club del Libro Francés, que se entrega a la mejor obra traducida y aparecida en Francia, en el año 1952.
- Anteriormente se ha concedido este premio a Vasco Pratolini, James Hoog, Elías Canetti, Per Lagerkvist, y posteriormente se dio a Ceslow Molosz, Werners Wersinsky. Hay otras ediciones posteriores.
- Hombres de Maíz*, 1ª edición 1953, Edition Anadre Martell, traducción de Francis de Miomandre, París. Esta obra ha sido traducida al italiano, inglés, holandés, ruso y otros idiomas.
- L'ouragan* (Viento Fuerte), 1ª edición 1953, Editorial Gallimard, traducción de Georges Pillement. París.
- Le Pare Vert*, 1ª edición 1955, Editorial Albin Michel, traducción Francis de Miomandre, París.
- Die Mismanner* (Hombres de Maíz, 1ª edición 1956. Editorial Cleassen Verlas Hamburg. Traducción Rodolfo Selke. Hamburgo.
- President* (El Señor Presidente), 1ª edición 1955, Editorial Folket I Bilds Folang. Traducción Ali Karin, al sueco. Stocolmo.
- O Señor Presidente*, 1ª edición 1957, Editorial Edicoe "Zumbi". Traducción Antonieta Diaz de Morales. Sao Paulo.
- El Señor Presidente*, 1959, Edición en ruso aparecida en Moscú.
- Il Papa Verde*, 1ª edición 1959, Editorial Riuniti, Traduzioni di Attilio Dabin. Roma, Italia.
- 1er. Tomo de OBRAS ESCOGIDAS, 1955, Editorial Aguilar, Colección Joya. Comprende: El Señor Presidente, Leyendas de Guatemala, Hombres de Maíz, Sien de Alondra, Poesía 1918-1954. Ejercicios Poéticos en forma de Sonetos a manera de Horacio.
- 2º Tomo de OBRAS ESCOGIDAS, Editorial Aguilar, Colección Joya.
- 3er. Tomo de OBRAS ESCOGIDAS, Editorial Aguilar.



La Poesía de Miguel Angel Asturias

Por Alfonso Enrique BARRIENTOS

- 1) *El poeta*
- 2) *La poesía*
- 3) *El verso*
- 4) *La prosa*

EL POETA

Empiezo por afirmar que desde tiempo inmemorial aparece un hombre que lleva dos máscaras. Un hombre exactamente igual a los demás hombres, es decir, dueño de defectos y de cualidades. Susceptible de alegrarse, de enojarse y vulnerable al dolor. Un ser, además, como los otros seres, rodeado de necesidades. Este ente humano de doble máscara en nada se diferencia de los otros: es idéntico. Sólo que a veces —cuando se coloca una máscara sobre el rostro, como en el teatro— empieza como los niños a preguntar. A interrogar al mundo y a interrogarse a sí mismo. Y cuando se coloca la otra, se entretiene dando respuesta a aquellas preguntas.

En este doble juego de “bumerang”, en que se lanza la voz y se recoge el eco, la pregunta y, la respuesta. En este adiestramiento de ponerse una máscara, para quitársela luego y ponerse la otra, va surgiendo un lenguaje nuevo. Un lenguaje que es el mismo que usamos todos los hombres, pero que a veces —en cuanto se tiene una de las máscaras—, se ve que cambia, se transforma,

se transfigura y se renueva. Es el “lenguaje poético”. Ello porque una de las máscaras es la de la realidad y la otra, la de la fantasía.

El poeta es un hombre como todos, sólo que es capaz de decir lo que a cualquiera se le hubiese ocurrido, pero que no encontró —como el poeta— el lenguaje apropiado, ni el momento oportuno, el momento primero, el de la originalidad para decir lo que se le ocurría. No busquemos entonces en el poeta a un ser sobrenatural, exigiéndole, entre otras simplezas, la de la perfección; sino veamos, o mejor no lo veamos, leámosle, oigamos su voz, captemos su mensaje y olvidémonos de su semejanza con los dioses. Mejor si se separa de éstos y se acerca a los hombres. Entre más hombre sea, será más poeta.

Sólo pidámosle que nos lleve en el encantamiento de su poesía; que nos invite a fugarnos a regiones inéditas, que nos traslade a otros mundos, inventados por él, en que ha establecido su reino.

¿Quién fue el primero que separó los temas públicos de los sagrados? Se preguntaba Daniello, en el siglo XII de nuestra Era, para responderse: ¡El poeta...! ¿Quién fundó el camino para unir al hombre y a la mujer con un lazo indisoluble? ¡El poeta...! Y Ernesto Cardenal, el gran poeta nicaragüense, nos dice en su lenguaje de esta hora, más o menos estas palabras: mañana cuando haya puentes, cuando haya carreteras, cuando haya techo para todos y comida en abundancia, será necesario volver a ver al poeta que con su lenguaje creó, al mismo tiempo las palabras para señalar las cosas y dio origen a los hechos que respondieron a sus preguntas.

Miguel Angel Asturias es un auténtico poeta, que con su voz, nos ha unido, en un momento crucial, en un instante álgido de la vida de Guatemala, a todos los guatemaltecos. No creo que haya uno solo de nosotros; así tirios, como troyanos, que no se haya conmovido ante la noticia de la consagración total de nuestro bardo, de nuestro juglar que le sabe cantar a las calles de la patria, porque ha vivido en ellas y las ha recorrido, deteniéndose en cada guijarro, en que tal vez se lastimó la planta, pero sobre la cual dejó caer la rosa de un soneto.

LA POESIA

- 1) La poesía es una proyección, a través del silencio, de cadencias adaptadas para romper dicho silencio con recias intenciones de ecos, sílabas y duraciones de ola.
- 2) La poesía es el diario de un animal marino que vive en la tierra y anhela volar por el aire.
- 3) La poesía es una serie de explicaciones de la vida que se esfuman en horizontes demasiado rápidos para explicaciones.

- 4) La poesía es una búsqueda de sílabas que han de ser disparadas contra las barreras de lo desconocido y de lo inconcebible.
- 5) Poesía es un teorema de un amarillo pañuelo de seda tejido con adivinanzas y encerrado dentro de un globo atado a la cola de un cometa que vuela impulsada por un viento blanco en un cielo azul de primavera.
- 6) La poesía es el silencio y la conversación entre la húmeda y pugnaz raíz de una flor y el luminoso florecer de dicha flor.
- 7) La poesía es la enjaezada paradoja de la tierra meciendo a la vida y después enterrándola.
- 8) La poesía es la fantasmal escritura que explica cómo son hechos los arco iris y por qué desaparecen.
- 9) La poesía es una síntesis de jacintos y bizcochos.
- 10) La poesía es el abrir y el cerrar de una puerta que deja a los que miran pensando en lo que se ve durante un momento.

¿A cuál de estas definiciones de poesía —que no son más sino las he transcrito—, conviene el arte poético de Miguel Angel Asturias? A todas y a ninguna. Porque la poesía de nuestro bardo, mantiene inmanente el sello de la originalidad, es como quería el Abate Henri Bremond: “La expresión de lo inefable”.

Los guatemaltecos gozamos del privilegio de llevar en nuestras entrañas el mundo mágico en que se mueven los personajes, los elementos, las vivencias y las evocaciones de Miguel Angel Asturias; por lo que estamos en capacidad de interpretar mejor que el hombre de cualquier sitio del mundo, su lenguaje poético y las expresiones sobrenaturales de su poesía. Nosotros los guatemaltecos nacidos en un país de paisajes dormidos. Luz de encantamiento y esplendor. País verde. País de los árboles verdes. Valles, colinas, selvas, volcanes, lagos verdes; verdes, bajo el cielo azul sin una mancha. Y todas las combinaciones de los colores florales, frutales y pajareros en el enjambre de las anilinas. Memoria del temblor de la luz. Anexiones de agua y cielo, cielo y tierra. Anexiones. Modificaciones. Hasta el infinito dorado por el sol. Pero rompamos, rompamos, ya este espacio de colores de fuego, tratando de alcanzar al tacto la dulzura de la piedra tierna que se corta para edificar ciudades; torres, dioses, monstruos, la dureza de las obsidias, goterones de las noches más profundas y el verde perfecto de las jadeítas. Otro tacto para las frutas. Dedos de navegaciones que rodean la redondez de cada poma enloquecida de perfume y derramada de miel. (Ved, cómo sin sentirlo ya estoy dentro del mundo poético de Miguel Angel Asturias. . .) El paisaje cambia, la luz, cambia, cambia el mundo de la piedra junto a las frutas tropicales, vecindad que traslada lo real, visible, palpable, a la región del oler y gustar. Nueva delicia. Para qué explicarse. Intimas estructuras derramadas. El agua es un espejo. Alguien ha

roto las historias antiguas y canta. El encuentro fortuito la revancha. Cantar en medio de un mundo de imágenes que ya de por sí son estampas inigualables. Sólo iguales a ellas mismas. Guatemala sólo es igual a ella misma. Presencias y ausencias misteriosas. Lo que calla el enigma. No hace falta leer los jeroglíficos. Se leen las estrellas. El huracán azul no ha vuelto de las edades. Tornará y entonces, edades y estilos, mensajes y leyendas nos serán comunicados. Mientras tanto, gozad, gocemos de esta Guatemala de colores, verde universo verde, herido por el primer sílice caído de los astros.

Sin sentirlo, el hombre de cualquier latitud de la tierra se deja llevar en este carro de imágenes en que el espíritu en vez del asombro presiente un gusto infinito. Esto porque entre más nos acercamos al arte puro, más nos alejamos de la razón; no es necesario el ordenamiento de las ideas para captar el esplendoroso mensaje de la belleza.

La poesía de Miguel Angel Asturias ha sido cada vez un paso, no de hombre, sino de gigante; un paso en la evolución de la palabra y de la imagen; ha ido de lo natural a lo sobrenatural, pero asentando los pies desnudos en la sustancia del sueño. Así se explica que sea a veces la música de las palabras, envuelta en las ideas la que nos arropa y que a veces sea al contrario: las ideas envueltas en la sutil seda de la música, la que nos atrae al ámbito de su poesía.

Recordemos los versos de cuando el poeta empezó y recordemos también la sucesión de imágenes alegóricas: alegorías tras alegorías de poemas como "Clarivigilia Primavera".

De 1918, cuando los cañones de la primera guerra mundial habían dejado humeantes las ciudades son estos versos en que la música nos lleva de la mano, hacia el enjambre del encantamiento:

ELLA LO DIJO EN UN POEMA

*Va pasando esta pena,
la pena de la vida,
la pena que no importa,
tú la has sentido larga,
yo la he sentido corta
y aún está distante
la tierra prometida.*

*A nuestro paso errante
fatal es todo empeño,
toda esperanza es muerta,
toda ilusión fallida...*

*Yo guardaré tu nombre,
yo velaré tu sueño,
yo esperaré contigo los primeros albores,
yo enjugaré tu llanto cuando conmigo llores,
y cuando ya no me quisieras
déjame abandonada como un grano de trigo
sobre las sementeras...
¡Déjame para siempre cuando ya no me quisieras!*

La cultura que se resuelve en el conocimiento de la Mitología de todos los países lleva a Miguel Angel Asturias a interesarse en el mito de Odiseo. Construye un soneto con el tema de los cuentos de su inmediato predecesor, Homero; pero trasladando al terreno de la leyenda, lo que todos los hombres esperanzados y seguros de la existencia de la felicidad, teníamos como auténtico:

ULISES

*Intimo amigo del ensueño, Ulises
volvía a su destino de neblina,
un como regresar de otros países
a su país. Por ser de sal marina.*

*Su corazón surcó la mar meñique
y el gran mar del olvido por afán,
calafateando amores en el dique
de la sed que traía. Sed, imán.*

*Aguja de marcar entre quimeras
y Sirenas, la ruta presentida
por la carne y el alma ya extranjeras.*

*Su esposa le esperaba y son felices
en la leyenda, pero no en la vida,
porque volvió sin regresar Ulises.*

El gigante ya no da un paso sino da un salto, para trasladarse de una mitología a otra; saltos de mitología en mitología y nos entrega su gran poema Clarivigilia Primavera. El exégeta que trate de explicarse la poesía de Miguel Angel encontrará ya explicada la significación del poema en estas palabras del propio poeta:

“En todas las mitologías los dioses se preocupan por crear guerreros, sacer-



MIGUEL ANGEL ASTURIAS

dotes, profetas. En la mitología maya los dioses se preocupan por crear artistas, ya el Popol Vuh nos habla en sus primeros capítulos de la creación de los artistas, y en distintos textos indígenas encontramos la preocupación de los dioses mayas por la creación de los hombres que van a cultivar el arte, así vemos que crean, poetas, pintores, músicos, escultores, danzarines, acróbatas, plumistas, jicareros; todos los que van al cultivo de las artes.

¿Por qué esa preocupación de los dioses por crear artistas? Porque los dioses todopoderosos se hastiaban porque no tenían alimento para su hastío y entonces como dioses, los dioses mayas descubren que la única forma de aliviar el hastío para los poderosos es el arte. Es la creación artística. Con base en este pensamiento, escribí un largo poema que lleva por título “Clarivigilia Primavera”. Poema en el que hago un comentario podríamos decir, a toda esa mitología nuestra, sobre la creación de los artistas por los dioses mayas”.

Pero este poema se inicia sin dar ningún dato en cuanto a los milenios. Nosotros estamos frente a las ruinas mayas; aun frente al misterio, exactamente no sabemos todavía, después de todos los estudios que se han realizado, de qué fecha, de qué manos, de qué época, vienen todos esos monumentos maravillosos y grandiosos. Fue esta pues la primera época en que los artistas crearon sus grandes monumentos. Pero estos artistas fueron derrotados, barridos, por fuerzas adversas y es entonces que por segunda vez van a crear el arte.

Sin embargo se dice que no hay necesidad del arte; pues existe el arte en la Naturaleza: color, música, forma. Pero esto no tiene magia. No tiene magia y por lo mismo ellos se proponen entonces recrear a los artistas...”

Todo esto ocurre alrededor y sobre las aguas del Lago de Atitlán, corazón de Guatemala; geografía nuestra, que acaso por ser nuestra más la comprendemos. Finaliza el poema en el triunfo de los artistas-magos; con la existencia sobre la tierra de los poetas; ya lejana la lucha entre el hombre práctico que desprecia al artista, por más que en nuestros países americanos se crea que esa lucha subsiste:

*“Y yo
Aguila de árboles
jefe de cazadores
disparo mi segunda flecha verde
desde estas islas de verdor primaveral,
a la cúpula de nubes que ahora cubre el lago,
cúpula de nubes construida
por los edificadores de ciudades...!
¡Allá va... y nazca la arquitectura intacta,
amparo de las artes heridas
por el reflejo de las flechas en el agua,
al dar caza a Cuadricielo,*

*ídolo de lava transparente
que a cada entrada de la Primavera,
volverá a ser herido,
para que las artes, alimento de los dioses,
permanezcan entre los hombres
y se llenen las plazas
de músicos, pintores, escultores, poetas,
grabadores, plumistas, jicareros,
acróbatas, alfareros, talladores,
porque de ellos es la aurora
primaveral de este país forjado a miel”.*

LA PROSA

Frente a la obra de Miguel Angel Asturias: Prosa y Verso. Leyenda, novela, teatro, cuento y poesía, quedamos frente a la magia que por los caminos coruscantes de la palabra nos lleva a la belleza.

Decía Víctor Hugo: “La poesía en pocas palabras es la expresión de la virtud; un alma delicada y un hermoso talento poético son casi siempre inseparables. Debemos comprender la poesía que surge del alma y puede manifestarse en una noble acción o en un verso armonioso...”

“Los versos solos —añadía el genio de Francia— no son la poesía. La poesía está en las ideas; estas parten del alma. La poesía puede expresarse en prosa, sólo que es más perfecta con la gracia y majestad del verso...”

Y la prosa de Miguel Angel Asturias está construida con materiales poéticos. No hablamos aquí del poema en prosa, que perfeccionó Baudelaire, sino de la prosa en sí misma, integrada con los mismos elementos de la poesía. En cualquiera de las páginas escritas por Miguel Angel Asturias, aun en las novelas más cercanas al realismo (o al realismo-mágico), como el *Señor Presidente*, el lector, cuando menos lo espera, ya está sumergido en el trasfondo de lo poético, como el beduino que no siente a qué hora se va en el lago de arena movediza.

“Cara de Angel llamado con gran prisa de la Casa Presidencial, indagó el estado de Camila, elasticidad de la mirada ansiosa, humanización del vidrio en los ojos, y como reptil cobarde enroscóse en la duda de si iba o no iba: el Señor Presidente o Camila, Camila o el Señor Presidente...”

*“Elasticidad de la mirada
humanización del vidrio en los ojos”*

¿Verdad que se podría hasta aislar secretamente la poesía vertida en la prosa y jugar a colocarla en forma de versos? Y desde el principio de la novela, o

de las novelas, se nos viene encima la gitanjáfora anonadándonos como cuando leemos:

“Alumbra, lumbre de alumbre, Luzbel de piedralumbre!

“Como zumbido de oídos persistía el rumor de las campanas a la oración, mal-doblestar de la luz en la sombra, de la sombra en la luz! ¡Alumbra, lumbre de alumbre, Luzbel de piedralumbre, sobre la podredumbre! Alumbra, lumbre de alumbre sobre la podredumbre, Luzbel de piedralumbre!... Alumbra, alumbra, lumbre de alumbre... alumbre... alumbra... alumbra... lumbre de alumbre... alumbra... alumbre...”

Y en el Espejo de Lida Sal, última obra de Miguel Angel Asturias editada en México leemos:

“Los ríos van quedando sin resuello al decaer el invierno. Al blando resbalar de las corrientes sustituye el silencioso seco, el silencio de la sed, el silencio de las sequías, el silencio de agua inmovilizada entre los islotes de arena; el silencio de los árboles que el calor y el viento tostado del verano caliente hacen sudar hojas, el silencio de los campos donde los labriegos dormitan desnudos y sin sueño...”

Pero en las leyendas como en la del “Quincajú”, la poesía se prende a las palabras como una enredadera. Leemos:

“(Oh, valientes que escucháis las historias del Quincajú, oíd primera!)

“Desaparecí del mundo, no porque haya muerto, hubiera sido mejor, sino porque ni me ven, ni me oyen, ni me sienten, como ven, oyen y sienten a los que hachan, aserran, cocinan, construyen, hornean, muelen, cargan, siembran podan, curan, tejen, escriben, miden, pintan, pesan, esculpen, cantan y trabajan la pluma. A mí sólo cuando desaparece alguien de la familia me llaman y aparezco en las casas con espanto, como si se apareciera la imagen de la desaparición, y ni por eso me ven, por contemplar al otro desaparecido, al que yo vengo a llevarme, y si les hablo me oyen sin oírme, por escuchar los lamentos o las pérdidas de palabras en los caminos del oído, del que me trajo en mala hora a casa, y si alguna vez les abrazo, los abrazos dan consuelo, no me sienten, igual que si los abrazara un funcionario...”

Todas las obras de nuestro autor están tejidas o sobre-tejidas, como en un lienzo con esa substancia poética inigualable. Por ello los críticos franceses y de otras latitudes se apresuran a decirnos lo que ya sabemos, aunque conviene que lo digan. Allain Boquet, dice en un párrafo que transcribo: “Miguel Angel Asturias es lo sobrenatural que justifica lo natural. Se sabe cuál es el lugar particular que ha tomado en los últimos veinte años, la Literatura Hispanoamericana. No es ya una cuestión de lengua, es una cuestión de sensibilidad liberada por fin de un realismo propio de las colonias, capaz de hundir

sus raíces en el atavismo precolombino y sus imágenes, pero destinada ya a preocuparse de sus problemas propios...”

“Hace algunos meses —prosigue— Asturias publicó *Mulata de tal*, novela de una fulguración inaudita, que parece un himno a las fuerzas ocultas y a los más extraños elementos desencadenados en su prosa poética. En este mismo orden de ideas situar *El charco de los mendigos*, que pulula en escenas en que el lector se funde con un encantamiento continuo e inquietante, porque nunca está totalmente consciente de la frontera que separa lo real del hecho posible; el sueño ya realizado del sueño que continúa siendo sueño...”

Es decir de la substancia de la poesía. Y Jacqueline Van Praag Chantraine de Bélgica, dice: “Percibimos el murmullo de los muertos, la voz perdida en la noche de los tiempos de las leyendas mayas. Y entre tanto Miguel Angel Asturias, este demiurgo, no cesa de tejer, de encadenar, de desgranar las imágenes de ese interminable rosario, que se vuelve letanía de metáforas... Es que los relatos de este “diable d’homme” hay que aguantarlos u observarlos y no tratar de tapizarlos por el filtro de nuestra razón...”

LOS VERSOS

Y si en la prosa, la poesía se va colgando de las palabras como ha quedado dicho; en los versos, en donde la forma es un ánfora que encierra en el molde perfecto el efluvio poético; ahí Miguel Angel Asturias puede disponer de todo el espacio de su universo para dirigir las flechas.

*“Aquí donde la orilla
es un reptar melódico de siesta
—repta la tierra que acompaña al río—
la hormiga descubrió para su casa
terreno vivo entre los moscones muertos
de ala de plata relumbrante y vieja.*

(De “Imagen Pasajera”)

*“Duermo del mismo lado de tu nombre
sobre mi corazón que lo repite
con voluntad de junco palpitante,
amor de la presencia que zozobra
apenas no te siento hecha de sueño...”*

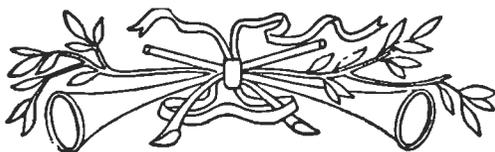
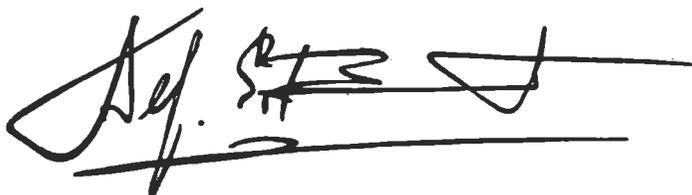
(De “Nombre Custodio”)

Y en un poema que de tanto escucharlo ya lo sabemos de memoria, nuestro poeta señala:

*“Madre, si en invierno, después de haber cenado
estás junto al brasero, pensando con desgana
oídos a la lluvia que cae sobre el techo,
y en eso, puerta y viento... El alguien que ha entrado
descubierta la frente y herramienta en la mano
levántate a su encuentro porque tienes derecho
de abrazar a tu hijo, de quien hiciste un hombre,
que vuelve de la vida con el jornal ganado...”*

Levántate pues Oh, Guatemala, y recibe a tu hijo que ha vuelto de la vida,
con el jornal ganado...

Guatemala,
Noviembre
Año del Premio Nobel para Centroamérica.



Carta de Paul Valéry a Francis de Miomandre Sobre "Leyendas de Guatemala", de Miguel Angel Asturias

Mi querido amigo:

Le doy las gracias por haberme dado a leer estas "Leyendas de Guatemala" del señor Miguel Angel Asturias. Como escritor tiene suerte, porque la traducción de su trabajo es deleitable, por lo tanto, excelente; es decir, bella, pero fiel. Una buena traducción tiene las virtudes de una esposa romana: egregia coniux.

En cuanto a las leyendas, me han dejado traspuesto. Nada me ha parecido más extraño —quiero decir más extraño a mi espíritu, a mi facultad de alcanzar lo inesperado— que estas historias-sueños-poemas, donde se confunden tan graciosamente las creencias, los cuentos y todas las edades de un pueblo de orden compuesto, todos los productos capitosos de una tierra poderosa y siempre convulsa, en quien los diversos órdenes de fuerzas que han engendrado la vida después de haber alzado el decorado de roca y humus están aún amenazadores y fecundos, como dispuestos a crear, entre dos océanos, a golpes de catástrofe, nuevas combinaciones y nuevos temas de existencia.

¡Qué mezcla esta mezcla de naturaleza tórrida, de botánica confusa, de magia indígena, de teología de Salamanca, donde el Volcán, los frailes, el Hombre-Adormidera, el Mercader de Joyas sin precios, las "bandadas de pericos dominicales", "los maestros-magos que van a las aldeas a enseñar

la fabricación de los tejidos y el valor del Cero” componen el más delirante de los sueños!

Mi lectura fue como un filtro, porque este libro, aunque pequeño, SE BEBE MÁS QUE SE LEE. Fue para mí el agente de un sueño tropical, vivido no sin singular delicia. He creído absorber el jugo de plantas increíbles, o una cocción de esas flores que capturan y digieren a los pájaros. “El Cuco-de-los-Sueños se despierta en el alma”.

Se aconsejaba Stendhal a sí mismo el leer todas las mañanas un poco del Código Civil. Este consejo tiene su valor. Pero una farmacopea tiene que ser completa. Después del tónico hacen falta los bálsamos y las resinas embriagadoras. Una dosis de cuando en cuando de este elixir guatemalteco es excelente contra tantas cosas...

Enteramente suyo.

PAUL VALÉRY.

Leyenda del Cadejo

Y asoma por las vegas el Cadejo, que roba mozas de trenzas largas y hace ñudos en las crines de los caballos.

Madre Elvira de San Francisco, prelada del monasterio de Santa Catalina, sería con el tiempo la novicia que recortaba las hostias en el convento de la Concepción, doncella de loada hermosura y habla tan candorosa que la palabra parecía en sus labios flor de suavidad y de cariño.

Desde una ventana amplia y sin cristales miraba la novicia volar las hojas secas por el abraso del verano, vestirse los árboles de flores y caer las frutas maduras en las huertas vecinas al convento, por la parte derruida, donde los follajes, ocultando las paredes heridas y los abiertos techos, transformaban las celdas y los claustros en paraísos olorosos a búcaro y a rosal silvestre; enramadas de fiesta, al decir de los cronistas, donde a las monjas sustituían las palo-

mas de patas color de rosa, y a sus cánticos los trinos del cenizote cimarrón.

Fuera de su ventana, en los hundidos aposentos, se unía la penumbra calientita, en la que las mariposas asedaban el polvo de sus alas, al silencio del patio turbado por el ir y venir de las lagartijas y al blanco perfume de las hojas que multiplicaban el cariño de los troncos enraizados en las vetustas paredes.

Y dentro, en la dulce compañía de Dios, quitando la corteza a la fruta de los ángeles para descubrir la pulpa y la semilla que es el Cuerpo de Cristo, largo como la médula de la naranja —*¡vere tu es Deus absconditus!*— Elvira de San Francisco unía su espíritu y su carne a la casa de su infancia, de pesadas aldabas y

levísimas rosas, de puertas que partían sollozos en el hilván del viento, de muros reflejados en el agua de las pilas a manera de huelgo en vidrio limpio.

Las voces de la ciudad turbaban la paz de su ventana, melancolías de viajera que oye moverse el puerto antes de levar anclas; la risa de un hombre al concluir la carrera de un caballo, o el rodar de un carro, o el llorar de un niño.

Por sus ojos pasaban el caballo, el carro, el hombre, el niño, evocados en paisajes aldeanos, bajo cielos que con su semblante plácido, hechizaban la sabia mirada de las pilas sentadas al redor del agua con el aire sufrido de las sirvientas viejas.

Y el olor acompañaba a las imágenes. El cielo olía a cielo, el niño a niño, el campo a campo, el carro a heno, el caballo a rosal viejo, el hombre a santo, las pilas a sombras, las sombras a reposo dominical y el reposo del Señor a ropa limpia.

Oscurecía. Las sombras borraban su pensamiento, relación luminosa de partículas de polvo que nadan en un rayo de sol. Las campanas acercaban a la copa vespéral los labios sin murmullo. ¿Quién habla de besos? El viento sacudía los heliotropos. ¿Heliotropos o hipocampos? Y en los chorros de flores mitigaban su deseo de Dios los colibríes. ¿Quién habla de besos?...

Un taconeo presuroso la sobrecoigió. Los flecos del eco tamborileaban en el corredor...

¿Habría oído mal? ¿No sería el señor pestañado que pasaba los viernes a última hora por las hostias pa-

ra llevarlas a nueve lugares de allí, al Valle de la Virgen, donde en una colina alzábase dichosa ermita?

Le llamaban el hombre-adormidera. El viento andaba por sus pies. Como fantasma se iba apareciendo al cesar sus pasos de cabrito: el sombrero en la mano, los botines pequeños, algo así como dorados, envuelto en un gabán azul, y esperaba los hostearios en el umbral de la puerta.

Sí que era; pero esta vez venía alarmadísimo y a las volandas, como a evitar una catástrofe.

—¡Niña, niña —entró dando voces—, le cortarán la trenza, le cortarán la trenza, le cortarán la trenza!...

Lívida y elástica, la novicia se puso en pie para ganar la puerta al verle entrar; mas calzada de caridad con los zapatos que en vida usaba una monja paralítica, al oírle gritar sintió que le ponía los pies la monja que pasó la vida inmóvil, y no pudo dar paso...

... Un sollozo, como estrella, la titilaba en la garganta. Los pájaros tijereteaban el crepúsculo entre las ruinas pardas e impedidas. Dos eucaliptos gigantes rezaban salmos penitenciales.

Atada a los pies de un cadáver, sin poder moverse, lloró desconsoladamente, tragándose las lágrimas en silencio como los enfermos a quienes se les secan y enfrían los órganos por partes. Se sentía muerta, se sentía aterrada, sentía que en su tumba —el vestido de huérfana que ella llenaba de tierra con su ser— florecían rosales de palabras blancas, y poco a poco su congoja se hizo alegría de sose-

gado acento... Las monjas —rosales ambulantes— cortábanse las rosas unas a otras para adornar los altares de la Virgen, y de las rosas brotaba el mes de mayo, telaraña de aromas en la que Nuestra Señora caía prisionera temblando como una mosca de luz.

Pero el sentimiento de su cuerpo florecido después de la muerte fue dicha nasajera.

Como a una cometa que de pronto le falta hilo entre las nubes, la hizo caer de cabeza, con todo y trapos al infierno, el peso de su trenza. En su trenza estaba el misterio. Suma de instantes angustiosos. Perdió el sentido unos suspiros y hasta cerca del hervidero donde burbujeaban los diablos tornó a sentirse en la tierra. Un abanico de realidades posibles se abría en torno suyo: la noche con azúcares de hojaldre, los pinos olorosos a altar, el polen de la vida en el pelo del aire, gato sin forma ni color que araña las aguas de las pilas y desasosiega los papeles viejos.

La ventana y ella se llenaban de cielo...

—¡Niña, Dios sabe a sus manos cuándo comulgó!... murmuró el del gabán, alargando sobre las brasas de sus ojos, la parrilla de sus pestañas.

La novicia retiró las manos de las hostias al oír la blasfemia... ¡No, no era un sueño!... Luego palpóse los brazos, los hombros, el cuello, la cara, la trenza... Detuvo la respiración un momento, largo como un siglo al sentirse la trenza. ¡No, no era un sueño, bajo el manojito tibio de su pelo revivía dándose cuenta de sus adornos de mujer, acompañada en

sus bodas diabólicas del hombre-adormidera y de una candela encendida en el extremo de la habitación, oblonga como ataúd! ¡La luz sostenía la imposible realidad del enamorado, que alargaba los brazos como un Cristo que en un viático se hubiese vuelto murciélago, y era su propia carne! Cerró los ojos para huir, vuelta en su ceguera, de aquella visión de infierno, del hombre que con sólo ser hombre la acariciaba hasta donde ella era mujer —¡la más abominable de las concupiscencias!—; pero todo fue bajar sus redondos párpados pálidos como levantarse de sus zapatos, empapada en llanto, la monja paralítica, y más corriendo los abrió... Rasgó la sombra, abrió los ojos, salióse de sus adentros hondos con las pupilas sin quietud, como ratones en la trampa, caótica, sorda, desemblantadas las mejillas —alfileres de lágrimas—, sacudiéndose entre el estertor de una agonía ajena que llevaba en los pies y el chorro de carbón vivo de su trenza retorcida en invisible llama que llevaba a la espalda...

Y no supo más de ella. Entre un cadáver y un hombre, con un sollozo de embrujada indesatible en la lengua, que sentía ponzoñosa, como su corazón, medio loca, regando las hostias, arrebatóse en busca de sus tijeras, y al encontrarlas se cortó la trenza y, libre de su hechizo, huyó en busca del refugio seguro de la Madre Superiora, sin sentir más sobre sus pies los de la monja...

.....

Pero, al caer su trenza, ya no era trenza: se movía, ondulaba sobre el

colchoncito de las hostias regadas en el piso.

El hombre-adormidera buscó hacia la luz. En las pestañas temblábanle las lágrimas como las últimas llamitas en el carbón de la cerilla que se apaga. Resbalaba por el haz del muro con el resuello sepultado, sin mover las sombras, sin hacer ruido, anhelando llegar a la llama que creía su salvación. Pronto su paso medurado se deshizo en fuga espantosa. El reptil sin cabeza dejaba la hojarasca sagrada de las hostias y enfilaba hacia él. Reptó bajo sus pies como la sangre negra de un animal muerto, y de pronto, cuando iba a tomar la luz, saltó con cascabeles de agua que fluye libre y ligera a enroscarse como látigo en la candela, que hizo llorar hasta consumirse, por el alma del que

con ella se apagaba para siempre. Y así llegó a la eternidad el hombre-adormidera, por quien lloran los cactus lágrimas blancas todavía.

El demonio había pasado como un soplo por la trenza que, al extinguirse la llama de la vela, cayó en el piso inerte.

Y a la medianoche, convertido en un animal largo —dos veces un carnero por luna llena, del tamaño de un sauce llorón por la luna nueva— con cascos de cabro, orejas de conejo y cara de murciélago, el hombre-adormidera arrastró al infierno la trenza negra de la novicia que con el tiempo sería madre Elvira de San Francisco —así nace el Cadejo— mientras ella soñaba entre sonrisas de ángeles, arrodillada en su celda, con la azucena y el cordero místico.

Leyenda de la Tatuana

Ronda por Casa-Mata la Tatuana...

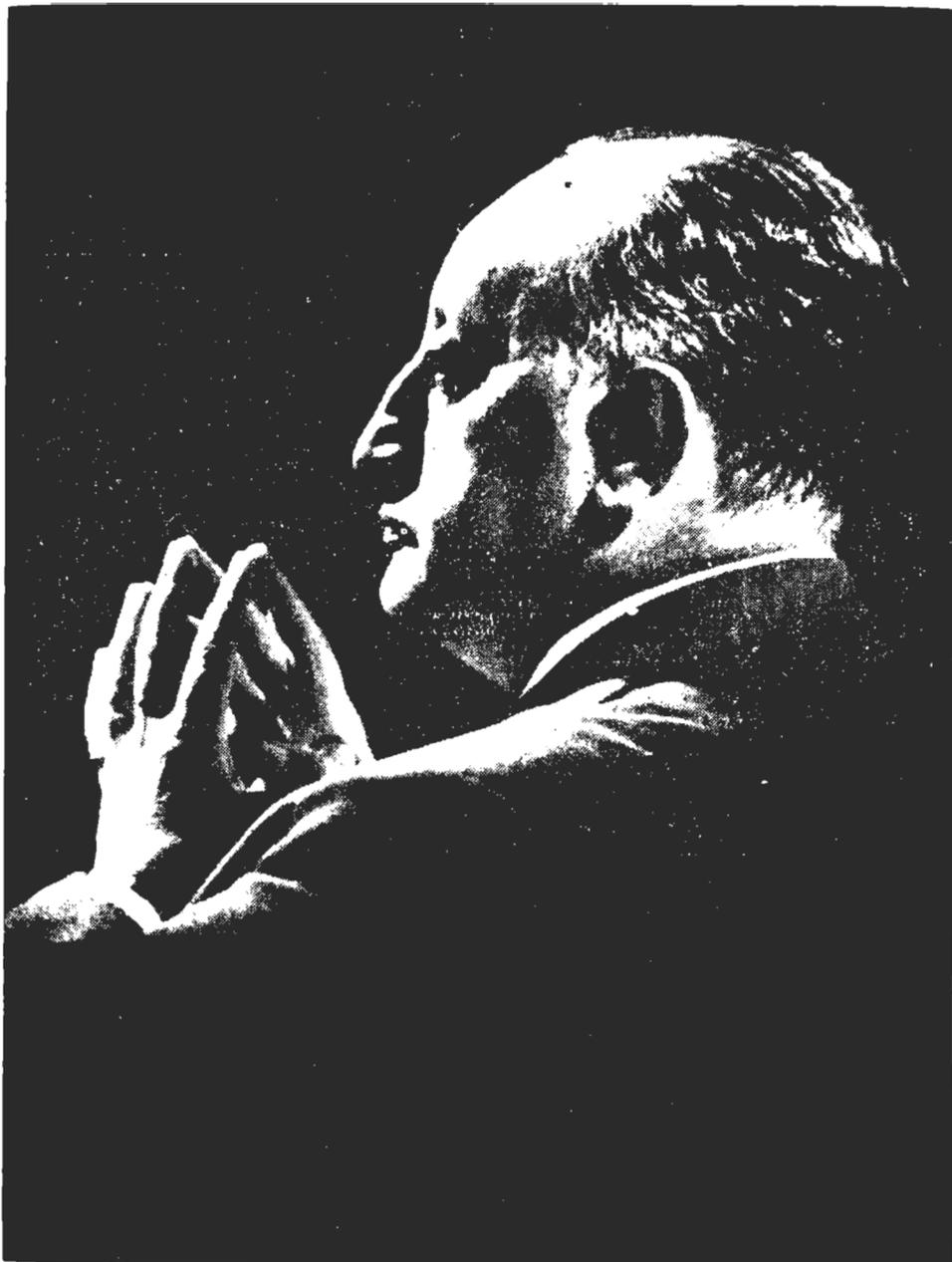
El maestro Almendro tiene la barba rosada, fue uno de los sacerdotes que los hombres blancos tocaron creyéndoles de oro, tanta riqueza vestían, y sabe el secreto de las plantas que lo curan todo, el vocabulario de la obsidiana —piedra que habla— y leer los jeroglíficos de las constelaciones.

Es el árbol que amaneció un día en el bosque donde está plantado, sin que ninguno lo sembrara, como si lo hubieran llevado los fantasmas. El árbol que anda . . . el árbol que cuenta los años de cuatrocientos días por las lunas que ha visto, que ha visto muchas lunas, como todos los árbo-

les, y que vino ya viejo del Lugar de la Abundancia.

Al llenar la luna del Buho-Pescador (nombre de uno de los veinte meses del año de cuatrocientos días), el Maestro Almendro repartió el alma entre los caminos. Cuatro eran los caminos y se marcharon por opuestas direcciones hacia las cuatro extremidades del cielo. La negra extremidad: Noche sortilega. La verde extremidad: Tormenta primaveral. La roja extremidad: Guacamayo o éxtasis de trópico. La blanca extremidad: Promesa de tierras nuevas. Cuatro eran los caminos.

—¡Caminín! ¡Caminito! . . . —di-



MIGUEL ANGEL ASTURIAS

jo al Camino Blanco una paloma blanca, pero el Caminito Blanco no la oyó. Quería que le diera el alma del Maestro, que cura de sueños. Las palomas y los niños padecen de ese mal.

—¡Caminín! ¡Caminito!... —dijo al camino Rojo un corazón rojo; pero el Camino Rojo no lo oyó. Quería distraerlo para que olvidara el alma del Maestro. Los corazones, como los ladrones, no devuelven las cosas olvidadas.

—¡Caminín! ¡Caminito!... —dijo al Camino Verde un empujado verde, pero el Camino Verde no lo oyó. Quería que con el alma del Maestro le desquitase algo de su deuda de hojas y de sombra.

¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos?

¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos?

El más veloz, el Camino Negro, el camino al que ninguno habló en el camino, se detuvo en la ciudad, atravesó la plaza y en el barrio de los mercaderes, por un ratito de descanso, dio el alma del Maestro al Mercader de Joyas sin precio.

Era la hora de los gatos blancos. Iban de un lado a otro. ¡Admiración de los rosales! Las nubes parecían ropas en los tendedores del cielo.

Al saber el Maestro lo que el Camino Negro había hecho, tomó naturaleza humana nuevamente, desnudándose de la forma vegetal en un riachuelo que nacía bajo la luna ruborosa como una flor de almendro, y encaminóse a la ciudad.

Llegó al valle después de una jornada, en el primer dibujo de la

tarde, a la hora en que volvían los rebaños, conversando a los pastores, que contestaban monosilábicamente a sus preguntas, extrañados como ante una aparición, de su túnica verde y su barba rosada.

En la ciudad se dirigió a Poniente. Hombres y mujeres rodeaban las pilas públicas. El agua sonaba a besos al ir llenando los cántaros. Y guiado por las sombras, en el barrio de los mercaderes encontró la parte de su alma vendida por el Camino Negro al Mercader de Joyas sin precio. La guardaba en el fondo de una caja de cristal con cerradores de oro.

Sin perder tiempo se acercó al Mercader, que en un rincón fumaba, a ofrecerle por ella cien arrobas de perlas.

El Mercader sonrió de la locura del Maestro. ¿Cien arrobas de perlas? ¡No, sus joyas no tenían precio!

El Maestro aumentó la oferta. Los mercaderes se niegan hasta llenar su tanto. Le daría esmeraldas, grandes como maíces, de cien en cien almu-des, hasta formar un lago de esmeraldas.

El Mercader sonrió de la locura del Maestro. ¿Un lago de esmeraldas? ¡No, sus joyas no tenían precio!

Le daría amuletos, ojos de namik para llamar el agua, plumas contra la tempestad, mariguana para su tabaco...

El Mercader se negó.

¡Le daría piedras preciosas para construir, a medio lago de esmeraldas, un palacio de cuento!

El Mercader se negó. Sus joyas no tenían precio, y, además —¿a qué seguir hablando?— ese pedacito de

alma lo quería para cambiarlo, en un mercado de esclavas, por la esclava más bella.

Y todo fue inútil, inútil que el Maestro ofreciera y dijera, tanto como lo dijo, su deseo de recobrar el alma. Los mercaderes no tienen corazón.

Una hebra de humo de tabaco separaba la realidad del sueño, los gatos negros de los gatos blancos y al Mercader del extraño comprador, que al salir sacudió sus sandalias en el quicio de la puerta. El polvo tiene maldición.

Después de un año de cuatrocientos días —sigue la leyenda— cruzaba los caminos de la cordillera el Mercader. Volvía de países lejanos, acompañado de la esclava comprada con el alma del Maestro, del pájaro flor, cuyo pico trocaba en jacintos las gotitas de miel, y de un séquito de treinta servidores montados.

—¡No sabes —decía el Mercader a la esclava, arrendando su caballería— cómo vas a vivir en la ciudad! ¡Tu casa será un palacio y a tus órdenes estarán todos mis criados, yo el último, si así lo mandas tú!

—Allá —continuaba con la cara a mitad bañada por el sol—, todo será tuyo. ¡Eres una joya, y yo soy el Mercader de Joyas sin precio! ¡Vales un pedacito de alma que no cambié por un lago de esmeraldas!... En una hamaca juntos veremos caer el sol y levantarse el día, sin hacer nada, oyendo los cuentos de una vieja mañosa que sabe mi destino. Mi destino, dice, está en los dedos de una mano gigante, y sabrá el tuyo, si así lo pides tú.

La esclava se volvía al paisaje de colores diluidos en azules que la distancia iba diluyendo a la vez. Los árboles tejían a los lados del camino una caprichosa decoración de güipil. Las aves daban la impresión de volar dormidas, sin alas, en la tranquilidad del cielo, y en el silencio de granito, el jadeo de las bestias, cuesta arriba, cobraba acento humano.

La esclava iba desnuda. Sobre sus senos, hasta sus piernas, rodaba su cabellera negra, envuelta en un solo manojo, como una serpiente. El Mercader iba vestido de oro, abrigadas las espaldas con una manta de lana de chivo. Palúdico y enamorado, al frío de su enfermedad se unía el temblor de su corazón. Y los treinta servidores montados llegaban a la retina como las figuras de un sueño.

Repentinamente, aislados goterones rociaron el camino, percibiéndose muy lejos, en los abajaderos, el grito de los pastores que recogían los ganados, temerosos de la tempestad. Las cabalgaduras apuraron el paso para ganar un refugio, pero no tuvieron tiempo: tras los goterones, el viento azotó las nubes, violentando selvas hasta llegar al valle, que a la carrera se echaba encima las mantas mojadas de la bruma, y los primeros relámpagos iluminaron el paisaje, como los fogonazos de un fotógrafo loco que tomase instantáneas de tormenta.

Entre las caballerías que huían como asombros, rotas las riendas, ágiles las piernas, grifa la crin al viento y las orejas vueltas hacia atrás, un tropezón del caballo hizo rodar al Mercader al pie de un árbol, que, fulminado por el rayo en ese instante,

le tomó con las raíces como una mano que recoge una piedra, y le arrojó al abismo.

En tanto, el Maestro Almendro, que se había quedado en la ciudad perdido, deambulaba como loco por las calles, asustando a los niños, recogiendo basuras y dirigiéndose de palabra a los asnos, a los bueyes, a los perros sin dueño que para él formaban con el hombre la colección de bestias de mirada triste.

—¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos? . . . —preguntaba de puerta en puerta a las gentes, que cerraban sin responderle, extrañadas, como ante una aparición, de su túnica verde y su barba rosada.

Y pasado mucho tiempo, interrogando a todos, se detuvo a la puerta del Mercader de Joyas sin precio a preguntar a la esclava, única sobreviviente de aquella tempestad:

—¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos? . . .

El sol, que iba sacando la cabeza de la camisa blanca del día, borraba en la puerta, claveteada de oro y plata, la espalda del Maestro y la cara morena de la que era un pedacito de su alma, joya que no compró con un lago de esmeraldas.

—¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos? . . .

Entre los labios de la esclava se acurrucó la respuesta y endureció como sus dientes. El Maestro callaba con insistencia de piedra misteriosa. Llenaba la luna del Buho-Pescador. En silencio se lavaron la cara con los ojos al mismo tiempo, como dos amantes que han estado ausentes y se encuentran de pronto.

La escena fue turbada por ruidos insolentes. Venían a prenderles en nombre de Dios y el Rey, por brujo a él y por endemoniada a ella. Entre cruces y espadas bajaron a la cárcel, el Maestro con la barba rosada y la túnica verde, y la esclava luciendo las carnes que de tan firmes parecían de oro.

Siete meses después se les condenó a morir quemados en la Plaza Mayor. La víspera de la ejecución, el Maestro acercóse a la esclava y con la uña la tatuó un barquito en el brazo, diciéndola:

—Por virtud de este tatuaje, Tatuana, vas a huir siempre que te halles en peligro, como vas a huir hoy. Mi voluntad es que seas libre como mi pensamiento; traza este barquito en el muro, en el suelo, en el aire, donde quieras, cierra los ojos, entra en él y vete . . .

¡Vete, pues mi pensamiento es más fuerte que ídolo de barro amasado con cebollín!

¡Pues mi pensamiento es más dulce que la miel de las abejas que liban la flor del suquinay!

¡Pues mi pensamiento es el que se torna invisible!

Sin perder un segundo la Tatuana hizo lo que el Maestro dijo: trazó el barquito, cerró los ojos y entrando en él —el barquito se puso en movimiento— escapó de la prisión y de la muerte . . .

Y a la mañana siguiente, la mañana de la ejecución, los alguaciles encontraron en la cárcel un árbol seco que tenía entre las ramas dos o tres florecitas de almendro, rosadas todavía.

Prólogo de "Obras Escogidas" de Miguel Angel Asturias

Por José María SOUVIRON

En la obra de Miguel Angel Asturias se aúnan los elementos españoles y las calidades americanas, autóctonas, mediante una segura maestría. Arte completo, de intensa vitalidad, donde se combinan los elementos originales de dos fuerzas para lograr un excelente equilibrio.

El autoctonismo es para el arte americano de nuestro tiempo una peligrosa espada de dos filos, ambos agudísimos. Es indudable que toda obra hecha en tierras hispanoamericanas por creadores nacidos y vividos en aquellos países debe tener, si ha de perdurar, un sello característico y personal. Esto parece perogrullada, pero no lo es tanto si se examina la producción americana en lengua española hasta hace poco más de un cuarto de siglo. Hay en ella, claro está, particularidades ineludibles de expresión, paisaje, meteorología y ambiente, pero la mayor parte de la literatura décimonona de las naciones iberoamericanas podría haber sido escrita en Europa, con recuerdos de aquellas regiones, o por un extraño que, con bagaje literario español o francés, hubiese llegado a ellas y las conociese de algún tiempo.

De un lapso a esta parte sucede algo que pudiéramos llamar contradictorio de aquella ausencia de tonos peculiares. Junto con un lógico afán de hallar lo verdaderamente americano y expresarlo americanamente, se ha dejado ver, y con insistencia, un enojoso prurito de originalidad, más que continental, regionista, que conduce a un separatismo cultural. Obras excelentes en muchos aspectos presentan dificultad de comprensión, no sólo para

los lectores españoles, sino para los del país más vecino al que produjo el libro. Esta dificultad crece con la distancia. La necesidad de vocabulario se impone, el interés se reduce y llega a desaparecer. En más de una ocasión he conocido las tribulaciones de un crítico literario chileno o argentino ante una novela populista venezolana o guatemalteca. Otro tanto sucedería con el lector de Caracas o Quezaltenango frente a libros criollistas escritos en Salta o Chillán.

La atracción del autoctonismo es fuerte y tiene fundamentos. Sucede, sin embargo, que la tendencia originalista triunfa con facilidad y se desvanece en un resultado desmenuzador. Transforma en colección de pequeñas muestras aldeanas lo que está destinado a ser una poderosa unidad cultural.

Junto al autoctonismo, aparece un nuevo concepto, muy en boga en años recientes. Teoría o posición que pretende hacer de América el continente de lo "telúrico". Algunos escritores se esfuerzan en segregar aquella cultura, para unos recién nacida y para otros en plena madurez, de sus antecedentes europeos. Para ello, basan en el poderío de lo terráqueo, en el contacto inmediato con las fuerzas naturales, los fundamentos del arte y del pensamiento iberoamericanos. Si la cultura europea decae, según ellos, por haber traicionado su destino, por exceso de racionalismo o por falta de contacto con la materia, la cultura americana es "telúrica", material y todavía primigenia. Quizá más adelante pueda llegar el espíritu a dominar en las obras de arte y de pensamiento nacidas en el continente indoibero, pero aun es pronto; sería engañarse —siguen diciendo— negar que la comunicación del poeta, el artista, el escritor americano, está todavía exclusivamente transmitida mediante poderes telúricos.

Difícil es discutir la parte fundamentada y cierta que tiene este sistema, sobre todo si se ha vivido largos años en América. Pero preciso es, también, advertir contra los peligros de exageración. Es indudable que la presencia de los elementos naturales está más clara y violenta en (pongamos por caso) un Neruda que en un Rilker; pero eso no quiere decir que dicha sola presencia sea una virtud, ni algo digno de ser cultivado y desarrollado, sino que pertenece a una etapa cuya superación se va adquiriendo cada día con más dinámica insistencia. Reconocer la grandeza poética de Neruda, lo extraordinario de su obra, su personalidad impresionante, no supone aceptar como dogma o axioma la necesidad de lo telúrico y material, sino solamente su presencia superable.

La seducción de esas dos posiciones, sus seguros fundamentos parciales, tiene trascendental importancia para los que creemos, aquí o allá, en lo unitario que ha de vencer las peligrosas diferencias. Campo más difícil que el de la poesía (superadora de los detalles realistas o pintorescos) en la novela, en cuya misma naturaleza está vivo lo documental, lo minucioso, lo particularista. La vida de un país, de una capital, o de una aldea, no

puede ser transmitida al público sino mediante la expresión más inmediata. Palabras comarcales, nombres de plantas, animales, utensilios y actitudes, entran en la descripción y en el diálogo con tanta mayor fuerza cuanto más humana y verdaderamente esté presentado el ámbito novelesco y los personajes que en él se mueven. La dificultad del gran novelista iberoamericano está en no abandonar estos valores entrañables (cuya ausencia debilitaría la obra), y en darles, al mismo tiempo que una exaltación ordenada, una consistencia universal.

Un lector que exige facilidad total desde el principio está perdido si se encuentra con una obra consistente y bien forjada. Ninguna novela verdaderamente valiosa deja de ofrecer esas dificultades. Mas si el grato trabajo de dominarlas se ve compensado por una claridad creciente, la obra permanece y su ámbito aumenta.

El problema de los grandes novelistas hispanoamericanos está en hallar ese equilibrio. Pocos lo han logrado. Mejor dicho, lo han alcanzado los que merecen ese título de "grandes": Güiraldes, Rivera, Barrios, Gallegos, Miguel Angel Asturias.

Una de las impresiones más definidas que produce la obra de Miguel Angel Asturias es la de su profunda americanidad. Junto a esto, la de su innegable contacto con la tradición española. Ambos elementos, en justa combinación, ceden a sus novelas (y a todos sus escritos) el difícil equilibrio, el vehemente y fecundo equilibrio que caracteriza lo clásico. Al menos, lo que puede en algún sentido llegar a ser clásico. No es sólo el "Popol Vuh", lo que suministra fuerza vetusta al escritor guatemalteco, sino el conocimiento de la otra fuente hispánica, el elemento que domina por encima de lo telúrico: la tradición llegada desde el viejo mundo.

Ni el deleite francófilo que caracterizó a gran parte de los escritores primiseculares, ni la herejía étnica que desprecia una parte de su sangre, sino la fructífera mezcla de lo indio y lo español, expresada por el medio que mejor comunica: un lenguaje fuerte, denso, seguro, que enriquece al castellano por dos causas: renovación y mantenimiento. Sus traducciones e interpretaciones de textos antiguos, tienen un hondo interés. El conocimiento del LIBRO DEL CONSEJO o de los ANALES DE LOS XAHIL nos ayuda a comprender no sólo las LEYENDAS DE GUATEMALA sino también EL SEÑOR PRESIDENTE y HOMBRES DE MAÍZ. Ante todo, Miguel Angel Asturias es un gran novelista. Determinar qué clase de novelas son las suyas, a qué categoría literaria pueden pertenecer, es cosa a más de un poco superflua, difícil, por lo mismo que el caudal que corre por ellas fecunda muy diversas zonas: lo histórico, lo social, lo satírico, lo costumbrista.

Quizás, hasta hoy, toda buena novela hispanoamericana tiene mucho de novela histórica. Sabemos que para una crítica demasiado exigente, esto puede sonar a disparate. Sucede, empero, con todas las literaturas en proceso

de crecimiento inicial, que la historia predomina, principalmente la historia contemporánea. Llamo época de crecimiento inicial a la que aún vive la literatura hispanoamericana, porque me parece que sus caracteres coinciden con la que así ha sido llamada en nuestra literatura occidental europea. Más aún, me atrevo a asegurar que, por ejemplo, los grandes poetas americanos de hoy serán, en el andar de los siglos, figuras más cercanas a lo que para nosotros es Juan Ruiz y para los franceses Francois de Villon, que no a lo que pueden indicar personajes como Quevedo o Goethe. Desde los “primitivos” de la novela hispanoamericana propiamente dicha como EL PERIQUILLO SARNIENTO, de Lizardi, el elemento histórico, el deseo de perpetuar sucesos contemporáneos, tiene más fuerza que la sátira, que el propósito moral, que la creación artística o el intento puramente narrativo.

En dos grandes novelas del romanticismo americano, que vienen a señalar respectivamente, en su género, un principio y un final de época, en AMALIA y en MARÍA, los dos nombres de mujer y el tema sentimental van acompañados de acción histórica. La AMALIA de Mármol tiene más vivacidad que la MARÍA de Jorge Isaacs. En la primera hallamos una cantidad de elementos políticos que en la segunda empiezan, por condición natural del tiempo, a transformarse en sociales. Pero ambas tienen su contenido historicista.

Algo muy semejante sucede en otra importante novela romántica: CARUMURU, del uruguayo Magariños Cervantes. Los valores propiamente sentimentales o pasionales del amor del gaucho Carumuru por la evanescente Lía están como descoloridos frente al conflicto de libertad personal y de resentimiento que fluye por toda la novela, entreverada de lances históricos.

Dentro del carácter histórico que asignamos a estas novelas, hay una diferencia entre las dos más importantes de Miguel Angel Asturias. EL SEÑOR PRESIDENTE es una “novela política”, en tanto que HOMBRES DE MAÍZ es una “novela social”. Pertenece la primera a una estirpe de novela hispanoamericana dedicada a presentar con caracteres acerados —y en general, torvos— figuras importantes de la política o de lo que así pueda llamarse. No es lo satírico lo que predomina en este tipo de obras, aunque en la mayor parte de ellas está envuelta la mordacidad y aun el clamor revolucionario, en una burlona figuración del personaje retratado, cuyas crueldades o veleidades no evitan un aire de esperpento.

Muchas son las novelas iberoamericanas que presentan tales personajes, característicos de aquellas tierras. Constituye una especie de ansiedad en muchos críticos literarios hispanoamericanos establecer parangones entre las figuras pintadas en sus grandes novelas políticas y algunos personajes europeos. Por muy diversas circunstancias, entre ellas la de una ineludible carga histórica, directiva del mundo, que Europa lleva sobre los hombros todavía, y que para América es sólo un porvenir que parece iniciarse, los figurones

sangrientos de varias novelas políticas iberoamericanas no se parecen ni remotamente a los más crueles o caricaturescos fantoches que haya dado de sí la política europea. El protagonista de EL SEÑOR PRESIDENTE es, a todas luces, identificable con un político de larga actuación tiránica en Guatemala: Estrada Cabrera.

EL SEÑOR PRESIDENTE nos da un retrato exacto de toda una época. Usando un lenguaje poético y hasta pictórico, donde, a veces, las palabras juegan de un modo violento su propia danza descomunal ante los sucesos narrados, el argumento se desarrolla en torno a la rivalidad de dos potentados políticos: uno de ellos, el Señor Presidente, y otro, el General Canales. La persecución contra Canales no se limita a su persona, sino que llega hasta la conmovedora figura de su hija Camila, quien es raptada por Cara de Angel, siniestro guapetón a las órdenes del Señor Presidente.

Junto con las personas humanas que contribuyen a colocarnos desde las primeras páginas en el ambiente atroz (a un tiempo atrayente y repugnante) de esta novela, están la Naturaleza y el ámbito: junto a la “corte de los milagros” criolla, integrada por el grupo de mendigos que hallamos al iniciarse la novela; junto al infame Auditor General esclavizado y abúllico, está el calor, la suciedad de los arrabales, la tiniebla de las cárceles, la mugre de las oficinas gubernamentales, y también el vuelo siniestro de los pájaros, los mugidos animales, los árboles retorcidos, el viento, los dolores físicos, el miedo, las lágrimas.

EL SEÑOR PRESIDENTE no es un personaje aislado en la novelística hispanoamericana. Un compatriota de Miguel Angel Asturias, Rafael Arévalo Martínez, nos presenta de un modo no tan novelesco, pero no menos apasionante, otro retrato del mismo personaje que dio motivo a EL SEÑOR PRESIDENTE. ECCE PERICLES, de Arévalo Martínez, es otra imagen de Estrada Cabrera.

EN MI GENERAL, del mexicano Gregorio López y Fuentes, aparece Pancho Villa, no en la época mezclada de brutalidad y grandeza de sus lides revolucionarias, sino viviendo, ya victorioso, en un ambiente político en el que no sabe moverse, y en el que apenas aparece con mayores perfiles que un feo pelele.

Muy numerosas son las novelas americanas que retratan un político y su época, y las hay de todas clases. No tenemos por qué ocuparnos aquí de las que carecen de valor literario, de las que lo tienen muy reducido o de las que la intención política, directa y casi personal, hace caer al autor en exageraciones o en diatribas cuya única excusa es la actualidad transitoria de la propaganda. Entre éstas recordamos la titulada EL TIRANO BEBEVIDAS, del peruano Manuel Bedoya, en la que el dictador Benavides (bien se advierte la caricatura hasta en el apellido) aparece bebiendo la sangre de sus jóvenes adversarios, mandados matar por él.

No es éste el enfoque que da Miguel Angel Asturias al bastidor histórico y real sobre el que fija la trama de su excelente novela. Sería inoportuno que entráramos aquí a detallar algunos aspectos de la obra que el lector va a conocer por su propio interés al cabo de estas páginas preliminares. Sin referirnos para nada a la ideología política del autor, la figura del Señor Presidente tiene unos relieves de realidad difícilmente discutibles. Una realidad que ya supera, en sus aspectos más duraderos, la misma realidad histórica del político retratado. Realidad que también aparece, en otro aspecto, con otra visión y con diferente panorama, en las desgarradas, luminosas páginas de HOMBRES DE MAÍZ y en todas las otras creaciones narrativas del gran escritor guatemalteco.

Respecto al estilo, tampoco es necesario que el prologuista se extienda en consideraciones excesivas de los valores particularísimos que tiene, dentro de las letras hispanoamericanas la obra de Asturias. Una formación exigente y honrada en los grandes maestros españoles, y muy particularmente en algunos de los grandes novelistas del 98, se completa y adquiere vida propia junto a los lances puramente americanos que aquí se narran. No deja de ser curioso advertir cierta relación entre algunas historias de LEYENDAS DE GUATEMALA, y aun el modo de “decirlas”, y algunos de los mejores escritores del género en España. Miguel Asturias, uno de los escritores más americanos y personales de nuestros días, no ha renunciado por un momento a la base expresiva que le presta su conocimiento de la literatura española. ¿Acaso no hallamos en algunos momentos de EL SEÑOR PRESIDENTE, y sin menoscabo de su originalidad, atisbos memorables de algunos esperpentos de don Ramón del Valle Inclán?

No deben los prólogos retrasar el deleite que ofrecen, próximas, las obras del autor presentado. No otra cosa que una presentación son estas líneas. Los estudios eruditos que merezca, en su día, este gran novelista, requerirán el paso del tiempo para tener el enfoque preciso. Un detenimiento explicativo podría perturbar el interés novelesco que las obras ofrecen por sí mismas. La cita de párrafos escogidos como demostración de logros estilísticos anticiparía la oportunidad del encuentro con esos párrafos. Baste, por ahora, con estas breves páginas para iniciar las obras completas de uno de los más grandes escritores actuales de habla española.

“El Señor Presidente” de Miguel Angel Asturias

ESE ANIMAL

(CAPITULO V)

El Secretario del Presidente oía al doctor Barreño.

—Yo le diré, Señor Secretario, que tengo diez años de ir diariamente a un cuartel como cirujano militar. Yo le diré que he sido víctima de un atropello incalificable, que he sido arrestado, arresto que se debió a . . . , yo le diré, lo siguiente: en el Hospital Militar se presentó una enfermedad extraña, día a día morían diez y doce individuos por la mañana, diez y doce individuos por la tarde, diez y doce individuos por la noche. Yo le diré que el Jefe de Sanidad Militar me comisionó para que en compañía de otros colegas pasáramos a estudiar el caso e informáramos a qué

se debía la muerte de individuos que la víspera entraban al hospital buenos o casi buenos. Yo le diré que después de cinco autopsias logré establecer que esos infelices morían de una perforación en el estómago del tamaño de un real, producida por un agente extraño que yo desconocía y que resultó ser el sulfato de soda que les daban de purgante, sulfato de soda comprado en las fábricas de agua gaseosa y de mala calidad por consiguiente. Yo le diré que mis colegas médicos no opinaron como yo y que, sin duda por eso, no fueron arrestados; para ellos se trataba de una enfermedad nueva que había que estudiar. Yo le diré que han

muerto ciento cuarenta soldados y que aún quedan dos barriles de sulfato. Yo le diré que por robarse algunos pesos el Jefe de Sanidad Militar sacrificó ciento cuarenta hombres, y los que seguirán. . . Yo le diré. . .

—¡Doctor Luis Barreño! —gritó a la puerta de la secretaría un ayudante presidencial.

— . . . yo le diré, Señor Secretario, lo que El me diga.

El Secretario acompañó al doctor Barreño unos pasos. A fuer de humanitaria, interesaba la jerigonza de su crónica escalonada, monótona, gris, de acuerdo con su cabeza canosa y su cara de bistec seco de hombre de ciencia.

El Presidente de la República le recibió en pie, la cabeza levantada, un brazo suelto naturalmente y el otro a la espalda, y, sin darle tiempo a que lo saludara, le cantó:

—Yo le diré, Don Luis, ¡y eso sí!, que no estoy dispuesto a que por chismes de mediquetes se menoscabe el crédito de mi gobierno en lo más mínimo. ¡Deberían saberlo mis enemigos para no descuidarse, porque a la primera, les boto la cabeza! ¡Retírese! ¡Salga! . . . , y ¡llame a ese animal!

De espaldas a la puerta, el sombrero en la mano y una arruga trágica en la frente, pálido como el día en que lo han de enterrar, salió el Doctor Barreño.

—¡Perdido, Señor Secretario, estoy perdido! . . . Todo lo que oí fue retírese, salga, llame a ese animal. . .

—¡Yo soy ese animal!

De una mesa esquinada se levantó

un escribiente, dijo así, y pasó a la sala presidencial por la puerta que acababa de cerrar el Doctor Barreño.

—¡Creí que me pegaba. . . , viera visto. . . , viera visto. . . —hilvanó el médico enjugándose el sudor que le corría por la cara—, . . . viera visto! Pero le estoy quitando su tiempo Señor Subsecretario, y usted está muy ocupado. Me voy ¿oye? Y muchas gracias. . .

—Adiós doctorcito. De nada. Que le vaya bien.

El Secretario concluía el despacho que el Señor Presidente firmaría dentro de unos momentos. La ciudad apuraba la naranjada del crepúsculo vestida de lindos celajes de tarlatana con estrellas en la cabeza como ángel de loa. De los campanarios luminosos caía a las calles el salvavidas del Ave María.

Barreño entró a su casa que pedazos se hacía. ¡Quién quita puñalada trapera! Cerró la puerta viendo a los tejados por donde una mano criminal podía bajar a estrangularlo y se refundió en su cuarto detrás de un ropero.

Los levitones pendían solemnes como ahorcados que se conservan en naftalina y bajo su signo de muerte recordó Barreño el asesinato de su padre, acaecido de noche en un camino solo, hace muchos años. Su familia tuvo que conformarse con una investigación judicial sin resultado, la farsa coronaba la infamia, y una carta anónima que decía más o menos: “Veníamos con mi cuñado en el camino que va de *Vuelta Grande* a *La Canoa* a eso de las once de la no-

che, cuando a lo lejos sonó una detonación, otra, otra, otra... pudimos contar hasta cinco. Nos refugiamos en un bosquecito cercano, a nuestro encuentro oímos que venían caballerías a galope tendido, jinetes y caballos pasaron casi rozándonos y continuamos la marcha al cabo de un rato, cuando todo quedó en silencio. Pero nuestras bestias no tardaron en alarmarse. Mientras reculaban resolviendo, nos apeamos pistola en mano a ver qué había de por medio y encontramos tendido el cadáver de un hombre boca abajo y a unos pasos una mula herida que mi cuñado despeñó. Sin vacilar regresamos a dar parte a *Vuelta Grande*. En la comandancia encontramos al coronel José Parrales Sonriente, *el hombre de la mulita*, acompañado de un grupo de amigos sentados alrededor de una mesa llena de copas. Le llamamos aparte y en voz baja le contamos lo que habíamos visto. Primero lo de los tiros, luego... En oyéndonos se encogió de hombros, torció los ojos hacia la llama de la candela manchada de rojo y repuso pausadamente: —¡Váyanse derechito a su casa, yo sé lo que les digo, y no vuelvan a hablar de esto!...

—¡Luis!... ¡Luis!...

Del ropero se descolgó un levitón como ave de rapiña.

—¡Luis!

Barreño saltó y se puso a hojear un libro a dos pasos de su biblioteca. ¡El susto que habría llevado su mujer si lo encuentra en el ropero!

—¡Ya ni gracia tienes, te vas a matar estudiando o te vas a volver

loco! ¡Acuérdate que siempre te lo digo! No quieres entender que para ser algo en tu tierra se necesita más labia que saber. ¿Qué ganas con estudiar? ¡Nada! ¡Dijera yo un par de calcetines, pero qué...! ¡No faltaba más! ¡No faltaba más!...

La luz y la voz de su esposa le devolvieron la tranquilidad.

—¡No faltaba más! Estudiar... estudiar para qué... para que después de muerto te digan que eras sabio, como se lo dicen a todo el mundo... bah... que estudien los empíricos, tú no tienes necesidad que para eso sirve el título, para saber sin estudiar... ¡Y... no me hagas caras! En lugar de biblioteca deberías tener clientela. Si por cada librote inútil de éstos tuvieras un enfermo estaríamos mejor de salud nosotros aquí en la casa. Yo, por mí, quisiera ver tu clínica llena, oír sonar el teléfono a todas horas, verte en consultas, en fin que llegaras a ser algo...

—Tú le llamas ser algo a...

—Pues entonces... algo efectivo... y para eso no me digas que se necesita botar las pestañas sobre los libros, como tú lo haces, ya quisieran saber los otros médicos la mitad de lo que tú sabes; basta con hacerse de buenas cuñas y de nombre. El médico del Señor Presidente, por aquí... El médico del Señor Presidente por allá... Y eso sí, ya ves, eso sí, ya es ser algo...

—Puessss... —y Barreño detuvo el pues entre los labios salvando una pequeña fuga de memoria— ...eess, hija, pierde las esperanzas; te caerías de espaldas si te contara que vengo de

ver al Presidente, sí, de ver al Presidente.

—¡Ah, caramba!, ¿y qué te dijo, cómo te recibió?

—Mal. Botar la cabeza fue todo lo que oí decir. Tuve miedo y lo peor es que no encontraba la puerta para salir.

—¿Un regaño? ¡Bueno, no es al primero ni al último que regaña; a otros les pega! —y tras una prolongada pausa, agregó—: A ti lo que siempre te ha perdido es el miedo...

—Pero mujer, dame uno que sea valiente como una fiera.

—No, hombre, si no me refiero a eso, hablo de la cirugía ya que no puedes llegar a ser médico del Presidente, y para eso lo que urge es que pierdas el miedo. Para ser cirujano lo que se necesita es valor. Créemelo. Valor y decisión para meter el cuchillo. Una costurera que no echa a perder tela no llegará a cortar bien un vestido nunca. Y un vestido, bueno, un vestido vale algo. Los médicos en cambio, pueden ensayar en el hospital con los indios. Y lo del Presidente, no hagas caso. ¡Ven a comer! El hombre debe estar para que lo chamarreen con ese asesinato horrible del Portal del Señor.

—Mira, calla, no suceda aquí lo que no ha sucedido nunca, que yo te dé una bofetada. ¡No es un asesinato ni nada de horrible tiene el que hayan acabado con ese verdugo odioso, el que le quitó la vida a mi padre, en un camino solo, a un anciano solo!...

—¡Según un anónimo! Pero, no pareces hombre, ¿quién se lleva de anónimos?...

—Si yo me llevara de anónimos...

—No pareces hombre...

—Pero déjame hablar, si yo me llevara de anónimos no estarías aquí en mi casa —Barreño se registraba los bolsillos con la mano febril y el gesto en suspenso—, no estarías aquí en mi casa; lee...

Pálida, sin más rojo que el químico bermellón de los labios, tomó ella el papel que le tendía su marido y en un segundo le pasó los ojos:

“Doctor: aganos el favor de consolar a su mujer ahora que el hombre de la mulita pasó a mejor vida. Consejo de unos amigos y amigas que le quieren”.

Con una carcajada dolorosa, astillas de risa que llenaban las probetas y retortas del pequeño laboratorio de Barreño, como un veneno a estudiar, ella le devolvió el papel a su marido. Una sirvienta acababa de decir a la puerta:

—¡Ya está servida la comida!

*

En Palacio, el Presidente firmaba el despacho asistido por el viejecito que entró al salir el Doctor Barreño y oír que llamaba a *ese animal*.

Ese animal era un hombre pobremente vestido, con la piel rosada como ratón tierno, el cabello de oro de mala calidad y los ojos azules y turbios perdidos en anteojos color yema de huevo.

El Presidente puso la última firma y el viejecito por secar de prisa derramó el tintero sobre el pliego firmado.

—¡ANIMAL!

—¡Se...ñor!

—¡ANIMAL!

Un timbrazo . . . , otro . . . , otro . . . Pasos y un ayudante en la puerta.

—¡General, que le den doscientos palos a éste, ya, ya! —rugió el Presidente y pasó en seguida a la Casa Presidencial. La comida estaba puesta.

A *ese animal* se le llenaron los ojos de lágrimas. No habló porque no pudo y porque sabía que era inútil implorar perdón: el Señor Presidente estaba como endemoniado con el asesinato de Parrales Sonriente. A sus ojos nublados asomaron a implorar por él su mujer y sus hijos: una vieja trabajadora y una media docena de chicuelos flacos. Con la mano hecha un garabato se buscaba la bolsa de la chaqueta para sacar el pañuelo y llorar amargamente —y no poder gritar para aliviarse—, pensando, no como el resto de los mortales, que aquel castigo era inicuo, sino, por el contrario, que bueno estaba que le pegaran para enseñarle a no ser torpe —y no poder gritar para aliviarse—, para enseñarle a hacer bien las cosas, a no derramar la tinta sobre las notas —y no poder gritar para aliviar-se . . .

De entre los labios cerrados le salían los dientes en forma de peineta contribuyendo con sus carrillos flácidos y su angustia a darle aspecto de condenado a muerte. El sudor de la espalda le pegaba la camisa, acongojándole de un modo extraño . . .

¡Nunca había sudado tanto! . . . Y no poder gritar para aliviarse. Y la basca del miedo, le, le, le hacía tiritar . . .

El ayudante le sacó del brazo como dundo, embutido en una torpeza macabra; los ojos fijos, los oídos con una terrible sensación de vacío, la piel pesada, pesadísima, doblándose por los riñones, flojo, cada vez más flojo . . .

Minutos después en el comedor:

—¡Da su permiso, Señor Presidente!

—Pase, General.

“Señor, vengo a darle parte de *ese animal* que no aguantó los doscientos palos”.

La sirvienta que detenía el plato del que tomaba el Presidente en ese momento, una papa frita, se puso a temblar . . .

—Y usted por qué tiembla —la increpó el amo, y, volviéndose al General que cuadrado, con el quepis en la mano, esperaba sin pestañear—, ¡Está bien, retírese!

Sin dejar el plato, aquélla corrió a alcanzar al ayudante y le preguntó por qué no había aguantado los doscientos palos.

—¿Cómo por qué? ¡Porque se murió!

Y siempre con el plato volvió al comedor.

—¡Señor —dijo casi llorando al Presidente que comía tranquilo—, dice que no aguantó porque se murió!

—¿Y qué? ¡Traiga lo que sigue!

“Clarivigilia Primavera” de Miguel Angel Asturias

Palabras de los Editores del Libro. Losada S. A.
Buenos Aires, Argentina, A. del S.

“Historias-sueños-poemas” llamó Paul Valéry a las LEYENDAS DE GUATEMALA y eso mismo cabe decir de CLARIVIGILIA PRIMAVERAL, historia-sueño-poema, en el que Miguel Angel Asturias evoca la creación de los artistas por los dioses mayas, apartándose en un todo de los textos conocidos. Es tan antiguo, tan remoto el existir de los artistas en el mundo maya, como el mundo mismo. Pero estos primitivos artistas son destruidos, según este poema que en sí es una leyenda, por fuerzas terrígenas enemigas de artes y magias. Son destruidos los artistas y sus obras, obras de las que sólo queda lo que la arqueología encuentra. La tierra es sometida al castigo del fuego y el agua, cataclismos, incendios, diluvios, y cuando siglos más tarde renace, la expresión de la belleza artística se confía, en pintura, a las aves de bello plumaje, en música y canto a los pájaros de garganta prodigiosa y en escultura, a peñascales y piedras con forma de animales. Los dioses mayas al darse cuenta que todo aquello es muy bello, pero que no tiene magia, crean de nuevo a los artistas o encargados de las magias y para que no puedan ser destruidos, los colocan en las cuatro extremidades del cielo. Pero estos artistas sólo se ocupan de halagar a los dioses, de crear obras al sabor y gusto de las divinidades, con olvido del hombre y mengua de otros artistas que por no seguir los cánones estéticos establecidos, son relegados. Y esto hace que por segunda vez aquellos artistas creados por los dioses estén a punto de ser destruidos. Fuerzas celestes los persiguen, los hieren

y es entonces que de las artes heridas surge el arte humanizado, el arte de todos para todos. CLARIVIGILIA PRIMAVERAL pertenece al ciclo de LEYENDAS DE GUATEMALA, HOMBRES DE MAÍZ, MULATA DE TAL y, como en toda la obra de Miguel Angel Asturias, en este poema-leyenda encontramos juegos de palabras, onomatopeyas y mitos trasladados a lo épico dentro de una concepción cada vez más americana, más propia, más auténtica, sin relación con las literaturas europeas.

Mágicos-Hombres-Mágicos

MAGICOS-HOMBRES-MAGICOS,
se manifiestan en la Casa de las Cinco Rosas,
donde el tiempo no es fecha, sino flecha.
En la Casa de los Angulos,
la casa de la espumosa bebida de jocote y aguamiel,
la casa de los banquetes que, según el Cronista,
terminaban con pasteles en forma de palomares
de los que al partir la hojuela
dorada a tueste de ámbar
salían palomas vivas
que al volar espolvoreaban
azúcar tornasol
sobre la risa de los comensales.

El del Copal del Canto está allí
y más allá de las palabras.
No es el canto por la palabra,
es la palabra por la magia.
Prometedor es su prodigio.

El del Copal del Color está allí
y más allá de las aves de plumaje.
No es el color por el color,
es el color por la magia.
Prometedor es su prodigio.

El del Copal de la Forma está allí
y más allá del alto mar y el viento.

No es la forma por la forma,
es la forma por la magia.
Prometedor es su prodigio.

El del Copal del Sonido está allí
y más allá del algodón de trinos.
No es el sonido por el sonido,
es el sonido por la magia.
Prometedor es su prodigio.

El sol masticará
en el ombligo del Mágico del Canto,
incensario con brasas de palabras,
el copal de la poesía.

El sol masticará
en el ombligo del Mágico del Color,
incensario con carbones de luz,
el copal de la pintura.

El sol masticará
en el ombligo del Mágico de la Forma,
incensario con piedras de volcán,
el copal de la escultura.

El sol masticará
en el ombligo del Mágico del Sonido,
incensario con brasas acústicas,
el copal de la música.

Sagrados son,
prometedor es su prodigio,
los cuatro en un solo cuerpo
los cuatro en un solo hombre.

Sagrados son,
prometedor es su prodigio,



MIGUEL ANGEL ASTURIAS

los cuatro en un solo cuerpo,
los cuatro en un solo hombre,
un nopal con cuatro cabezas,
no de forma redonda, sino de medias lunas
y las caras de luz porosa, casi visible,
visible, retenida en cada media luna,
misteriosas caras en apariencia vacías
girando en todas direcciones,
como esculturas móviles
al viento de la inteligencia.

Sagrados son,
prometedor es su prodigio
y si su presencia es desafío,
quién se atreverá, Cazador del Aire,
quién se atreverá con este Cuatro-veces-Cielo
de ocho brazos y ocho manos de palmera
y la constelación de sus uñas
de cáscara de luna
y filo de navajuela,
constelación de cuarenta espejos
en dedos de felices movimientos.

Quién se atreverá con este Cuatricielo
de ojos invisibles,
pero evidentes en la polvareda luminosa
de sus cuatro-caras-medias lunas,
sostenidas por cuatro cuellos de gallardía varonil,
ocho hombros de piedra de torrente,
ocho piernas de tronco de bananal
que levantan los racimos de los órganos sagrados
y ocho pies, lenguas con dedos
para el idioma de la danza.

Los cuatro en un solo cuerpo,
los cuatro en un solo hombre
que para andar gira como astro

seguido por la tierra
que da vueltas de girasol
bajo sus pies,
bajo sus ocho pies que giran,
bajo sus ocho pies que danzan.

Los cuatro en un solo cuerpo,
los cuatro en un solo hombre
que para comer pone en movimiento
ciento veintiocho dientes
y muelas de porcelana de maíz,
y cómo saciar su hambre
que empieza en el color
y sigue en los sabores. . .
quiere comerse el sol,
quiere comer montañas,
quiere comer incendios,
quiere comerse el cielo. . .

Y cómo saciar su olfato
asomado a las ocho ventanas de sus narices,
y su tacto de imanes siderales,
y su elástica piel de mar que sin romperse permite
que cada uno de los cuatro
vaya desde su extremidad mágica
al centro de la tierra
y vuelva al ángulo que le corresponde en el cielo,
después de pasar el sol por el ojo de maíz,
instante en que las máscaras horadadas
de las estatuas calendáricas
respiran las resinas sagradas del mediodía,
se funden los espejos de azogues diáfanos
y el Mágico del Color, situado al Este,
se apresura a colorear las tablillas,
y el Mágico de la Forma, situado al Oeste,
borda la piedra con el cerca y el lejos
de la luz y la sombra, en los bajorrelieves,

y el Mágico de la Palabra, situado al Norte,
urge el canto del amanuense de las ponderaciones,
y el Mágico del Sonido, situado al Sur,
deja oír la melodía del fervor y el utensilio.

Artesanías Ocultas

LOS POETAS, AMANUENSES ANONIMOS, CALCAÑALES
del Mágico del Canto en la casa del Norte,
llevaron su queja hasta la flor en pétalos
del oído de los Cazadores Celestes:

“El vuelo inmóvil de la poesía y sus desdoblamientos
en canto ritual, danza guerrera, juego de palabras,
coloquio de corazones endiosados, es nuestro secreto.
Oír brotar almácigas de sílabas y transplantarlas
de las salivaciones a la estrofa dorada,
nuestro oficio de pensadores con música.
Conocemos el pulso de las lluvias flagelantes
en el dibujo calendárico y la caligrafía colorida,
polícroma, de símbolos y adivinaciones astrológicas;
pero postergados por el Mágico del Canto,
no pasamos de ser hablacadáveres
de lenguas perforadas con flechas de metáforas”.

¿A qué bejuco de silencio prenden campanillas,
gotas de agua, escamas de peces, fragmentos de vidrio,
trozos de madera, uñas de metal,
en ensayo de nuevas lluvias sonoras,
los Invisibles Espaldas del Mágico Visible,
el del Copal de la Música, en su casa del Sur?
¿Qué cañas agujerean, tostadas a fuego lento,
en busca del patético trino?
¿Qué piedras pulidas a tabaco
usan para aplanchar las pieles tamboreras?
¿En qué licor de milenios embeben la ocarina,
la tortuga, el caracol, la piedra,

para las teclas de las marimbas?
Tácita la queja de músicos anónimos en las preguntas
que vuelan hasta el oído de los Cazadores Celestes.

Ambulaban en la casa del cactus luminoso,
los pintores, estatuas sin pies,
sólo ojos, como el Mágico del Color
en su casa del Este. . . Anónimos y ausentes,
ellos, y ésta su queja al oído de los Cazadores,
ellos que entraban y salían de los azules
del tinte de palo, de los achiotes sangrantes,
de las divinas púrpuras robadas a los crustáceos
de la Mar del Sur, de los negros untuosos,
de los blancos calizos, de los ocre de barro,
los amarillos, polen o polvo de oro,
los verdes de esmeraldas molidas,
las tierras sanguíneas,
los guapinoles leonados. . .
Suyo el secreto de las maderas porosas,
de las tablillas de superficie lampiña
tratadas a miel, cera o cerumen,
y suyo el secreto de las pieles flexibles
y las pavoridas que entiesó la muerte. . .
Tácitos, anónimos, ausentes,
el cactus luminoso en sus pupilas,
la queja en su pintura. . .

¿Y los picapedreros? Los mares de sus ojos
con témpanos de piedra. Siempre navega
en el ojo del picapedrero alguna astilla.
¿Quién desbasta la mole? ¿Quién la convierte
en agujosa estela? ¿Quién le roba el peso con
encajes?
Ellos, todo es obra de sus manos y por eso se quejan.
Espaldas olvidadas del Mágico Escultor, denuncian
su anonimato
al oído de los Cazadores Celestes.

E
1

No, no es bastante la luz del cielo
en la cacería del pelo de la pluma
y apacibles, lentos, sedentarios
—en los cofres de cuero de cocodrilo,
llameantes las vestiduras ceremoniales,
testimonio del gasto de sus ojos—,
hablan a los Cazadores, los plumistas,
unidos en su queja a los tejedores de enjundias,
tantos símbolos, cábalas, sabidurías
astrales y cálculos se urden en las telas,
unidos a los jicareros, olorosos a miel ácida,
las manos siempre enlutadas de nije
y siempre despiertas, vivas, alertas
para el uso del punzón en el tatuaje de las jícaras,
y a los orfebres engatusadores del oro,
y a los alfareros, los de las manos vacías . . .
¿a dónde van los vasos, las vasijas, los cántaros,
las ollas, los porrones, batidores y lozas vidriadas?
¿a qué relámpago sin destino?
¿a qué labios sin besos?
¿a qué fuego sin llama?
¿qué temblor de tierra los sacude?
¿qué agua sudan sus sedientos poros?

Rocío de lágrimas mojó la flor en pétalos
del oído de los Cazadores Celestes,
antes que la iguana de la tarde
ampollara las nubes y la noche buscara,
para lustrar los sueños, las pomadas
que se guardan en el vaso de las médulas.

RAYITO DE ESTRELLA

(FANTOMIMA)

Por Miguel Angel ASTURIAS

Rayito de estrella,
pluma de torcaz;
haz
de trigo
su cabello blondo;
su boca de chayas
partida en dos ayes;
su cuerpo,
saliva, plumitas
y estiércol de nido:
su talle,
sol a media calle;
bajan y se alargan
en remos,
sus senos.

Don Yugo aparece
y se cuece

desnudo
al sol.
Torogil, fantasma
del asma,
diómelo prestado
un viejo teclado
de marfil.

I

En el cielo la luna con un conejo en la cara. Las montañas, agarradas de la mano, giran alrededor de la tierra. La noche vuelve al corral entre las vacas negras. Árboles en el crepúsculo. La savia sube de las raíces a las hojas y cae convertida en sombra. Sobre un charquito vuela un zancudo. No es así, hay correcciones: el charquito vuela tras el zancudo, como la lente de un sabio.

DON YUGO (*cantando*)

Siete veces, siete,
ocho veces ocho,
nueve veces nueve,
cantaré la misma canción:
¡Rayito de Estrella!
abre tu piquito,
pon tu huevo de oro
en mi corazón!

Al instante desaparece Don Yugo y sale de la guitarra con dificultad un cangrejo.

DON YUGO (*ya en cangrejo*)

Señora, el Señor Cangrejo
le pide perdón,
viene para atrás, para atrás,
pues siente que se le sale el corazón.
Un cangrejo
de que nace
es viejo. . .

*La linda mujer formada por los peces dentro
de la anciana, mueve sus labios. Su voz se oye
como si hablara en una campana de cristal.*

RAYITO DE ESTRELLA

¡Pase, Señor Cangrejo,
pase!

DON YUGO

¡Eres tierra virgen
bajo de guayabos
que destilan miel!

*Don Yugo sube por los pies de la anciana,
huesudos como los de un santo antiguo, hacia
Rayito de Estrella. Le sale al encuentro To-
rogil.*

II

TOROGIL (*gritando*)

¿Qué modales son esos?

*El Señor Cangrejo cambia de color, palidece
del miedo, se pone blanco.*

¿Qué modales son esos?

¡Comeremos sesos!

RAYITO DE ESTRELLA

¿Caldo de cangrejo?

TOROGIL

¿Un cangrejo blanco?

¿Dónde se ha visto eso?

¡Son sesos,
comeremos sesos!

RAYITO DE ESTRELLA

Es un cangrejo . . .

TOROGIL

Torogil
comióse una enana
redonda
como una manzana:
¡Quería atrapar
uno de tus peces,
una de tus eses!

RAYITO DE ESTRELLA

¡Búscales pendencia,
el cangrejo está hecho
de tierra y de paciencia!

III

Torogil propone al Señor Cangrejo tres pruebas: Le dará la vida y el paso libre hacia Rayito de Estrella, si sale airoso; si no gana, le matará de un golpe en la cabeza con una piedra. Hábil como beguina, el Señor Cangrejo sacó intacto el hilo de una telaraña. Torogil frunció la cara y tras escupir como mordiendo, propuso la segunda: Retirar la pestaña que molestaba en el ojo a la aguja más chica de la Reina. El Señor Cangrejo echóse saliva en las tenazas, acercó los cartuchitos de sus ojos y lo dicho con la pestaña que molestaba el ojo de la aguja más chica de la Reina. La tercera prueba era la más difícil. Hacer pasar por un túnel una palabra. Muy sencillo, opinó el Señor Cangrejo, y, tenazas a la obra, puso ruedas a una palabra alemana y la empujó como un tren por un túnel.

TOROGIL (furioso)

¡Más sabe el diablo por viejo!

DON YUGO

Un cangrejo
de que nace es viejo.

TOROGIL

¡Pase, Señor Cangrejo,
pase!

DON YUGO

Para atrás, para atrás,
siempre para atrás . . .
La aguja del diablo es “i” griega
¿quién lo niega?
Y el cangrejo es anda . . .
que llevan en cuclillas . . .

TOROGIL

Que anda cual los beodos
que chocan de lado y lado . . .

DON YUGO

Mejor diga,
que ando con los codos . . .

A gatas llegó Don Yugo, convertido en cangrejo, hasta Rayito de Estrella; pero su humildad cocida al sol sobre la santa cabeza de los bueyes, adquirió, figurativamente, concepto de dominación. Y Don Yugo, que aun en forma de cangrejo era todo un señor de horca y cuchillo, acercóse inquebrantable, lleno de imposiciones y dogmático, con la intención de someter a leyes, la vida de Rayito de Estrella. De cerca, empero, no se veían más que peces que enredaban eses, eses y eses, y no se oía más ruido que el de las aletas al golpear el agua y el de las burbujas que estallaban, antes de entregarse a los rayos del sol, yuguitos que las perseguían constantes, rectilíneos, ondulantes y afanosos.

El Alhajadito de Miguel Angel Asturias

Palabras de los Editores del Libro. Editorial Goyanarte.
Buenos Aires, Argentina. A. del S. 1961.

Católico en su sentido más puro de comprensión cristiana, Miguel Angel Asturias nos muestra en este libro su alma de poeta y los anhelos de toda su vida, porque comenzó a escribirlo en 1926 y lo ha terminado hace muy poco tiempo. Corresponde, pues, en sus principios a la época en que escribió LEYENDAS DE GUATEMALA, a las que Paul Valéry calificó de "historias-sueños-poemas".

Durante años, el autor de EL ALHAJADITO ha ahondado en la historia viva de su país con la calma implacable del cirujano que conoce la verdad secreta y la labra hasta engazarla, faceta tras faceta, en el rutilante esplendor de la más delicada orfebrería. Asturias es el cantor lúcido y terrible de su patria, la Guatemala eterna. Es una mezcla armónica y magistralmente equilibrada de novelista y poeta lírico.

La historia de EL ALHAJADITO está diluida en la memoria del niño que la va reconstruyendo por medio del sueño, y termina haciendo con historia y sueño este poema en prosa en el que el autor de WEEK-END EN GUATEMALA logra una verdadera creación estilística y nos muestra cómo hace treinta años ya era dueño de su idioma, el idioma mágico del pueblo guatemalteco, del indígena maya-quiché, en el que todo es dinámico: palabra, frase, concepto.

EL ALHAJADITO es un niño sumergido en el trasmundo formado por el habla legendaria de las gentes. Y volviendo a lo que Valéry dijera de LEYEN-

DAS DE GUATEMALA, *este nuevo libro también se bebe más que se lee, y es el agente de un sueño tropical vivido no sin singular delicia. Su publicación redondea la obra de este autor que sobre los sillares de cuentos, leyendas y consejas ha ido levantando, dentro de una temática americana bien definida, el mundo de sus novelas.*

Ese universo de la casona del Alhajadito, de donde se han ido todos sus antepasados, violentamente pagano y sacrilego si se quiere, por la sustitución, en el altar, de Cristo por el Mal Ladrón; ese viaje realizado por el niño en busca de otro barco fantasma; al final, la pobreza vergonzante de su familia, la presencia desleída de esas dos mujeres de las que el infante no sabe cuál de las dos es su madre, los cuentos del Cuy —verdaderas joyas literarias en su género— y la amistad con un niño ciego: todo hace de EL ALHAJADITO un libro de realidades infantiles que, como todas las realidades de los niños, no pasan de sus sueños mágicos.

EL ALHAJADITO

(ALGUNAS PAGINAS)

I

Bigotes de miel de caña de azúcar. Por las comisuras le bajaban como puntas de bigotes chinos, tostaditos, cosquillosos, dulces al lamerlos con lengua de gato. Tenía que defenderse de las moscas a manotazos. Defender sus bigotes. El zumbido ligero del insecto al ataque y el ronco zumbido del insecto golpeado. Una como caída de algo que se recupera y sigue volando. Cuando el ataque de la mosca a sus bigotes era de vueltas calculadas en círculos y círculos, la manotada se convertía en ademán despacioso. Los moscones verdes, pesados, lustrosos, le hacían huir del sube y baja adormecedor de las moscas pequeñas, siempre chupeteando la caña, masca que masca el canuto de pulpa blanca, entre los cortantes filos de la cáscara apenas desgarrada y siempre jugosa.

La casa tenía olvidado muy a trasmano un trecho de corredor. No daba a ninguna puerta, a ninguna ventana. Simplemente a la espalda de una pared lisa que lo separaba de unos cuartos para aparejos y otros estropezos. Un alero inclinado caía a tres pilares de madera sentados sobre basas de piedra y servía de medio techo, techo de un lloro. Llovía y sólo de un lado caía el agua. Hay techos de dos aguas. Casas que lloran por los dos ojos. El corredorcito, su corredorcito, sólo lagrimeaba con un ojo, gota a gota, primero, y luego a lagrimitas de tejas que formaban arroyos de llanto dulce que por ríos más grandes iban a dar al Atlántico o al Pacífico. Las casas de dos aguas lloran para los dos mares desde aquellas alturas, un ojo para cada mar.

Pared lisa, techo de un lado, piso de ladrillos cuadrados y más abajo, en lugar de patio, el monte. El monte

verde. Toda clase de monte. Más allá, el mismo monte. Y más allá, el mismo monte.

Nadie cuidaba de este corredorcito. Una existencia ignorada. El viento enano lo barría. La lluvia sesgada lo lavaba. Una que otra vez descubrió caca de gallina en el piso. No agrandaba los ojos, pero pensaba abrirlos hasta donde le dieran las pupilas para expresar su sorpresa.

¿Gallinas...? ¿A qué hora vendrían...? ¿De dónde vendrían...? Los gallineros quedaban del otro lado de la casa. Sólo que volaran. Pero él las habría sentido pasar sobre los patios, mitad volando, mitad arrasándose.

El corredor aquel. Aquel *su* corredorcito. Una mañana descubrió una cáscara de aguacate. Un guacalito. No le dio importancia. Hizo como que no lo veía. El no lo veía, pero alguien desde el guacalito lo miraba. Una pupila de agua brillante en el fondo morroñoso de color negruzco. Le dio un puntapié y se quedó dueño del corredorcito que olía a gente, a mucha gente, a gente sudada, a gente de humor fuerte, a gente que no se baña, a gente que ha caminado mucho.

Un tiznón de carbón en la pared que fue blanca, amaneció un día como rajadura de temblor. Sol de mediodía, doloroso, claro. Un coronadito acababa de aparecer y se movía como en una balsa inestable a la orilla del corredorcito. Al instante subió al alero y dejó el espacio gozoso de alas.

¿Quién tizó la pared? ¿Quién

vino anoche al corredorcito? Ayer no estaba aquella como rajadura. ¿Quién? ¿Quién...?

Ya tenía el invierno encima. Era imposible que en aquella duda de visitas nocturnas de gallinas y fantasmas que comían aguacate dejara su corredorcito sin su presencia durante todo el invierno.

Vendría a ver llover allí donde el monte se traga el agua, sin que suene como en los patios empedrados de la casa. Se la traga y nada más. Igual que si la esperara con la boca abierta.

Echó a andar a grandes zancadas. El corredorcito abandonado era como el muñón del brazo de una casa antigua.

Una, dos, tres... ¿Cuántas filas de ladrillos cuadrados? Tres, cuatro, cinco, seis, siete... Y del otro lado de la pared, en los cuartos oscuros, los aparejos de las bestias de carga y unos barriles estrechos y altos llenos de monedas oxidadas, hediondas, húmedas, perdidas en ceniza revuelta con papel quemado.

Siempre llevaba de esas monedas en sus bolsillos. Peso agradable del metal tintineante en el vacío de trapo de la bolsa. No todas las monedas eran iguales. Las más grandes, color de oro con sangre, mostraban de un lado dos mínimas columnas, abajo tildes de eñes simulando olas y arriba, al fondo, el sol a medio salir del mar, y del otro lado, una mujer vendada con una rama de hojas en la mano izquierda, y en la derecha una balanza. Otras de esas monedas, menos pesadas, delgaditas, de color blanco, traían de un lado un número

ro 9, que podía ser 6, según se viera, y del otro lado una mano abierta. Las más raras eran unas moneditas muy pequeñas llamadas *cuartillos*, horadadas por el medio.

Al aproximarse el invierno, las monedas se sentían húmedas, pegajosas, hediondas a metal, perdidas en los barriles de ceniza que se regaba en el suelo, cada vez que su mano se hundía en son de ataque para buscar en el fondo más monedas. Cierta vez sintió que la ceniza le apretaba la mano. Sacó el brazo violentamente, y no supo bien —del susto le temblaban los dedos— si realmente la ceniza le había agarrado los dedos. Se le secó la boca. Apenas tuvo tiempo de alejarse enguantada la mano de polvo de huesos. Gritos... ayes... maderámenes que crujían... lengüetazos de fuego que devoraban lo que les salía al paso... hachazos a fondo... y más lejos detonaciones de arcabuces acompañadas de un penetrante olor a brea, pólvora, alquitrán y agua salada.

Estaba en su corredorcito. Nada era real. Imaginación. Sueños. Cuentos de las criadas viejas. Estaba en su corredorcito con una caña dulce, sus bigotes de miel pegosteadada en las comisuras de los labios y las moscas volando...

Un ademán lento, una manotada...

La miel lo invadía de una sensación amorosa, caliente, de fruta y ángel. Como sonar una flauta de caña dulce. Sólo que el sonido era almíbar. Ya traería su flauta para tocarla allí, igual que si chupara caña, y entonces el almíbar se convertiría en

música. Sus dedos, patas de araña, tapando y destapando los agujeros de la flauta en veloz carrera, para dejar escapar o cerrarle el paso al sonido. Otra miel. Otra fiesta. El corredorcito arrinconado estaría oscuro. La flauta se oiría en la oscuridad tan lejana y él mismo se sentiría tan lejos en su corredorcito, tan lejos, sin moscas, sin bigotes de miel de caña.

II

El pequeño visitante poco sabía del corredorcito. No había mucho que saber de aquel conjunto triste de materiales gastados por el tiempo y la intemperie. La pared, los pilares, el piso cuadriculado, el techo de un agua, teja sobre varilla de caña negra atada a los troncos rudos de las vigas con prietos y polvosos bejucos. Sí, poco sabía, pero siempre estaba como a la espera de algo inexplicable. Pasó la mano por la pared. Se abrazó a un pilar. Se sentó a la orilla del corredor, con los pies hundidos en el monte.

¿Cuánto estuvo sentado?

Palmoteándose la arenisca del pantalón en las asentaderas, se fue sin volver a ver.

El pedazo de corredor. La pared. El techo. Los pilares. El monte. El pedazo de corredor, incapaz de alzar los hombros en un qué-me-importa. Se fue silbando. Los chicos del campo silban como los pájaros. Pero un niño no debe silbar ni pelar la caña con los dientes, menos chupetearla haciendo ruido con la boca, y menos esparcir a escupidas el bagazo ya molido por las muelas.

Pero no se fue. Un moscardón verde apuraba el último poquito de ruido en lo que al irse él quedaría hundido el corredorcito en el silencio y la inmovilidad. No se fue. Se quedó espiando. Media cara y un ojo asomaba cautelosamente para ver qué hacía el corredorcito cuando él no estaba. En la superficie de la pared repellada y sucia, en las basas de los pilares, en los serpentarios de bejucos que ataban las cañas del techo a los maderámenes, en los uñazos de sol entre las tejas mal ajustadas, no pasaba nada.

Lo halagó aquel dominio suyo, estuviera o no presente, sobre el corredorcito. Al volver de donde se hallaba escondido tocó cosa por cosa dándole a cada una su nombre en alta voz, para apropiarse mejor de lo que ya sentía suyo. Oírse hablar le dio la mayor seguridad. Llamar al pilar, pilar, al ladrillo, ladrillo, pared a la pared, le creaba una superioridad, una majestad.

Un esfuerzo hablar a solas, conversar con las materias sordas, mudas, insensibles. Pero cuánta autoridad tiene la palabra.

Moscas, ademanes, palabras y el pedazo de corredor lo mismo, siempre lo mismo, invariable, imperturbable.

Con un pilar que le faltara se vendría abajo, vencido el techo igual que ala quebrada de gallina, la pared escupiendo repello color de cáscara de huevo. El piso saltaría en pedazos o se hundiría al golpe de las vigas. Con sólo que de pronto le faltara un pilar.

Se detuvo a contemplarlo desde esta posibilidad. Ya no era su amigo. Lo vio con ojos intencionalmente duros. Con la mano empuñada golpeó el pilar que tenía más cerca. Un ruido de temblor cernido sobre su cabeza recorrió el techo. Y volvió a golpear más y más duro. Cada vez temblaba más fuerte. Sonrió maliciosamente de pensar que el corredorcito creyera que de verdad estaba temblando la tierra.

A los golpes escaparon por el techo de un lado a otro algunas arañas, ratones, un sinfín de cucarachas de todos tamaños y alcanzó a ver con la esquina del ojo una culebra pequeña.

¿Cómo? . . . ¿Había tanto ser vivo en aquel trecho de corredor del que él se consideraba único habitante?

El fingido temblor sacaba familias enteras de cucarachas, arañas y ratones. ¡Cuántos ojos, no sólo sus ojos..., gotitas de agua viva, luminosas gotitas de agua inteligente! ¡Cuántos movimientos en la oscuridad! No sólo él se movía en el corredorcito. Las arañas se disparaban en largas puntadas de hilván apresurado, las cucarachas indecisas, tontas, los ratones sin más ruido que el del escabullimiento. ¡Y él que creía estar solo y ser el único dueño del corredorcito!

Las cucarachas, detenidas en su fuga, se pasaban un ala sobre otra sacudiéndose el miedo. Una araña color ciprés corría de un lado, como mano que va midiendo cuartas. Un hociquito de ratón. Un alacrán. . .

Se precipitó y le puso el pie encima, instintivo. Toda la agonía de un resorte vivo. A decir verdad, los ani-

males no eran del corredorcito, sino de la vecindad, del galpón de barriles de ceniza, monturas y aparejos para bestias de carga. Monturas y aparejos conservaban bajo su pequeña forma de puentes japoneses, el movimiento de las bestias, ligero, veloz. Hay cabalgaduras que andan como ríos que trotan, otras como ríos al paso.

Estaba inmóvil, furioso, devorador de cañas dulces, fabricante de pequeños terremotos, dueño de un corredorcito habitado, como las casas, por muchos seres invisibles, y de un tesoro de monedas sucias de ceniza. Las cucarachas, las arañas, los ratones, todo volvía al tenebroso mundo de lo que no se ve, al dominio de la oscuridad, del moho y el polvo de las maderas apolilladas. Animales de saliva y pelo de tiniebla, ciempiés color de hoja seca, agujosos grillos con los ojos de fuera, lombrices ciegas, lagartijas. Nada había pasado, aparte de los golpes en el pilar. ¡Ah, sí, la muerte del alacrán cascarudo que aplastó con el pie!

III

En esa luz turbada de luna y sol de la madrugada, entre hombres enjutos que más parecían raíces de manglar, costrosos de harapos, de sombreros de palma aludos, amarillentos, asomaba los ojos detrás de las redes de pescar tendidas en el patio grande. Amanecía. Los hombres preparaban sus aliños para bajar a pescar en una laguna que vista desde allí parecía un gran charco de agua

sucia. Por eso la llamaban *El charco del limosnero*.

Sus ojos de niño enfermo por el madrugón, no encontraban asidero mientras cantaban los gallos, helado, tiritante, sin ganas para nada, con el cuerpo todavía dormido, perezoso, callado, bostezando.

Los últimos remiendos a las redes con saliva de gente en ayunas, saliva que pega como sueño. Con los dientes detenían la red en alto, mientras dedos y manos anudaban aquí y allá las puntas de los hilos sueltos, las cadenitas desatadas.

Los perros esperaban, advertidos de la partida por el ánimo de los pescadores, husmeando de un lado a otro con las narices en carne viva, húmeda y fría, las árganas de pita con tasajos y tortillas, los tecomates con agua limpia y café caliente, las cobijas, todo amontonado, bajo el signo de las escopetas mecheras y los machetes, sobre un montón de paja hedionda a estiércol seco.

Se borraron. Se fueron. Hombres y perros. La luna detrás de ellos. Una telita de huevo. Sólo el sol y el ir y venir de la casa, de las mujeres en la casa.

—“...del gran lago quedó el charco, de la antigua casa, el corredorcito y del dinero que corría en ese tiempo, monedas sin valor en barriles de ceniza...”

Y de este frasear enigmático no pasaban los pescadores mientras remendaban las redes. Así lo oyeron decir a la gente de antes y lo repetían como él se quedó repitiéndolo, camino al corredorcito, al desaparecer los pescadores.

—...*El charco del limosnero*...

Sí, pero no decían nada más. Fuerte viento agitaba los árboles. Se oía como agua golpeada. Contrastaba el día clarísimo con el viento destemplado. Pero en el corredor, donde todo amanecía lo mismo, él hallaba abrigo. Lo vio. Lo recorrió con los ojos. Un camino subía del monte al piso enladrillado, hasta el sitio en que estaba el alacrán muerto. Se pegó al suelo con la sangre, al ponerle él su zapato encima. Las hormigas lo habían despegado y ya lo tenían en movimiento. Se llevaban al alacrán. Debajo de aquella mole viscosa, cubierta de otras tantas hormigas, miles de patitas negras avanzaban. Era una carga preciosa. El alacrán, dura todo el invierno bien conservado. Por eso se lo disputan los hormigueros. Se llegan a declarar la guerra. Vale un tesoro. Esto quizás no lo sabían las acarreadoras. Su papel era transportarlo de inmediato y lo llevaban unas abajo, otras a los lados, otras encima. El alacrán muerto parecía recobrar sus peligrosos movimientos de las tenazas y la cola.

Pero no sólo él se hizo al alero del corredorcito, huyendo del viento. Algunas mariposas blancas, pesadas, húmedas, buscaban el abrigo de la pared y del techo, bañadas por el sol. Alas blancas sobre el entierro del alacrán llevado en peso por las hormigas y seguido por un cortejo de miles de puntitos negros, entierro que por un momento se detenía, cuando descansaban o se cambiaban las cargadoras.

Se le acalambró un pie de tenerlo

en alto apoyado de punta en una de las basas de los pilares, mientras contemplaba absorto aquel entierro de gran categoría, y lo somató varias veces en el suelo, hasta sentir, no sólo el peso muerto del zapato que golpeaba como un bolsón vacío, sino algo así como un hormiguero, como si las hormigas se le hubieran subido. Pero no le andaban afuera, siguió somatando el pie en el piso, sino adentro, entre la piel y la carne.

El alacrán, al que ya bajaban del corredor, fue abandonado por las cargadoras, al primer golpe de su gran zapato hormigueante de hormigas de calambre. El cortejo de las otras hormigas se desbandó y sólo el aleteo de las mariposas en el aire tibio, perfumado a hoja de encino seco, quedó del entierro.

Se hizo el que no veía lo sucedido. Camino de hormigas formaban redes negras de pescadores, en el verdor del monte, atarrayas de luto que se anudaban y desanudaban sin enredarse.

El charco del limosnero. Desde el corredorcito no se alcanzaba a ver ni empinándose mucho, ni subiéndose a las basas de los pilares. Mejor si hubiera ido con los pescadores. Allá andaría con ellos, callado, oyendo el agua entre las linfas de hojas verdes, carnosas y florones morados y blancos como mariposas acuáticas. Allá flotaría pensando en el corredorcito. De una manotada se espantó una mosca. No estaba comiendo caña. ¡Ah!, pero estaba pensando... El pensamiento es dulce, azucara los huesos de la cabeza y la cara, y las

moscas gustan de su miel, tan impalpable y tan presente. Con ademán lento se espantó las moscas.

¿Por qué no podía estar simultáneamente en *El charco del limosnero* con los pescadores y en el corredorcito contemplando el entierro del alacrán que las hormigas acababan de retomar en peso?

Era una limitación sólo subsanable con el pensamiento, porque podía estar allí pensando que estaba allá, a la orilla de las aguas batidas por el viento, aguas con olor a metal y sabor a tierra de siembra. Mientras tocaba los pilares veía el monte transformarse en agua dormida entre los banales de hojas afiladas como grandes navajones, enormes ceibas y tunaes espinosos.

Y si estuviera allá con los pescadores, pues estaría aquí en su corredorcito, con sólo pensar en la pared, los pilares, el techo, las monedas, los aparejos.

Ni las mariposas, ni el entierro. Una que otra hormiga extraviada. Sólo él seguía allí presente. Sí, pero para estar presente en su corredorcito tenía que estar ausente de otros muchos lugares. Se pasó las manos por la ropa. Era él. Estaba allí presente, pero ausente de tantas partes. Eso sí, con el pensamiento podía estar aquí y allá, donde quisiera. Se marchó del corredorcito a pasos quedos, para que creyera aquel pedazo de casa que se quedaba allí presente.

IV

Los ojos de ceniza de brasa vieja, más ceniza que carbón negro, se apo-

yaba en un bastón nudoso, para ir por los gallineros, hamaqueando el cuerpo de humo sobre las piernas en horquetas, bajo, enjuto, zambutido, la cabeza entre los hombros, las orejas casi tocándoselos. Qué señor tan viejo. Se le ahogaba la palabra cuando farfullaba historias de ahogados.

—Por casual secan *El charco del limosnero*, se encontraría un cementerio abajo... —así decía—, un camposanto sin cruces. Esqueletos lavados, pulidos, el pelo verde, los ojos sin ojos... Los echaron allí... Piratas capturados...

Cortaba una hoja con la mano temblorosa, la deshacía como un gusano entre los dedos y la olfateaba. A veces señalaba con el bastón hacia lo alto, alguna fruta en un árbol, alguna nube en el cielo.

Qué señor tan viejo. Ya no era, había sido. Hay un momento en la vida en que se empieza a decir *fui*. Nombre, edad, todo se esfuma.

Se quedó viéndolo pasar apoyado en el bastón, temble-temble. No pasó de largo. Se detuvo. Una rajadura sin dientes le desarrugó la boca.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Los viejos cuando ven a un niño, al sólo poner los ojos en él, le preguntan cómo se llama. Los nombres. Esa pobre orientación. Hijo. Nieto. Sí, nieto.

En la punta de la lengua tenía su nombre y apellido. Los dijo seguido en un obsequioso “para servir a usted”.

El viejo sacó un pañuelo de la bolsa de su chaquetón, tenazas de hueso

y cartílago, sus dedos. Una bolita de miel blanca pegosteadada al pañuelo. La despegó poco a poco y se la llevó a los labios. Y siguió viendo y viendo las cosas, la mano en el bastón, la cabeza muy hundida entre los hombros, menudo, huesoso, sin seguridad.

—¿Tú no querías bolita?

El “tú”, veinte leguas a la redonda no había quien hablara de “tú”. *El charco del limosnero*, camposanto sin cruces, el corredorcito parte de la casa hundida, las monedas, los piratas. . .

Se tragaba sus pensamientos frente al abuelo y como otras veces, más por tocarlo que por ayudarlo, le tomó del brazo. En su contacto tal vez adivinaba el misterio que rodeaba aquel mundo de su infancia. Pero ¿qué podía transmitir a sus dedos aquel brazo quebradizo? El anciano guardó el pañuelo oloroso a perfume marchito y al final del paseo tomaba asiento en cualquier parte, en una piedra, en un tronco y se dormía en plena mañana, bajo el sombrero de fieltro ya sin forma, largas y finas guedejas blancas sobre su nuca, chupándose los carrillos como si saboreara en sueños la bolita que se la había acabado, el bastón suelto entre sus piernas arqueadas, lejos la mano caída al final del brazo y un pie cerca del otro.

Por el monte, después de un gran rodeo, él asomaba al corredorcito, ojeándolo a distancia, igual que si tratara de sorprender a un enemigo. Esta vez se arrojó de pecho al suelo. No era un enemigo solo, sino varios

bandoleros. Y avanzó arrastrándose. Codos, rodillas, pecho. . . El monte en guerra. ¡Al asalto! Ya era suyo el corredor lleno de bandidos. Los desarmaba con su audacia. Huían. Algunos presentaban combate. ¡Pim! ¡pam! ¡pum! . . . Liquidados. Un caballo. La sombra de un caballo de aire entre las ramas. Una vuelta a la tierra en redondo, persiguiéndolos para volver allí, al corredorcito desconfiado, mohoso, pantomimo.

¿Por qué se dormía el viejecito? ¿Por qué no le contaba? (“¿Y tú querías bolita?”) En su voz gastada había un dejo de familiaridad viril y tierno. Los pescadores hablaban de fuentes ocultas que alimentaban *El charco del limosnero* y un río subterráneo que servía de desagadero, uno de esos ríos que con los terremotos salen a la superficie como serpientes de lodo. Los culebrones de que hablaban las criadas. Un culebrón de éstos debe de haber pasado por la casa antigua y adiós gente, adiós animales, adiós árboles, adiós caminos. . .

Sólo quedó el corredorcito. Se volvió para buscar en el horizonte la exacta dirección de *El charco del limosnero*. Adivinaba lo que había pasado o lo estaba inventando. Un trecho de corredor perdido, donde no existían otros corredores, y que no servía para nada. Cuartos oscuros habitados por sabandijas, arañas, alacranes, unos barriles con formas de barriletes de ocho lados, llenos de monedas; una laguna que dicen que fue lago; el viejo dormilón que hablaba de tú. . .

Sus dedos animados de repentina

nerviosidad, atenazáronse sin poder agarrarse, entrelazarse. Hasta el pensamiento le faltó en aquel momento de ahogo antes de dar el salto hacia el misterio, antes de establecer la relación existente entre aquellos materiales con un pasado que había quedado vivo sobre esas tierras, pero del que nadie hablaba.

Levantó la cabeza. Las realidades misteriosas, el pasado palpable en lo impalpable, presente en lo que no se tocaba, en el aire que respiraban, en el agua que bebían, en las raíces de los árboles gigantes, en los esqueletos

del cementerio sumergido, en los ojos del viejo que cabeceaba de muerte en un sueño dulce.

En la carne sentía como codornices. Trechos de su cuerpo que se quedaban temblando bajo sus ropas interiores. Algo así como ríos de cosquillas afluentes de su persona. Ríos secretos que alimentaban su secreto, el gran misterio.

Estaba como siempre inmóvil en el corredorcito, de pie o sentado, la espalda apoyada en la pared o en un pilar.



Miguel Angel Asturias: Dos veces Premio Nobel

En la madrugada del 17 de octubre de 1965, Europa anunciaba al mundo que Miguel Angel Asturias había conquistado el Premio Nobel de Literatura de ese año. Los americanos saltamos entonces de alegría. Pero al amanecer, el cable transmitió la desilusionante noticia de que el fallo último favorecía al vigoroso novelista ruso Choloiov.

El diario "TRIBUNA LIBRE", cuyo director era por esa época el actual Jefe del Departamento de Periodismo de nuestra Universidad, Profesor Cristóbal Humberto Ibarra, lanzó su edición de júbilo con fotograbados del centroamericano triunfador, a tres columnas y despliegue en madera a toda plana.

El director Ibarra no se desanimó, sino que elevándose por sobre aquel error de precipitación y echando mano a uno de sus más hábiles recursos periodísticos, editorializó al día siguiente sobre la obra indiscutible y la sólida personalidad de Asturias, señalando valores y adelantando juicios que ahora el mundo entero corrobora.

Mediante ese *editorial* —que ahora nos complacemos en reproducir—, el profesor Ibarra no sólo tocó a las puertas de las conciencias americanas en favor del gran guatemalteco, *sino que se anticipó en dos años*, concediendo a Miguel Angel Asturias, el galardón que hoy la Academia le ha entregado por derecho.

El editorial, que ya ha sido reproducido por la prensa del viejo continente, es el que sigue:

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

El cable, mejor dicho los amigos del cable, los amigos de América, los amigos de Centro América, los amigos del "Señor Presidente", Miguel Angel

Asturias y, en fin —¿por qué no?—, los amigos de la auténtica literatura americana, lanzaron a los cuatro vientos la noticia jubilosa de que el extraordinario poeta y novelista del Istmo, había sido galardonado con el Premio Nobel de Literatura, veinticuatro horas antes de que la Comisión se pronunciara, entre él y Cholojov, intelectual ruso de obra recia y fecunda.

¿Motivos? Son varias las razones que fundamentaron este entusiástico desborde. En primer lugar está —sin duda alguna—, la monumental obra que, a través de una expresión artística integrada, ha dado Asturias al mundo, desde el poema lírico, casi místico a causa de la pureza y profundidad del amor que lo sostiene, hasta la novela corajuda, llameante de protesta social —a veces ruego ardido, a veces grito callado, a veces súplica inconclusa—, frente al mundo de su América humillada y su hombre acosado por tres pestes incurables: la libertad encadenada, la riqueza mal distribuida y la justicia parcialmente administrada. Desde la leyenda y el cuento, hasta la conferencia académica y la intervención jurídica. Desde las audacias teatrales y los juguetes jitanjáforicos, hasta el ensayo de valoración netamente positiva y el artículo periodístico, la tesis combativa y el mensaje de esperanza a cuantos él ha creído carentes de ese espíritu verde, cuyas raíces se nutren en lo más profundo de la religiosidad del hombre. Todo —ya lo dijimos—, fundido en una fragua unitaria, en la que su estructura existencial, de carne y hueso, se ha debatido sin dobleces para tener derecho a su alma, para aferrarse a ella y, poseerla hasta el fin, desde el día en que éste ingenuamente anidó en su barro maya, para crecer y crecer en él, hasta convertirse en lo que es ahora, un alma universal, tocada de inmortalidad, pero con el compromiso de no olvidar el origen modesto de su barro y seguir oliendo a tierra, a maíz y a frijol, a viento fuerte y temporal, a selva, a mortal sueño de fiera, a zancudo y delirio de quinina, a chicle ensangrentado, a niños ventrudos y parejas haciéndose el amor bajo soles implacables. Que sólo por este culto rendido irrenunciablemente a Telus, Miguel Angel Asturias ha llegado a transformar en alma universal su Gran Alma Americana.

Otra de las causas por las cuales la noticia de su triunfo cundió precipitadamente, fue la enorme popularidad de Asturias tanto en los círculos intelectuales, como entre los millares de lectores americanos y europeos. Y es que el centroamericano, aparte de su labor sustanciosa como escritor de compromiso, y comprometido con su pueblo y con su tierra para enfrentar la cruda realidad americana —por sobre la retórica rosada y la simplicidad oficialista—, es él mismo un fresco chapuzón de pueblo, un Juan Pueblo sin tocados, sin rimbombancias, sin poses empinadas y sin petulancias de consagrado “por decreto”.

Asturias diplomático, ha sido otro de los aciertos en la vida de este gran amigo de El Salvador y acaso otro motivo más de que Europa y América recibieron, “como si ya lo esperaban”, este avance de un triunfo que no tarda.

Porque Miguel Angel Asturias —tal como expresara Francis de Miomandre—, es una de las pocas glorias de nuestra América presente y el Nobel le ha sido concedido de antemano. El mundo de la cultura ya ha fallado. Únicamente hace falta que la Academia ratifique el fallo.

Tomado de “El Universitario”, 22 de Noviembre 1967.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Por Alfonso QUIJADA URIAS

1

Miguel Angel Asturias, ha sabido expresar certeramente el hondo espíritu nacional. Desde sus leyendas de Guatemala, publicadas en Francia, con una carta-prólogo de Paul Valéry, se advierte a través de su prosa densa y mágica, la telúrica raíz del ser guatemalteco, del indio con su cara de ídolo hambriento.

Los acentos más certeros de la lengua popular están nítidos en toda la obra mágica de Miguel Angel Asturias.

El ambiente alucinante aparece en cada una de las páginas escritas con un realismo salvaje lleno del misterio con que el ente guatemalteco sabe amar y odiar, sufrir y luchar con la valentía característica del oprimido. Todo el trópico aparece ardido de suave penumbra, de guacamayos y loros, de rostros indígenas, de vientos sonámbulos, de borracheras de chicha; todo



ALFONSO QUIJADA URIAS

humanizado por el poder mágico del poeta que hay en Miguel Angel Asturias.

Surge la obra de Asturias proyectada a desarrollar el mundo del Popol-Vuh, en una Guatemala misteriosa y golpeada por convulsiones y gritos furiosos, por una Guatemala taciturna como raíz sacada de la tierra.

Todos los personajes de Asturias son seres lacerados, víctimas de la discriminación racial, económica y cultural. El indio a través de la historia es uno de los protagonistas de esta realidad bestial, es la expresión fiel que nos entrega el testimonio de nuestra tierra. En *El Señor Presidente*, su mejor novela, está patente la denuncia de toda la injusticia que a diario se comete en las tierras de América. La tipología exacta que nos muestra cada una de las páginas que esta novela tiene pese a la amargura, el aire mágico, la transparencia del paisaje, la sicología criolla con que nuestro escritor descubre el sentir del indio.

De HOMBRES DE MAIZ nos queda el candor provinciano de María Tecum, pueblito retratado con ojos de brujo, con la ávida intuición del hechicero, que convierte la realidad en más sueño que el sueño. María Tecum candorosamente habitada por los fríos y los vientos salvajes, por los ojos de sus indios que la convierten en viva poesía.

En 1950, aparece *Viento Fuerte* (Editorial Losada) y en 1954, *El Papa Verde* (Losada), las cuales forman una trilogía con *Los ojos de los enterrados*, de contenido social más acusador; la protesta por la presencia de la United Fruit Company tienen como fundamental temática. Extraordinarias son estas novelas por mantener en ellas el decoro, la actitud heroica del hombre de letras ante la realidad. Los escritos de Asturias reflejan la dolorosa situación del hombre americano en especial de Guatemala, su lenguaje, sus imágenes tienen la fragilidad de la tierra misma, el olor al sudor, a la saliva misma:

“Pies desnudos. Interminables filas. Pies de campesinos arrancados de sus cultivos. Imagen de la tierra que se va, que emigra, que deja escapar pedazos de su gleba buena caída de los astros, para que permanezca donde ha sido privada de raíces. No tenía caras. No tenía manos. No tenía cuerpos. Sólo pies pies, pies para buscar rutas, repechos, desmontes, por donde escapar.

Las mismas caras, las mismas manos, los mismos cuerpos sobre pies para escapar, pies pies, pies, pies, pies, pies para buscar rutas, redos, terrones de barro con dedos, pies, pies, sólo pies, pies, pies, pies, pies...”

ravilloso? En Asturias se da a cabalidad la tesis expuesta por el maestro Alejo Carpentier, en los escritos de Asturias abunda en surrealismo nato, la magia terrible que recuerda la sutileza con que Lautremont, en su código de lo fantástico nos habla del burro devorado por un higo o los himnos cantados en las ceremonias del Vaudou. Lo real maravilloso que trasciende a través del reflejo psicológico, a través de la reacción con que nuestros hombres en una búsqueda sin cuartel de la libertad se refugian en el mundo fantástico de sus creencias, se refugian huyendo de la injusticia, de la vida donde aprendieron a morir.

Dos aspectos consideramos sobresalientes en la obra de Asturias, un aspecto el de denunciar la injusticia en los pueblos oprimidos, y un segundo, el de exponer el mundo mágico del Popol Vuh, el mundo legendario de Guatemala, su folklore maravilloso a través de su prosa densa y maravillosa, aspectos ejemplares en todo escritor consciente de su oficio y de la realidad del mundo.

José Martí



La Pintura de Salarrué

Por Matilde Elena LOPEZ

CUARENTITRES son los cuadros de la Exposición de Salarrué en el Centro El Salvador-Estados Unidos —del 6 al 26 de octubre de este año— y que revelan la madurez del pintor dueño de su técnica y ya seguro de lo que quiere expresar. Seguro de sí mismo y de sus objetivos pinta ahora con una intensidad casi obsesiva.

Salvador Salazar Arrué —Salarrué— nació en Sonsonate y pertenece a la ilustre generación de Claudia Lars, Alberto Guerra Trigueros y Vicente Rosales y Rosales. Hizo estudios en la famosa Escuela de Arte “Corcoran”, en Washington, D. C. Después de una exposición en esa ciudad, expuso sus cuadros en Nueva Orleáns, San Francisco, Nueva York y otras metrópolis de los Estados Unidos y de la América Latina.

No sabe uno si es más digno de admirar, en Salarrué, al cuentista o al pintor. Aunque sus cuentos son pinturas magistrales, envueltos en diáfana poesía y llenos de un noble amor y comprensión del destino humano y sus cuadros extraños, son como emergidos del abismo de las edades prehumana-



MATILDE ELENA LOPEZ

nas o relatos de un mundo sobrehumano de luz y oscuridad como los dioscuros.

Sus temas, obsesionados, reiteran en el zig-zag del rayo las mismas motivaciones tanto en sus cuentos como en sus cuadros: el oscuro drama del indio, su dolor y también su grandeza; la búsqueda de los motivos mayas y de las leyendas antiguas, o el fantástico relato sobrenatural, todo él trémulo de poesía, signado de delicada ternura y de noble humanidad.

En sus Cuadros, hay mucho de su experiencia crucial de hombre que entiende las emociones profundas, los sufrimientos y las pasiones de otros hombres, acaso porque él mismo las ha sentido y las ha vencido. Se adivina detrás de su altiva serenidad de dios nórdico, la bullente pasión contenida en la honda mirada que sabe comprender. Detrás de sus ojos verde-jade, arden volcanes en trasvela. Por eso intuye el sentido profundo del destino humano en general, el sentimiento trágico de la vida.

Jung distingue entre obras de arte que están basadas en la experiencia de la vida, en detalles extraídos de la vida consciente del artista, y aquellas que proceden de algo más recóndito de su mente y por ello, *son visiones*.

La teoría de Jung está basada en la hipótesis de un alma colectiva, a la que el artista del tipo visionario, en momentos de inspiración, tiene acceso privilegiado. Todos podemos penetrar a ese reino en nuestros sueños, y una obra de arte es como un sueño, en el que se representa una imagen del subconsciente del artista. Es un símbolo dinámico que puede significar una u otra cosa. Estas visiones subjetivas toman forma sensible en la obra de arte. Jung lo explica así: “Ha descendido a las profundidades sanadoras y redentoras del alma colectiva, donde el hombre no se siente perdido en el aislamiento de la conciencia y sus errores y sufrimientos; pero donde todos los hombres son sometidos a un ritmo común, que permite al individuo comunicar sus sentimientos y anhelos a la humanidad como un todo”. Son fuerzas demoníacas —como el daimón goetheano— que existen solamente como *tendencias* en la *mente*, y por ello, motivan sueños y mitos. Son los *ARQUETIPOS* de Jung, definidos como una tendencia heredada de la mente humana a formar representaciones de motivos mitológicos que emergen del inconsciente colectivo. Algo así como Chac Moal, dios de la lluvia y la fertilidad en la religión maya, representado por el artista en una figura reclinada, sobre cuyo torso plano —el estómago— se ofrecían sacrificios.

Nos detenemos ante *LA ZIGUA* —arquetipo indígena— extraordinario desnudo enloquecido de la mujer-harpía, que se arranca la máscara bella con la que hechiza y subyuga a los hombres alucinados en la tranoche. Parece reírse con risa que produce terror ancestral, innato, como del inconsciente colectivo. Parece reírse del destino de las vidas destruidas por su maldad,

mientras en el ojo de agua donde las salamandras relumbran como joyas, yacen los trofeos, los despojos de sus víctimas perdidas.

FANTASMAGORIA N° 1: Un ojo verde y terrible en vigilia, en el denso negro de una noche de Walpurgis. El párpado se ha ensanchado hasta sangrar por dentro, y la retina abierta con el asombro visionario del calofrío. Y un como agujero —acaso sea la copia del ojo en un vacío verde— dentro de un túnel iluminado por verdes-amarillos donde la luz está naciendo y juega con espejos mágicos. Ese ojo tiene una profunda vitalidad espiritual, casi diríamos, metafísica.

Nos gustaría intentar una explicación freudiana sobre esas existencias espirituales denominadas instintos, que tanto pueden ser vivificadoras como dispensadoras de muerte, que tanto pueden dar la vida hasta parecer eterna, como amenazarla. El instinto de conservación y el instinto de muerte. Eros y Tánato en cuya tierra contradictoria, enraiza el amor. Acaso *ZIGUA* sea la expresión de las bodas tánicas. Acaso los objetivos sexuales no busquen más que eso: la destrucción o el amor. O contrariamente, de la más oscura pasión puede emerger resplandeciente, el más diáfano amor. Todas son paradojas. Pero *ZIGUA ESTA ALLI*, en su misterioso patetismo. Eros y Tánato, los instintos de la vida y de la muerte, se hallan continuamente en conflicto y en tensión creciente. La vida misma es considerada por Freud como “un combate y una transacción entre ambas tendencias”.

Salarrué es un artista trágico en este sentido. Porque expresa y representa el conflicto en su máxima tensión. Pero también, para él, el arte es la expresión del significado de la vida, el estímulo para un mayor esfuerzo de vivir.

La formulación freudiana se apoya en la historia del arte que se divide en dos estilos generales y contrarios, “uno de ellos destinado a representar la vida, sobre todo por medio de la idealización del cuerpo humano, como una existencia espiritual de alegría sensual; el otro, destinado a penetrar la realidad, que no es alegre y feliz, sino trágica y complicada. Pero tanto en un estilo como en el otro, la función del arte es redentora o reconciliadora; en el primer caso, ofreciendo el deleite pasivo de las formas ideales; en el segundo, una paradoja trágica que puede ser aclarada y sostenida; pero nunca resuelta en la tensión de las formas en conflicto”.

FANTASMAGORIA N° 1, expresa esa paradoja trágica, así como *ZIGUA. Y CHULTAUILCUYA* (La Isla Fugitiva), ¿es una isla de la realidad perdida? ¿Es un mar radiante y en un espacio azul-rosa, el nacimiento de la vida que emerge del mar y siempre ondulante o en fuga? Hay un misticismo recóndito que no alcanzamos a descifrar. ¿Acaso la vida puede descifrarse?

El *SOLO DE SAXOFONO* tiene un dinamismo audaz en la sinestesia que mezcla colores y sonidos, notas agudas de tonos amarillos y violeta, hasta

perderse en un azul rotundo. Puros juegos de música y de color en las imágenes cromáticas más atrevidas.

PRELUDIO, sinfonía opaca, dantesca, en casi alegorías superpuestas y gritos retorciéndose. Salarrué es un enamorado de las situaciones patéticas, de los colores tierra, los grises, los piedra. Tiene predilección por los tonos oscuros: los ocres, los violeta y los claroscuros. Busca el contraste, la atracción de contrarios, las formas que encierran la dialéctica de la vida, y la síntesis que es la luz aprisionada en el atardecer, como en PAISAJE MARINO.

RUINAS DE UNA CASA —como la Calle sin Puertas de Borchert en el teatro alemán contemporáneo— expresa desolación, angustia. Los muros hundiéndose, el destrozo de las cosas en un mundo escindido, lleno de roturas que alcanzan al hombre mismo, donde no sólo existe la relatividad de los valores entre grupos humanos, sino en el hombre mismo que valora de distinto modo en las varias etapas de su vida. Ese sentimiento de la fragmentación de la existencia, acaso también de la esperanza. Porque Salarrué es pensador porque Poeta, y ve el mundo con la videncia del arte. ¿Acaso el artista no es la conciencia lúcida de la humanidad?

Y nos detenemos perplejos en VILANOS INTERESTELARES, prodigio de fantasía. La concepción del espacio metafísico con una luna insinuada y luminosa en esa clara noche de la nada. En el espacio gris, los negros se retuercen, reptan como ramas descarnadas o sierpes. Y unos puntos metafísicos o mónadas luminosas en el espacio vacío. Y los vilanos con su corona de filamentos, insinúan las alas del vuelo. ¿Es la visión de los ángeles que suben de planeta en planeta, desplazándose en el espacio inerte, como exhalaciones o estrellas fugaces en el infinito? ¿O son seres interestelares conquistando las galaxias?

Salarrué, dueño del ritmo que despierta sentimientos y asociaciones, demoníacas. De los demonios que promueven la vida y de los demonios que la destruyen. De los ángeles que guardan la inmortalidad del alma y de luzbel que quiere hundir el alma en los abismos. Todo visto desde una serena cumbre que intuye las borrascas; todo desde la fina armonía de su cuerpo a causa de la serenidad de su alma. Todo desde el ser que halló la armonía con su alma; como Apolo, ve desde mármol armonioso la pasión de Dionisos, atormentada la cabeza sobre el cuello tenso y desafiante. —Así trata de expresar la ciega vitalidad de los objetos y de penetrar en la naturaleza de la realidad o de las realidades simultáneas con sus contenidos de conciencia, las dos caras ambivalentes y duales de la vida del hombre.

Infatigable. Salarrué L. Rey

EL SINCRETISMO GNOSTICO

Por Julio Fausto FERNANDEZ



JULIO FAUSTO FERNANDEZ

I *Épocas proclives al sincretismo.*— Llámanse sincretismo al intento de conciliar entre sí distintas doctrinas filosóficas y, más concretamente, a la fusión de varios cultos religiosos.

Las épocas en que se mezclan hombres de razas, religiones y culturas diferentes, ya sea por migraciones que tienen su origen en cambios climáticos o bien por efecto de las conquistas y las guerras, son épocas propicias a los sincretismos de toda índole. Los grupos humanos desplazados violentamente de su contorno geográfico habitual, llevan consigo sus concepciones filosóficas, sus creencias religiosas y sus costumbres, pero, al mezclarse con hombres de otras culturas, poco a poco van modificando sus antiguas tradiciones al contacto de los usos que encuentran en su nuevo emplazamiento y, a su vez, los habitantes del país que recibe a los inmigrantes, cuando éstos son numerosos, tienden a modificar sus puntos de vista al contacto con los de los recién

llegados. Así nacen, por regla general, los sincretismos religiosos.

Cuando las conquistas de Alejandro Magno trasladaron apreciable cantidad de griegos al corazón de Asia y llevó las ideas helénicas hasta la India, el conquistador macedónico tuvo la idea de fusionar los diversos cultos locales en una sola religión que tuviese por base el cosmopolitismo de la filosofía estoica, y sólo la muerte impidió que aquel genio de la guerra realizase su proyecto sincretista. Más tarde, los gobernantes griegos de Egipto y de Siria, sucesores de Alejandro, quisieron, a su vez, crear cultos sincréticos. Tolomeo I intentó fusionar las ideas religiosas egipcias con las griegas, transformando el culto popular de Osiris en el culto oficial de Serapis. Más burdo fue el intento sincretista de Antíoco IV, Epifanes, que nos narra el Antiguo Testamento en los dos *libros de los Macabeos*.

En épocas más recientes, las conquistas de los europeos en Asia han dado lugar a extraños sincretismos que intentan conciliar el budismo y el hinduismo con el cristianismo protestante. La historia de los sincretismos religiosos es, en fin, tan larga y variada como variada y larga es la historia de las guerras de conquista. No es necesario insistir en este aspecto, pero sí lo es recalcar que, debido a muy diversas circunstancias, la época en que vivimos (más quizá que otra alguna), es propicia a los sincretismos religiosos y que ello constituye un evidente peligro para la pureza de la fe cristiana.

En el seno de la Civilización Occidental, que a partir del siglo XVII se ha venido alejando gradualmente del cristianismo, pululan hoy todo género de tendencias sincretistas. Para nuestro propósito basta recordar las de índole más marcadamente religiosa, tales como las creencias bajai, mormónicas, iniciáticas, teosóficas y, en general, gnósticas. A tal grado es nuestra época

propicia al sincretismo que las tendencias llamadas "progresistas", derrotadas en el Concilio Ecuménico Vaticano Segundo, pueden ser consideradas como un intento sincretista de fusionar el cristianismo con filosofías que le son no sólo extrañas, sino antagónicas.

Las raíces de estos sincretismos modernos están en el pasado, de tal manera que conviene recordar la historia de las herejías que surgieron en los primeros siglos de la era cristiana, no sólo para comprender a cabalidad las manifestaciones actuales del sincretismo, sino también para aprender de los Padres de la Iglesia la forma en que se deben combatir semejantes tendencias. Los primeros siglos cristianos constituyen una época, como la nuestra, proclive al sincretismo: entonces, como ahora, violentas transformaciones políticas pusieron en contacto a gentes de muy diversas civilizaciones; entonces, como ahora, grupos humanos desplazados de su contorno habitual fueron forzados a vivir entre hombres de costumbres diferentes a las suyas; entonces, como ahora, pueblos de antiquísima cultura tuvieron que sufrir la imposición de regímenes políticos totalmente ajenos a su propia tradición multiseccular; entonces, como ahora, grandes contingentes guerreros se vieron obligados a operar en regiones sumamente alejadas del lugar de su reclutamiento; entonces, como ahora, las rutas de comunicación creadas rápidamente en virtud de exigencias militares fueron aprovechadas no sólo por los soldados, sino también por los mercaderes y por los misioneros religiosos; entonces, como ahora, en fin, las grandes religiones se disputaban con ardor la adhesión de los corazones humanos.

II *Los primeros siglos cristianos.*— De tiempo atrás la historia venía trabajando para hacer de los comienzos de la era cristiana una época sincretista. Tres siglos antes del nacimiento de Cristo, Alejandro de Macedonia inició

en el mundo helénico una gigantesca mezcla de pueblos, al subyugar el imperio de los persas y llevar las falanges griegas hasta Egipto y la India. Desde entonces la guerra fue un mal permanente en la cuenca del Mediterráneo, hasta que Augusto unificó el convulsionado mundo helénico dentro del marco del Imperio Romano e impuso la “paz octaviana”, 31 años antes de nuestra era. Particularmente desastrosas fueron la segunda guerra púnica (218 a 201 a. de C.) y las revoluciones sociales que la siguieron, pues ellas arruinaron de tal manera la agricultura de la cuenca mediterránea occidental, que su recuperación efectiva no se inició sino unos nueve siglos después.

Por obra de la guerra y de las revoluciones, los campos quedaron desiertos y tuvieron que ser repoblados por esclavos, traídos de los cuatro puntos cardinales; las clases acomodadas fueron arruinadas y desarraigadas de su ambiente cultural; grupos numerosos de desplazados sociales se alistaron como soldados mercenarios, comerciantes venidos de todas partes del mundo, invadieron las ciudades griegas y romanas; la mayor parte de los prisioneros de guerra fueron vendidos como esclavos en mercados humanos muy distantes de su lugar de origen; y, al final, las legiones romanas llenaron sus huecos con soldados bárbaros venidos de más allá de las fronteras del Imperio. La obra destructora de las guerras y de las revoluciones internas fue completada por los levantamientos nacionalistas y las insurrecciones de esclavos.

En los tres siglos anteriores a la era cristiana se operó, pues, una gigantesca mezcla de pueblos, razas y culturas en el orbe grecorromano. Los desplazados llevaron consigo, junto con la natural insatisfacción provocada por semejante situación social, las religiones bárbaras y los cultos orientales, los cuales, al infiltrar sus concepciones en el cuerpo de la civilización helénica,

dieron origen a los sincretismos de que vamos a hablar.

Las religiones extrañas fueron bien recibidas en el orbe romano por dos razones principales: Primera, porque las angustias propias de aquellos tiempos azarosos provocaron en los desilusionados corazones de los súbditos del Imperio, una viva sed de verdad y hambre de eternidad. Segunda, porque ni el reseo politeísmo clásico grecorromano, carente de ideales éticos, ni el culto oficial al Estado y a los emperadores, más político que religioso, podían satisfacer el ansia infinita de aquellos corazones angustiados. Conforme se iban debilitando las creencias antiguas, crecía el interés por las religiones extranjeras y aun por las prácticas mágicas. En vano Maximino Daia, primero, y Juliano el Apóstata después intentaron infundir nuevo aliento a la religión pagana: no se puede extirpar de raíz del alma humana el anhelo de infinito, pero tampoco se puede revitalizarlo artificialmente. Cuando el escepticismo deja vacía de fe y sin consuelo a la conciencia del hombre, éste, si no es totalmente rudo, grosero y materialista, busca anhelante la verdadera fuente de Vida Eterna y, si no la encuentra, cae en las nieblas de un vago misticismo o, lo que es peor, en las tinieblas de las artes mágicas y de las ciencias ocultas. Esto fue lo que ocurrió a los romanos hacia la época del advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Una de las religiones politeístas que tuvo particular importancia en los albores de la era cristiana, fue el culto fenicio a los cabiros, cuyo nombre proviene de la palabra semítica, *Kabirim*, que significa los poderosos. Los cabiros eran ocho y entre los fenicios pasaron por inventores del arte de la navegación. En Egipto los cabiros recibieron el nombre de los *camephis* o dioses protectores: eran los siete planetas, los siete obreros celestiales, los siete demiurgos subalternos, presididos por el

padre de todos, el octavo y supremo cabiro, Phta, personificación de la unidad cósmica y de la armonía del mundo. Según Herodoto, el cabirismo fue introducido en Grecia por los pelasgos y con el nombre de *Patecos* recibieron culto en Samotracia. El cabirismo griego se mezcló pronto con la religión misteriosa de Ceres Eleusina y de Baco, adquiriendo así un marcado carácter esotérico que comprendía enseñanzas secretas, ritos de purificación, ceremonias orgiásticas y diferentes grados de iniciación.

El esfuerzo más poderoso que el mundo grecorromano en sus postrimerías hizo para elevarse a una religión más íntima y profunda que el seco formulismo del culto oficial, y buscar en ritos *catárticos* o purificadores la paz de la conciencia y la iniciación en la vida bienaventurada, fue la recepción de las religiones de misterios, todas de origen oriental. Aparte del orfismo, de los misterios eleusinos, del culto a Dionisos y de las bacanales cuya introducción en Grecia es muy antigua, merecen ser citados aquí los cultos de Cibele, de Mitra y de Isis.

Cibele es una diosa frigia que simboliza la fecundidad de la naturaleza, su culto fue introducido en Roma al finalizar la segunda guerra púnica, y recibió adoración bajo el nombre de *Magna Mater Deorum Idea*. El culto a la Gran Madre prometía la inmortalidad del alma a los iniciados, mediante una ceremonia llamada *taurobolio*. El poeta latino-español, Prudencio, dice que el iniciado o *Mysto* bajaba a una fosa donde recibía, a través de mil heridas de una tabla, la sangre de un toro inmolado sobre él, y absorbía ávidamente aquellas gotas, por la nariz, por las orejas, por las mejillas y por los labios, humedeciendo la lengua y manchando los vestidos con el negro y horrible líquido. Cuando después de tal aspersion el iniciado se mostraba a la muchedumbre, todos le saludaban y veneraban, por haberse purificado de

sus faltas en la horrible caverna expiatoria.

El dualismo iranio que supone la existencia de dos principios eternos, esto es, de un dios bueno y de un dios malo, entró en el mundo romano a la sombra de los misterios de Mitra, que parecen de mayor elevación moral y más libres de impurezas que los de Cibele. Los secretos del culto de Mitra (que en Roma fue adorado bajo la advocación, de *Sol invictus*), eran revelados únicamente a los fieles o iniciados, y entre éstos, según San Jerónimo, existían siete grados, a saber: cuervo, *cryphins*, soldado, león, Perso, *heliodromus* y padre.

Gran éxito tuvo también en la Roma imperial el culto a la diosa egipcia Isis que con sus solícitos cuidados tornó a dar vida al cadáver de su esposo y hermano Osiris, muerto y despedido por Set. Los egipcios primero y los romanos después, vieron en la resurrección de Osiris la promesa de una vida mejor más allá de la muerte.

Junto con las religiones orientales llegaron al mundo romano los astrólogos o matemáticos caldeos, los magos iraníes y toda suerte de adivinos y encantadores, sin que a ninguno faltase nutrida clientela. Los intelectuales latinos, según su mayor o menor *heleñofilia*, eran atraídos por la religión dionisiaca o por el estudio de la astrología. Las mujeres refinadas se inclinaban hacia Isis y las del pueblo hacia Cibele. Los soldados, en su inmensa mayoría, preferían a Mitra, el Sol Invicto. De la lectura de "La Ciudad de Dios" se deduce que al comenzar el siglo V de nuestra era todavía el cristianismo tenía que luchar contra las prácticas supersticiosas de los hechiceros y contra las otras religiones llegadas del Oriente.

III *Dos tentaciones: dualismo y sincretismo*.—En la filosofía clásica griega de la gran época de Sócrates, Platón y Aristóteles, anterior en tres o cuatro siglos a la era cristiana, había ense-

ñanzas contrarias al cristianismo que los Padres de la Iglesia desecharon, pero que fueron recogidas por los sincretistas, tanto filosóficos como religiosos. Una tesis muy difundida era la de la eternidad de la materia. Aristóteles llega a decir que la materia de que están hechos los astros es incorruptible y de las enseñanzas de Platón se deduce que la materia eterna es la fuente de todo mal, con lo cual cae en el dualismo religioso. Otra tesis que tenía general aceptación, era la conocida con el nombre de teoría del eterno retorno, según la cual el universo en su eternidad material se destruye y reconstruye sucesivamente, en períodos larguísimo, pero siempre igual a sí mismo. Gran éxito tuvieron también las concepciones de Platón, quien en sus últimas obras aparece grandemente influido por el misticismo de los órficos y su idea de la transmigración de las almas. Particularmente atractiva era la tesis platónica de que no puede haber verdadero conocimiento de las cosas sensibles, sobre las cuales únicamente podemos tener opiniones, pero no certeza; lo cual contrasta con el verdadero conocimiento, que es el de las ideas, y que obtenemos por la iluminación que nos viene de arriba, de un trasmundo ideal en el que existen los arquetipos ideales de todas las cosas.

Estas concepciones, unidas a la influencia creciente de las religiones orientales, hicieron que, en la época que nos ocupa, la filosofía griega se fuese alejando cada vez más de la especulación estrictamente racional, para caer en imaginarias teurgias, hijas del dualismo y del sincretismo.

El dualismo, que atribuye la existencia del pecado y del dolor en el mundo a un principio absoluto del mal coeterno con el principio absoluto del bien, constituyó, sin lugar a duda, la más fuerte tentación intelectual de los primeros siglos cristianos. El dualismo impregnaba por doquier el ambiente

espiritual de la época: el mito griego de Dionisos, el egipcio de Osiris y muchísimos otros, eran claramente dualistas; las religiones de Mitra y Cibeles eran también dualistas; dualista era la tesis filosófica de la eternidad de la materia; y hasta la comunidad judía, el pueblo monoteísta por excelencia, había sido contagiada por el dualismo, como lo prueban los pródromos de la cábala y la existencia de la secta de Qumrán, uno de cuyos libros sagrados, descubierto en 1947, lleva el significativo título de "Guerra de los Hijos de la Luz contra los Hijos de las Tinieblas". La aberración dualista llega al extremo en los pensadores que cabría suponer más alejados de ella, tales como los estoicos quienes establecían no dos, sino tres principios: la materia coeterna con Dios, la forma incausada, y Dios como unificador de materia y forma.

La otra gran tentación intelectual de aquella época fue el sincretismo. La primera escuela sincrética, anterior en cierta medida al gnosticismo, fue la de los judíos de Alejandría, Aristóbulo y Filón, quienes intentaron identificar la ley mosaica con la filosofía griega, interpretando la primera en un sentido alegórico completamente arbitrario. Toda la teoría de los alejandrinos se subordina al concepto de la emanación, según el cual el universo entero va surgiendo de la sustancia divina por medio de sucesivas emanaciones, cada una de las cuales es una degradación o corrupción de la anterior, a semejanza de la luz que cuanto más se aleja del foco originario más se pierde y mezcla con la sombra. Filón afirma que en el alma hay un principio irracional, el cual no procede de Dios sino de los espíritus inferiores, y enseña la purificación por sucesivas transformaciones, una vez libre el espíritu de la cárcel de la materia. Hay, según él, lucha entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal, pero esta lucha con el pecado, el cual es hijo de las exigencias

de la parte inferior del alma, lucha entre el bien y el mal, terminará con el restablecimiento del orden, gracias a los auxilios de la divina *Sophía* o sabiduría de Dios y de los buenos espíritus o *daimones*, que Filón asimila a los ángeles de la Escritura. El sincretismo judaico-platónico de Filón encomia la vida ascética, y con él se enlaza la secta hebraica de los terapeutas. Filón es precursor de la *gnosis*, no sólo por sus vislumbres emanantistas y dualistas, sino también por la *ciencia arcaica* que descubre en la Escritura, a la que reviste de un carácter esotérico, y por las iluminaciones y éxtasis que juzga necesarios para conocer la ciencia divina.

IV *Caracterización general del gnosticismo.*—El sincretismo de los gnósticos se esforzó por conciliar doctrinas cristianas con enseñanzas orientales, principalmente sobre tres grandes problemas: sobre el problema del origen de todos los seres; sobre el de la existencia del mal en el mundo, y sobre el problema de la redención. El gnosticismo no es una doctrina única sino que está integrada por múltiples tendencias o escuelas, cada una de las cuales propuso sus propias soluciones a los problemas señalados. Sin embargo, esas diferentes tendencias y escuelas tienen rasgos comunes que les da a todas cierto aire de familia, por decirlo así.

Los rasgos que emparentan entre sí a todos los sistemas gnósticos son, a nuestro juicio, los siguientes:

Primero, cada una de las sectas o escuelas gnósticas profesa un conjunto de doctrinas de la más variada procedencia, enlazadas con mayor o menor armonía dentro de un sistema unificador. Esta característica da al gnosticismo, tomado en conjunto, la fisonomía de una doctrina ecléctica, mejor aún, de un sincretismo religioso.

Segundo, cada una de las corrientes gnósticas afirma poseer tradiciones secretas, que muchas veces pretenden ser

de origen inmemorial y cuyo contenido es, ni más ni menos, la mismísima sabiduría. La doctrina gnóstica no está por consiguiente, al alcance de los profanos; es, por naturaleza, una ciencia o sabiduría esotérica que es comunicada únicamente a los iniciados y procede de la pretendida tradición secreta y de las iluminaciones o comunicaciones sobrenaturales recibidas por los grandes maestros, cuyo conocimiento también está vedado a los profanos.

Tercero, en las especulaciones gnósticas entra siempre una gran dosis de fantasía, constituida por las “iluminaciones” que los maestros afirman haber tenido. Esta parte puramente imaginativa se expresa, como es natural, en forma de imágenes más o menos poéticas, lo cual imprime a las grandes construcciones teóricas de la *gnosis* un manifiesto carácter mitológico.

Cuarto, el gnosticismo, en cuanto doctrina de salvación, se caracteriza por un “intelectualismo” exagerado, pues todas sus variedades postulan que la redención individual se opera en virtud del pleno “conocimiento” de la ciencia perfecta o “*gnosis*”. (La palabra “*gnosis*” significa, precisamente, conocimiento, en el sentido de sabiduría). Los iniciados, llamados también gnósticos, espirituales o perfectos, son aquellos que, mediante el conocimiento beatificante de la doctrina salvadora, han dominado la materia y tienen ya asegurada su redención individual. La conducta moral del hombre no cuenta gran cosa para la salvación, lo que importa es conocer los misterios de la *gnosis*. Las sectas gnósticas que practican el ascetismo, lo hacen no propiamente con el fin de que sus adeptos lleguen a la perfección moral, sino como un medio que el individuo usa con el fin de prepararse a recibir de lo alto una mayor “iluminación” intelectual. En la adquisición del conocimiento beatificante intervienen, pues, además de la inteligencia, la iluminación sobrenatural, la experiencia mística, la tradi-

ción arcana y la mitología. Por otra parte, el conocimiento salvador trasciende toda limitación humana, de tal manera que el alma puede seguir utilizándolo prácticamente aun después de haber abandonado el cuerpo. La redención comprende únicamente la parte espiritual del hombre, y se consuma cuando el espíritu logra liberarse definitivamente de la materia y se fusiona en forma total con el espíritu absoluto. Esta doctrina implica que el alma humana y el espíritu absoluto son sustancialmente idénticos, lo cual es puro panteísmo.

Quinto, dado que el conocimiento salvador del gnóstico procede, no tanto de un acto ordinario de la inteligencia que por medio de sucesivos razonamientos llega a determinadas afirmaciones, sino, en última instancia, de una "iluminación" que procede de lo alto, las doctrinas gnósticas asumen la forma de un falso misticismo, de un misticismo iluminista y subjetivo, carente de toda norma o autoridad que lo regule. ¿Quién es capaz de poner límite a la fantasía humana? La mística cristiana, partiendo del pecado original, no hace abstracción del cuerpo, si bien lo considera como una envoltura manchada por la primera caída que opone obstáculos, no a la fusión absoluta del alma con la sustancia divina, cosa que es imposible, sino a su actual semejanza con Dios. El seudomisticismo gnóstico, en cambio, desconociendo el hecho del pecado original, prescinde totalmente del cuerpo y pretende llegar a la absorción total del alma en Dios, que es lo que constituye la esencia del panteísmo.

Sexto, los gnósticos postulan, como puede verse, una redención situada en un plano puramente espiritual o "pneumático", como ellos dicen, pero insertado en la corriente del tiempo y no en la eternidad. Niegan la resurrección de la carne y la consumación del Reino de Dios, más allá de la historia. La redención consiste, para ellos, en la fu-

sión del espíritu humano con el principio eterno del bien, sin que después de consumada dicha unión de modo definitivo, el alma conserve su identidad personal. Esta unión del alma con la gran fuerza universal de donde constantemente está emanando el mundo, se opera a través de sucesivas reencarnaciones. Algunos gnósticos sostienen que durante el transcurso de estas reencarnaciones o metempsicosis, el alma reencarna en seres racionales que habitan otros planetas y, según se vaya perfeccionando, en planetas cada vez más alejados del sol, hasta fundirse en el principio eterno. La metempsicosis es, dice don Marcelino Menéndez y Pelayo, "consecuencia natural de todo sistema panteísta, y medio cómodo de explicar el trueque, desarrollo y muerte de las existencias dependientes de una sola energía vital que trabaja y se manifiesta de diversos modos, en incesante paso del ser al no ser, y de un ser a otro" (Menéndez y Pelayo, "Historia de los Heterodoxos Españoles". Tomo II. Pág. 12).

Séptimo, todos los sistemas gnósticos son "emanantistas": niegan que el universo haya sido creado de la nada y sustituyen el dogma de la creación por la idea de un desarrollo gradual, progresivo y temporal de la esencia divina. El universo es, dicen, el resultado de sucesivas emanaciones de la divinidad; emanaciones que van siendo cada vez más imperfectas a medida que se van alejando de la divina sustancia, de donde proceden, y a medida que se mezclan con elementos provenientes del mundo de las tinieblas, del principio del mal. El emanatismo se enlaza, así, con el dualismo.

Octavo, todos los gnósticos son más o menos dualistas: postulan un principio del mal coeterno con Dios; bajo formas diferentes, todos postulan la existencia de un reino de la Luz y otro de las Tinieblas. Para las escuelas gnósticas más influidas por el pensamiento griego, el mal y el pecado proceden

de la materia la cual ha existido y existirá eternamente. Para otras tendencias, el mal procede de un Demiurgo u organizador del mundo material, que se empeña constantemente en estropear la obra de Dios. El principio del bien, al que suele designar con expresiones tales como Dios-Abismo o Pro-Padre, no ha creado el mundo; entre él y el organizador de la materia o Demiurgo, hay algunas emanaciones o escalones intermedios, llamados "eones", cuyo número varía según el parecer de las diversas sectas. Para algunas de estas sectas los eones, entre los cuales existe siempre una jerarquía de acuerdo con su proximidad al Pro-Padre, se sitúan por parejas, masculino uno y femenino el otro, pero en casi todas las concepciones gnósticas el eón originario es andrógino. El demiurgo u organizador del mundo sensible es, bien el último de los eones emanados del Dios-Abismo, o bien un demonio que ha robado o recogido una chispa de la Plenitud Divina o Pleroma, con la cual ha infundido vida a la materia. De lo dicho se desprende que, en lo que respecta al dualismo, hay dos grandes tipos de sistemas gnósticos: "1) Un tipo radicalmente dualista. En el origen de las cosas hay dos principios, bueno el uno, malo el otro. El principio bueno es el dios extranjero, desconocido. El principio malo es el creador del mundo y de los cuerpos. La materia y la corporalidad son su obra. 2) Más perfeccionado es un segundo tipo de gnosis. El mundo es creado por un demiurgo malo, pero éste proviene, por un proceso teogónico descendente, si así puede decirse, de un principio absoluto. La materia y el cuerpo son obra del dios inferior, el cual se identifica al Dios del Antiguo Testamento. La cosmogonía se encuentra al final de un proceso teogónico. En ambos tipos (de gnosis), este mundo material no es obra de un Dios único y bueno, del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Hay dos principios, y el Dios del Anti-

guo Testamento se identifica con el principio inferior o malo". (Claude Tresmontant, "Orígenes de la Filosofía Cristiana", Pág. 65).

Noveno, en todos los sistemas gnósticos priva el principio de la "reintegración" o "palingenesia", que consiste en la vuelta de los eones a la sustancia divina de donde emanaron, en tanto que la materia y el mal se concentran en el polo opuesto. Para la mayoría de los sistemas, el proceso vuelve a repetirse indefinidamente, pues a cada palingenesia siguen nuevas emanaciones, con lo cual se cae en la teoría del eterno retorno.

Décimo, casi todos los gnósticos afirman que el alma es una sustancia fina e impalpable, como si dijéramos, un cuerpo invisible pero compuesto de átomos, al igual que los cuerpos materiales. Algunos postulan no dos, sino varios cuerpos en la misma persona; cada uno de estos cuerpos va siendo más sutil que el anterior, hasta llegar al verdadero pneuma, espíritu o alma.

Decimoprimer, los gnósticos más influidos por ideas cristianas, postulan que Cristo es un eón emanado del Pleroma divino. El eón Cristo no es verdadero Dios, sino una especie de semidiós; tampoco es un verdadero hombre. Aquí los pareceres se dividen. Unos son docetistas: afirman que el cuerpo humano de Cristo era mera apariencia, una especie de fantasma carente de verdadera realidad. Otros son adopcionistas: dicen que el eón Cristo adoptó el cuerpo de un ser humano, se metió en ese cuerpo como en casa ajena a fin de poder cumplir una misión terrenal; tal adopción se operó, bien en el momento del nacimiento de Jesús, o bien en el momento de su bautismo en el Jordán.

Decimosegundo, todos los gnósticos, sin excepción, son antitrinitarios: niegan que Dios sea uno en sustancia y trino en persona.

Decimotercero, los gnósticos sienten

profundo desprecio por los profanos, a quienes juzgan incapaces de entender la ciencia o sabiduría perfecta, de allí que el gran pecado suyo sea el pecado de orgullo: *hybris*, como decían los griegos.

V. *Tres escuelas gnósticas primitivas.*—Históricamente, el gnosticismo aparece en pugna con el cristianismo ya en la época apostólica, pero será en el siglo segundo de la era cristiana cuando queden claramente definidas tres grandes escuelas gnósticas: a) la gnosis siríaca; b) la egipciaca; y, c) la que, a falta de una denominación más precisa, podemos llamar gnosis asiáticolatina.

El precursor del gnosticismo siríaco es Simón el Mago, conocido también por Simón de Samaria, por haber nacido y enseñado en esa región de Palestina. Este nefando personaje es el héroe epónimo del pecado de simonía, porque quiso comprar a los apóstoles los dones carismáticos del milagro y de la profecía. Continuadores de Simón son Menandro, Cerinto, Saturnino, Bardesanes, Harmonio y los nicolaítas. El gran teórico de la secta fue Bardesanes, natural de Edesa, docto en filosofía griega y astrología caldea. Según él, el Pleroma divino u *Ogdoada* está integrado por ocho eones o *zizigias*, entre los que se encuentran el demiurgo formador del mundo y Sofía Achamoth, la sabiduría de abajo. Esta última es una emanación degenerada del Pleroma que se ha puesto en contacto con la materia eterna, la cual, a su vez, es la madre de Satanás, y la engendradora del mal. Cristo, según Bardesanes, poseyó un cuerpo celeste y, por consiguiente, no nació de María sino por María.

Las primeras palabras del Evangelio de San Juan son claramente polémicas contra los cerintianos y nicolaítas que quisieron hacer del Verbo Divino una realidad emanada del Padre, esto es, una especie de divinidad derivada y secundaria. San Juan rechaza enérgica-

mente toda idea emanantista, afirma la eternidad del Verbo, su presencia íntima en Dios, que es presencia de persona a persona, y, además, enfatiza que el Verbo es Dios en sentido esencial: "En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él, nada empezó de cuanto existe. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres" (Juan I, 1-4).

La gnosis egipcia tiene en Valentín su más alto exponente. En la cima del Pleroma valentiniano se halla el Pro-Padre o *Bytos* (abismo) quien desde la eternidad está acompañado de su consorte o pareja, la cual es Inteligencia, también llamada unas veces *Ennomia* o pensamiento, otras *Sigé* o silencio y frecuentemente *Charis*, que significa gracia o felicidad. Esta primera pareja o *zizigia* engendró a otra formada por *Monogenes* y *Aleteia* (Verdad). El *Monogenes*, llamado también *Nous* o Entendimiento, tiene como función reunir en sí los atributos de la unidad y la multiplicidad: es el pensamiento divino que comunica a los seres su verdad. La pareja *Monogenes Verdad*, engendra una tercer *zizigia* integrada por *Logos* y *Zoe* (el Verbo y la Vida). Esta, a su vez, engendra una cuarta pareja, formada por *Antropos* y *Ecclesia*, o sea, el hombre y la iglesia pleromáticos, celestes o prototípicos. Estas cuatro primeras parejas forman la *Ogdoada*, máxima manifestación del Pleroma. Después de la *Ogdoada* viene la *década*, segunda emanación pleromática compuesta de cinco parejas de eones, a la que sigue la *dodécada* formada por seis parejas. El último eón de la *dodécada* es *Sofía*, la sabiduría. Sofía introduce el desorden en el universo debido a su deseo inmoderado de conocer a *Bitos*, de cuya vista la separaban veintiocho inteligencias colocadas más altas que ella en la jerarquía de los eones. Impulsada por su deseo desordenado, Sofía anduvo vagando por

el espacio, hasta que, en castigo de su culpa, fue expulsada del Pleroma.

“La Sofía, en castigo de su deseo desordenado, es hundida en el Caos; con éste procrea un nuevo par de Eones, la materia y el Demiurgo, es decir, el alma del mundo, y, mediante el Demiurgo, todas y cada una de las cosas mundanas, hasta el hombre. Luego, en el hombre, el cuerpo procede de la materia; el alma, del Demiurgo, y el espíritu de la misma Sofía, la cual, después que ha sido sacada del Pleroma, recibe el nombre de Achamoth. Estos tres principios que constituyen el hombre, no están distribuidos igualmente en todos los hombres; éstos se dividen, por lo mismo, en tres clases: los *hílicos* o malos, en los cuales prevalece la materia; los *psíquicos* o aquellos en los cuales prevalece el alma, que vacilan entre el bien y el mal; y en los *neumáticos* o buenos, domina el espíritu o el neuma”. (Klimke, Federico, S. J. “Historia de la Filosofía”. Pág. 81).

Al final de los tiempos, Sofía, vuelta al Pleroma, reunirá en él todo lo espiritual que hay en el Universo; todo lo síquico se reunirá con el Demiurgo y entrará también en el Pleroma, en tanto que una gigantesca conflagración cósmica reducirá a estado ígneo todo lo material.

La gnosis que hemos llamado asiático-latina, prevaleció en Asia Menor y en Italia; procede de Cerdón, su máximo exponente es Marción y la continuaron los discípulos de éste, Marco, Luciano y Apeles. Al contrario de las otras, esta gnosis es más práctica o moral que teórica.

Marción, natural de Ponto Euxino, era hombre piadoso pero enemigo fanático de los judíos y veía una antítesis irreductible entre el Antiguo Testamento, obra del Dios injusto, y el Nuevo Testamento, obra del Dios bueno; era *docetista*, pues no asentía al dogma de la Encarnación y menos al nacimiento de Cristo de una virgen hebrea; el Dios de los judíos era, para él, no el

verdadero Dios sino el Demiurgo perverso.

En el seno de cada una de estas tres grandes escuelas gnósticas surgieron pronto diferentes sectas o tendencias, pero todas ellas se pueden clasificar, desde el punto de vista moral, en dos grupos: por una parte el gnosticismo ascético, el cual por medio de un ascetismo exagerado busca emancipar el espíritu de la carne, venciendo la parte híllica o material del hombre; y, por otra, el gnosticismo “libertino” que, en agudo contraste con el anterior, proclama el principio de que todo es puro para los puros, por lo cual a los espirituales o perfectos les están permitidos los mayores excesos, lo que, inútil es decirlo, ha dado lugar, hasta la época presente a terribles aberraciones morales.

En los primeros siglos cristianos, el gnosticismo libertino estuvo representado por las sectas de los ofitas, de los cainitas y de los carpocratianos. Los ofitas deben su nombre al hecho de rendir culto a la *Serpiente* del Paraíso, cuya figura adoptaron como símbolo de la secta. Según ellos, la Serpiente fue enviada por Sofía al primer hombre carnal para animarle a quebrantar los tiránicos preceptos de *Jaldabaot*, o sea el demiurgo, y facilitarle así el conocimiento o gnosis de la ciencia del bien y del mal. Los cainitas proclamaron abiertamente que el demiurgo torpe e ignorante no es otro que el Yavé de los judíos, emprendieron la vindicación de todos los criminales mencionados en la Biblia, de Caín a Judas Iscariote, hicieron gala de quebrantar todos los preceptos del decálogo, obra, según ellos, del mal espíritu, y se ufanaron de obrar conforme al libre impulso de los instintos, a lo cual llamaban obedecer a la ley de la naturaleza. Carpócrates y los suyos aseguraban que todo cuanto ocurre en la materia es indiferente desde el punto de vista del espíritu; sin embargo, prohibían el matrimonio como cosa impura y, al mismo tiempo,

permitían todos los desórdenes de la sensualidad.

VI. *El sincretismo de la gnosis.*— Es sumamente difícil señalar todas las corrientes de pensamiento filosófico y religioso que han contribuido a formar el estanque sincretista del gnosticismo; sin embargo, intentaremos indicar rápidamente algunas de ellas:

Primero, el esoterismo le viene a la gnosis de los cultos orientales (hindúes, iraníes, caldeos y egipcios), cuyas respectivas jerarquías sacerdotales se decían depositarias de verdades secretas inaccesibles al común de los hombres y con las cuales algunas de las sectas gnósticas se dicen unidas por tradiciones secretas. También influyeron en el mismo sentido sobre la gnosis las escuelas filosóficas griegas precristianas, como la pitagórica, la platónica y la aristotélica, pues todas ellas tenían una doctrina externa, para el gran público, y una doctrina esotérica, conocida solamente por los discípulos de cada escuela.

Segundo, el misticismo iluminista le viene al gnosticismo de la doctrina platónica de la iluminación, desarrollada por los filósofos neoplatónicos. En efecto, el neoplatonismo de Plotino, Porfirio y Jámbico enseñó que en la unión extática el alma y Dios se hacen uno, quedando el alma como aniquilada por el golpe *intuitivo* y, en tal estado, se disuelve en la divinidad.

Tercero, el emanantismo gnóstico, es principalmente de origen neoplatónico. Según Plotino, del *Uno* (principio absoluto) emana el Logos o espíritu, y de éste, a su vez, el alma del mundo que da origen a todas las cosas materiales, inclusive al alma humana.

Cuarto, el panteísmo de la gnosis es de origen hindú. En efecto, el hinduismo afirma que Brama (el principio absoluto de todo cuanto existe) está presente en las cosas como la sal en el agua de mar. Especialmente se afirma que el alma humana, llamada *atmán*, es sustancialmente idéntica al

principio absoluto. Una sentencia muy repetida por los hindúes, dice: "Brama es *atmán* y *atmán* es Brama"; lo cual significa: Dios es el alma de cada individuo y el alma de cada individuo es Dios.

Quinto, el materialismo atomista procede también de la India, pero a la gnosis debe haber llegado a través de los atomistas griegos: Demócrito, Leucipo, los estoicos y los epicúreos.

Sexto, por el lado filosófico el dualismo llega a la gnosis del platonismo, y por el lado religioso le llega de la religión irania de Zoroastro, pues es bien sabido que el zoroastrismo postula una lucha cósmica entre el principio del bien y el principio del mal, entre la luz y las tinieblas; ambos principios son eternos y absolutos.

Séptimo, las doctrinas gnósticas de la salvación tienen inconfundible sello hinduista y budista. En efecto, los brahmanes gimnosofistas de la India enseñan que el fin último y la perfección del hombre consisten en la extinción y aniquilamiento de la actividad propia, hasta la total identificación con Brama, a fin de librarse, así, de la pesada cadena de las transmigraciones. En tanto que los budistas ponen como término y corona de la redención, el *Nirvana*, esto es, la aniquilación absoluta de la conciencia individual y de la personalidad.

Octavo, la idea de la metemempsicosis es también de origen hindú, pero debe haber llegado a la gnosis a través de los misterios órficos y de las doctrinas pitagóricas.

VII. *Cristianismo y gnosis.*— En cuanto a la actitud de los gnósticos con relación al cristianismo, se puede decir que si bien algunas sectas han tomado elementos cristianos de aquí y de allá, todas han asumido un marcado carácter anticristiano. Todas y cada una de las sectas gnósticas niegan los dogmas fundamentales de la religión católica. Veamos:

a) El gnosticismo niega la existencia

de un Dios personal, distinto, en esencia, del universo.

b) El gnosticismo niega la creación del mundo por Dios; niega también la Providencia divina sobre las criaturas, al postular que el universo procede de diversas emanaciones divinas y que tales emanaciones son fatalmente necesarias.

c) El gnosticismo niega la existencia de un Dios remunerador y, en consecuencia, niega no sólo la resurrección de los muertos sino también la vida perdurable, pues afirma que no hay cielo ni infierno y que las almas, después de haber pasado por reencarnaciones sucesivas, están destinadas a fundirse en el gran todo, perdiendo allí de modo definitivo su identidad personal.

d) El gnosticismo niega, en fin, la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y los fundamentalísimos misterios de la Trinidad, la Encarnación, la Redención y la Eucaristía.

Es natural, por consiguiente, que los Padres de la Iglesia hayan luchado denodadamente contra las doctrinas gnósticas, no sólo falsas en sí mismas, sino perniciosas en sumo grado para la Iglesia. Los grandes campeones cristianos en aquella disputa fueron Ireneo, Hipólito, Tertuliano y Epifanio, gracias a cuyos esfuerzos pudo la Iglesia de Cristo evitar males mayores. Sin embargo, sería grave error suponer que el gnosticismo es cosa del pasado y que se extinguió en los primeros siglos de nuestra era. Desde los días de Simón el Mago hasta los de los ocultistas de los nuestros, la gnosis no ha dejado de minar el terreno del cristianismo, no sólo inspirando aisladas voces disidentes sino provocando verdaderas explosiones de herejía. Es imposible, aquí, seguir paso a paso por todos sus meandros esta triste y tortuosa historia anticristiana, pero no está de más que señalemos simplemente, sin entrar en detalles, algunas tendencias y doctrinas en las que es patente

si no el gnosticismo puro, al menos el espíritu sincretista de la gnosis.

En el siglo IV de nuestra era surgió la herejía de Arrio, quien afirmaba que en la Trinidad divina el Hijo ha sido creado por el Padre y es inferior a éste, así como el Espíritu Santo es inferior al Hijo. Claramente se ve aquí la influencia del gnosticismo.

Hacia la misma época apareció el maniqueísmo, el cual, como la gnosis, es un sincretismo dualista en el que se mezclan los siguientes elementos: la vieja religión materialista de Babilonia, la religión zoroástrica, el budismo y el cristianismo.

Hacia finales del siglo cuarto y principio del quinto invadieron España dos sectas gnósticas, que eran dos variedades de la escuela de Marción; los agapetas y los priscilianistas.

En tiempos de Justiniano se extendió por el Imperio Romano de Oriente la secta gnóstico-maniquea de los paulicianos, quienes enviaron misioneros a Tracia y Bulgaria. De allí, tiempo después, por ignorados caminos, la herejía pauliciana pasó a las naciones latinas en donde apareció, en el siglo XI bajo los nombres de cátaros y albigenses. En el siglo XII el catarismo constituyó una seria amenaza para la Iglesia, sobre todo en el Sur de Francia.

En la Europa medieval del siglo XIII cobró cuerpo doctrinal en el libro titulado *Zoar*, escrito por el judío español Moisés de León, una tendencia gnóstica judía que había tenido ya algunas manifestaciones anteriores, la Kabala, la cual en esa época adquirió su mayor fuerza. Se trata aquí de un gnosticismo emparentado con la escuela egipciaca pero influido, demás, por los filósofos árabes.

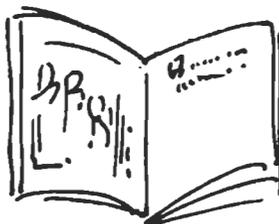
Hay una influencia evidente de la falsa mística del gnosticismo sobre diversas variedades de una corriente mística herética que se manifestó por primera vez en el siglo V con los *melasianos* o *euquistas* condenados por el Concilio de Efeso, que surgió de nuevo

con los *hesicastas* del siglo XIV y que culmina con los *alumbrados* y los *quietistas* de los siglos XVI y XVII. En rigor, esta seudomística, como la de la gnosis, es de esencia budista.

Influencias gnósticas hay, también en las ideas de Teofrasto Paracelso y en la mística teosófica de Jacobo Boehme, que estuvieron en boga en el siglo XVII, en la filosofía que desarrolló Schellin a partir de 1809 y en las corrientes ocultistas de nuestra época, cuyas principales manifestaciones son la Teosofía, el Espiritismo, la Antroposofía, los Rosacruz y la Ciencia Cristiana, oriunda de los Estados Unidos de Norte América.

Los Padres de la Iglesia nos enseñaron que al gnosticismo hay que enfrentarse con dos armas teóricas: pureza dogmática y juicio crítico. Para ello hace falta un gran conocimiento de la propia religión y serenidad al juzgar. De nada serviría, por consiguiente, una vasta erudición si no va unida a una viva caridad que sea, a su vez, el fruto de una auténtica pureza de vida. En resumen, el remedio contra el peligro que para nuestra fe representa el gnosticismo, lo mismo que cualquiera otra herejía, es sencillo de enunciar y difícil de cumplir: santidad y apostolado: No hay otro camino.

Julio J. Fernández



Algunos Aspectos de la Literatura Norteamericana

Por Luis GALLEGOS VALDES

Por su riqueza y variedad no es fácil abarcar la literatura norteamericana, aunque sea en algunos de sus aspectos como el regional y el social. La novela y el cuento son cultivados por los escritores norteamericanos, desde el siglo XIX, en forma original y extensa. Sin embargo, los norteamericanos se han preocupado sobre todo desde el final de la segunda guerra, por dar a conocer su literatura difundiendo en buenas traducciones al español y en ediciones populares españolas, argentinas, mexicanas. Han comprendido que no basta que en América Latina haya interés por conocer la vida norteamericana; por medio de sus servicios de información tratan de satisfacer ese interés y aun acrecentarlo. Política cultural bien orientada, que ha contribuido a popularizar a diversos exponentes de la novela, el cuento, el teatro, la poesía y el ensayo de su país.

La universalidad del inglés, uno de los fenómenos culturales de nuestra



LUIS GALLEGOS VALDES

época, no implica ni mucho menos la inmediata accesibilidad a la literatura norteamericana ya de por sí rica y variada. Es preciso un esfuerzo, a veces considerable, para profundizar en la obra de un Henry James, de un Ezra Pound, de un Faulkner, autores difíciles los tres, pero de gran contenido y alcance.

Vitalidad e intelectualización

La literatura norteamericana se abrió paso en el mundo después de la primera guerra, influyendo en una literatura tan original y organizada como la francesa. Hubo en la primera postguerra un período de ímpetu, un "*Sturm und drang*" de la literatura norteamericana encabezado por sus novelistas. En esta segunda postguerra la literatura norteamericana se ha vuelto menos impetuosa, menos brutal y afirmativa que en aquel período cuando surgió la "generación perdida" animada por Gertrude Stein y se vio el ascenso del genio de Faulkner. La literatura norteamericana hoy día, al menos en algunos de sus exponentes, se ha sofisticado e intelectualizado; ya no sólo predica el culto a la vida y a la acción, sino que se ha sentido atraída fuertemente por las ideas puras. Esto es ya la cultura, refinada y en intensidad, manifiesta en interesantes más que en fuertes personalidades. Frente a la "cultura de masas" aparecen las minorías, la literatura universitaria y erudita contra la que ha puesto en guardia recientemente Samuel Bellow en el P.E.N., Club Internacional que tuvo lugar en la Universidad de Nueva York. El dominio de la crítica literaria y del ensayo se dilata. La poesía y la filosofía polarizan a los más selectos espíritus. ¿Época de agotamiento? No lo sé. En todo caso esa literatura refinada, de experimentación, de estilistas y de poetas difíciles, contribuye, en mi concepto, a poner una barrera a la literatura comercializada. La literatura es experiencia, sensibili-

dad, pensamiento, forma, y traduce las formas de vida, las tensiones, los problemas, de una sociedad; es un estilo, una interpretación y una visión del mundo, del hombre, aunque no traduzca un mensaje, aunque no involucre una enajenación ni un "compromiso".

A la cansada Europa de la primera postguerra llevó la literatura norteamericana, por medio de un Hemingway, de un Dos Passos, de un Faulkner, vitalidad, técnica novedosa, profundidad. Los "años ruidosos" de Hemingway recalcan en su culto al minotauro y a la muerte descubierto en España. Hemingway se acercaba a la vieja, soleada y olvidada España al mismo tiempo que otro norteamericano, Waldo Frank, escribía su *España Virgen* y descubría a Hispanoamérica. Españoles e hispanoamericanos debemos a uno y otro escritor la comprensión y aun la exaltación a veces de los valores de nuestra cultura. Aparte la admiración que tengamos por el valor intrínseco de su obra, ya esa comprensión es suficiente para que la obra de ambos escritores, tan diversa por otra parte, influya en el mundo de lengua española. La hondura y dramatismo de la obra de Faulkner, su complejidad e intensidad, completan la interpretación del mundo dada por los escritores norteamericanos. Norteamérica tomó conciencia de su papel mundial al participar en dos guerras sucesivas. El norteamericano, sobre todo al terminar la segunda guerra, ya no fue el hombre a veces rudo e ingenuo que ama la acción; la guerra lo hizo reflexivo. La tradición religiosa de sus antepasados protestantes, la interiorización en la propia conciencia, le fueron favorables. No tenía sino seguir la tradición, ahondar en el destino humano, en su inexorabilidad, en la culpa, en el pecado. La tradición moral le ayudó a descubrir sus reservas y posibilidades espirituales. Y el sentido católico de la existencia se lo esclarecieron un Thomas Mer-

ton, un Robert Lowell. El libre examen y el liberalismo de un Jefferson, de un Franklin, de un Adams, están aún vivos. Aunque los signos del tiempo hayan cambiado, el norteamericano, por boca de un Faulkner, concibe la cultura como generosidad, y esto no es sino la caridad, el amor cristianos, la comunicación en su prístino sentido, a pesar de que se habla de una "crisis de la comunicación" en la poesía anglosajona¹.

Valores morales y culturales

Se ha repetido que la fuerza expansiva de una nación, en lo político y económico, trae consigo la pujanza y esplendor de su literatura. Esta idea se comprueba con creces en la literatura norteamericana. Un pueblo, como el norteamericano, consciente de que la educación es la base de la prosperidad y que protege a sus universidades y que difunde la ciencia, el arte y la cultura, tiene que influir con sus valores morales y culturales. Al participar de esa expansión, la literatura tiene que renovarse y perfeccionarse al contacto con otros pueblos, culturas y civilizaciones. Ciertamente que el regionalismo ha sido uno de los elementos más destacados, juntamente con el social, de la literatura norteamericana, relevantes en la novela y en el cuento; pero el escritor norteamericano sabe que ese elemento regional no le es una traba; por el contrario, su obra, si tiene calidad, podrá ser ampliamente conocida y aun convertirse en "best seller". Que por provinciano que sea él o que lo sea en sus temas, la provincia, la región, el lugar no lo deteriorarán como al escritor latinoamericano, rodeado de un mundo dividido en compartimientos estancos y subdesarrollado. Los canales de la literatura funcionan eficientemente para la obra del escritor norteamericano, y miles, millones de lectores serán su recompensa. La literatura popular, la literatura seria es publicada por impor-

tantes editoriales. La crítica, desde la puramente periodística hasta la alta crítica, actúa. El ensayo —lujo de una literatura— completa a la novela, al drama, a la poesía. La literatura vive intensamente la realidad de su tiempo, es apreciada, discutida, comprendida o incomprendida. Un vasto público de lectores, de estudiosos y de conocedores la sigue con interés y pasión en todos sus avatares. El mundo anglosajón, más unificado en el conocimiento de su literatura que el mundo hispano, se nutre y enorgullece de ella.

Filosofías predominantes

He señalado el papel preponderante que tuvo la filosofía liberal durante el siglo XIX en el pensamiento norteamericano en el campo social, político, económico y cultural. El libre cambio y el libre examen, el "laissez-faire", fueron su piedra angular. La literatura se nutrió de esa filosofía como también del darwinismo en plenitud en aquellos años. Mas el pensamiento humano reconoce, sobre todo después de Hegel, el devenir, la evolución en el tiempo y en el espacio. El naturalismo de signo francés primero, el determinismo económico surgido de la doctrina socialista después, el marxismo posteriormente, constituyen los hitos del proceso de la filosofía norteamericana. Aparte debe mencionarse la filosofía académica, técnica, que se cultiva en las universidades, haciendo hincapié, sin embargo, en el amplio radio de influencia que, a fines del siglo anterior, tuvo el pragmatismo de William James y, décadas adelante, la filosofía de Dewey, esta última en la educación. Tal el fondo general de las ideas en los Estados Unidos contemporáneamente.

Tendencias determinista y metafísica

De Zola proceden Norris y Dreiser. Dreiser a su vez influencia a Steinbeck,

a Farrel, a Dos Passos. Sustenta en sus novelas el determinismo económico. Dos Passos fue seguidor, en su primera época, de las tendencias socialistas. Pero una literatura de signo comunista, al menos caracterizada, no se ha producido en los Estados Unidos. Una cosa son las tendencias sociales, que pueden cristalizar a veces en un socialismo impregnado de liberalismo, y otra es el realismo socialista patente en la novela, el drama, el cuento. El llamado realismo crítico es probable que se encuentra en Dreiser, Upton Sinclair, Sinclair Lewis, Dos Passos, pero no aquél.

Existe por otro lado bien acusada una tradición de novelistas metafísicos y de novelistas poetas. Melville, Hawthorne, James, Faulkner son influidos más por la actitud moral, por el mito o el símbolo, que por el determinismo de la herencia a lo Zola o por el determinismo económico. Faulkner está más cerca de Dostoievski por sus sondeos en la conciencia que de cualquiera de esos determinismos. Y en cuanto a Melville, autor de *Moby Dick*, simboliza en la caza de la ballena blanca una filosofía moral.

Cinismo sexual

Caso aislado es el del californiano Henry Miller, cuya reciente traducción al español lo ha dado a conocer bastante en los medios literarios latinoamericanos. Miller vive en Francia desde hace largo tiempo. Sus obras más conocidas son: *Trópico de Cáncer* y *Trópico de Capricornio*. El pansexualismo de estas obras de carácter autobiográfico podría desviar la atención del fondo de su obra situándolo única y exclusivamente dentro de la pornografía. No, Miller es algo más que un pornógrafo. El procaz erotismo de esas dos obras esconde a un satírico, desencantado de la civilización occidental, una especie de Rabelais "gringo" por su naturalismo desenfadado. Pero tiene obras que se salen de esa línea se-

xual y cínica a ultranza en su libro sobre Grecia escrito después de un viaje a la tierra de Homero y ya en las proximidades de la segunda guerra e intitulado *El Coloso de Masouri*, de una riqueza de observación, de un humor desgarrado y de un pensamiento agudo que hacen de Miller uno de los autores contemporáneos más discutidos.

La generación perdida

Gertrude Stein, perteneciente a una familia austriaca afincada en los Estados Unidos, fue la promotora de la "generación perdida" compuesta por Hemingway, Scott Fitzgerald, Glenway Wescott, Sherwood Anderson, Ezra Pound, T. S. Eliot, Eugenio y María Jolas, Archibald Mac Leish, entre los más caracterizados. Fue la época del esteticismo y del desenfreno, del individualismo, del goce de la vida, resumidos en la expresión los "alegres veinte" o "los ruidosos años".

El elemento regional

Basta echar un vistazo a la geografía de los Estados Unidos para comprender que su literatura tendrá que reflejar la magnitud del medio y que, por tanto, como éste, ha de ser harto variada en sus manifestaciones, tendencias, personalidades. Edmund Wilson niega empero que el escritor norteamericano viva en soledad como lo afirma Sartre, en uno de sus ensayos, soledad que impondría el medio geográfico amplísimo. Valga mi pequeña experiencia norteamericana para el caso. Cuando en la Escuela Normal Superior de esta capital enseñaba, hace ya diez años, literatura americana, nos llamó la atención a mis alumnos y a mí, al estudiar a Emerson, el fondo ético de sus ensayos e inclusive cierta tendencia a la prédica moral. Cuando en 1961 fui a los Estados Unidos invitado por el Departamento de Estado quise visitar, an-

te todo, la Nueva Inglaterra, no sólo porque allí llegaron los primeros pobladores ingleses fundadores de la primitiva colonia, sino porque la Nueva Inglaterra impregna con su espíritu tradicionalista a buena parte de la literatura norteamericana hasta bien entrado el siglo XIX. El espíritu bostoniense es rector de la cultura norteamericana hasta fines de dicho siglo. Hay una escuela histórica bostoniense y de investigación literaria de la cual surge la figura del venerable Ticknor, autor de una historia de la literatura española, antecesora de la del inglés Fitzmaurice Kelly, historia que traducida al español fue en su tiempo muy útil. De esa escuela destaca Prescott, historiador de la conquista española, quien, a pesar de ser protestante, supo interpretar rectamente el espíritu cristiano de aquella empresa, sin caer en la ceguera de los seguidores de la Leyenda Negra y que tuvo que aprender a fondo las matemáticas para poder estudiar a los Incas y a los Mayas. Y, por supuesto, emerge la figura austera de Emerson, hijo de pastor protestante y pastor él mismo. Esto no lo sabía yo cuando les comentaba un texto de Emerson a mis alumnos y en el que arremetía el gran ensayista y pensador contra la mundanidad. Una mañana primaveral en Concord, la pequeña ciudad cercana a Boston y donde residió la mayor parte de su vida el autor de los *Ensayos* y de *Los Hombres representativos*, Mademoiselle Andrée Bruell, mi introductora en aquel mundo de Emerson y de su medio intelectual, me dijo: “—Comprenderá ahora, señor, qué exagerado fue Emerson al condenar a Concord...”

En efecto, Concord, igual que otro lindo “village” próximo a él como es Lexington donde se dio decisiva batalla en tiempos de la independencia, sigue siendo el mismo Concord de antaño, aldea rodeada de una naturaleza espléndida, pero aldea al fin donde la

severidad protestante, donde la altivez puritana aún se advierten bien que atenuadas. Allí se conservan intactas las dos casas que habitó Emerson. En una de ellas vi su biblioteca: muy selecta, con predominio de obras filosóficas y las primeras traducciones inglesas de los pensadores orientales que tanta influencia tuvieron en su pensamiento. Esa casa es hoy un museo emersoniano, donde uno puede adquirir, a bajo precio, las obras de Emerson. Si no recuerdo mal allí se encuentra la pequeña habitación, más bien, desván, donde solía pasar sus temporadas Thoreau, su amigo. Se conservan los instrumentos de agrimensura de Thoreau y algunos otros objetos que le pertenecieron. En la otra casa de Emerson, rodeada a la sazón de manzanos en flor, guardan su sombrero y su bastón que están en la paraguera a la entrada como si él estuviera todavía vivo. En estos recuerdos hay grave sencillez no exenta de melancolía. Todo, paisaje, casas de madera pintadas de blanco y con su techumbre negra, con su porche y su chimenea, traen a la imaginación los buenos tiempos de esta otra Arcadia feliz que debe de haber sido la Nueva Inglaterra cuando vivieron Emerson, Thoreau y Hawthorne.

Pues bien, creo que sin esta vivencia del ambiente y del paisaje que rodearon a Emerson y demás autores de la Nueva Inglaterra, sin la visita a Boston y a la Universidad de Harvard, no siempre es fácil entender su obra. El pasado de la cultura norteamericana está allí y sin él nuestra comprensión de lo que son los Estados Unidos, de lo que es —por contraste— la civilización industrial de Norteamérica, los avances impresionantes de su técnica, quedarían incompletos.

Los Estados Unidos, nación rectora del mundo occidental, se nutre de una tradición, en parte, humanística. Esto no lo entenderán los que creen que la

técnica es producto exclusivo de la racionalización científica, olvidando que es consecuencia de la investigación científica pura. Puede que a estas horas esa técnica esté totalmente separada de aquel humanismo decimonónico, victoriano, exclusivista y aun clasista. La verdad es que cuando el norteamericano quiere volver a las fuentes de su cultura, mira hacia el Este de los Estados Unidos, hacia la Nueva Inglaterra y piensa en el "self-made-man" de Emerson y en el roussonismo de Thoreau, cuya obra se comprende mejor cuando contemplamos, al fondo de una obra, en medio del paisaje, el lago de Walden, a cuyas riberas paseó sus ensoñaciones igual que Rousseau paseó las suyas a orillas del lago de Ginebra.

He mencionado a Hawthorne, el autor de *La carta escarlata*, novela publicada en 1850. Hawthorne contribuye, tanto como Emerson o como Thoreau, a esclarecer el espíritu de la Nueva Inglaterra y es un predecesor de Henry James. Además, es otro "solitario", lo cual explica el carácter individualista de aquellos escritores.

En cambio, si vamos a Colorado, como lo hice en mi viaje, "el estado lleno de colorido" como indican las guías turísticas, nos salta a la vista el pasado hispánico de los Estados Unidos. Por ahí anduvieron Vázquez de Coronado y otros adalides españoles del siglo XVI cuya planta se paseó como Pedro por su casa por todo un continente. Me bastó ir al museo de Denver, situado en el centro de la ciudad, para aprender o recordar detalles de la historia de los Estados Unidos. Estamos ante el elemento regional siempre, mas alejados en el tiempo. Allí España dejó su huella como en otros lugares del territorio norteamericano, y los norteamericanos, en vez de olvidarlo, respetan esa huella. He aquí un aspecto común entre nosotros y ellos: la conquista española.

Las Montañas Rocosas nos salen al paso tardo del tren que asciende por ellas desde Denver, capital de aquel estado. A todo lo largo del camino sigue su curso el río Colorado. Y desde la ventanilla del vagón pensamos en la gente y gesta hispánicas y en los sangrientos encuentros entre los conquistadores y los bravos indios de la región. Una literatura popular ha invadido con esa gesta la pantalla desde el nacimiento casi del cine, la cual ha contribuido a dar a conocer un pasado aventurero. Aquí el aventurero hispano del siglo XVI se da la mano con el del siglo XVIII y con el del siglo XIX, esos cazadores de pieles cubiertos ellos también de pieles. El "tomahawk" indígena refulgiendo en lucha con el puñal acerado es todo un símbolo de tanta historia real o imaginaria.

Después de atravesar por los estados de Colorado, Utah y Nebraska y llegar a California nos enfrentamos a una nueva y hermosa realidad. California es sin lugar a dudas una de las más bellas comarcas de la tierra. Nuestros ojos, un poco cansados de contemplar el día anterior pétreas y desoladas tierras que algún día, posiblemente, podrán ser incorporadas a la civilización mediante la técnica, panorama no obstante magnífico sobre todo al atardecer; nuestros ojos, al llegar a California, se arremansan en una tierra pródiga. Los bosques de pinos se suceden. Hay parajes donde los ríos tienen la misma salvaje soledad del trópico. Al pasar el tren por la ciudad de Salinas de inmediato piensa uno en el novelista y premio Nobel John Steinbeck, que allí vive. Steinbeck fue el novelista norteamericano más "en vedette" antes de la segunda guerra. La publicación de *Las uvas del encor* coincidió con el estallido de aquella conflagración mundial. Steinbeck plantea en esa obra el problema de los cosecheros trashumantes y se sitúa en el ámbito de la novela social contribuyendo

a resolver positivamente aquel problema. Más de algún crítico se ha preguntado si esa novela, al cumplir con su papel de denuncia, no decaerá en la estimación de los lectores. Sin embargo, cabe suponer que no ha sucedido así, ya que en ella alienta “el sentido de la justicia”². Aparte de sus crónicas de guerra, escritas muchas de ellas sobre el terreno, tal como al mismo tiempo escribía las suyas el escritor soviético Ilya Eremburg, la segunda guerra inspiró a Steinbeck su relato *Se ha puesto la luna*, basado en la invasión alemana a Noruega, con la traición de Quisling. Relato sobrio, esquemático. Empero, la novela más importante de Steinbeck es *Tortilla Flat* (1935), según críticos tan autorizados como Edmund Wilson. Un rasgo, de acuerdo con esos críticos, define a esa obra; es una colección de cuentos sin pretensión de probar nada y dentro del género burlesco. Describe la vida de los *paisanos* de la ciudad de Monterrey en California. Además del elemento regionalista, esa obra inicia “la conciencia de grupo”, que más tarde cobró tanta significación en la novela de Steinbeck”³.

Y si de California nos trasladamos —como hice en mi viaje— a Nuevo México, la nota regional continúa, siempre impregnada de hispanismo, y también de ancestralismo indígena. Mabel Dodge, efectivamente, llamó a D. H. Lawrence a Taos, pequeño pueblo navajo, a que fuera allí a descubrir las fuentes de la América primordial. Todavía vive allí Lady Brett, amiga del novelista inglés. Taos es una colonia de pintores desde 1900. Las primitivas edificaciones indígenas de cinco pisos, con sus hornos y “kivas” pueden verse al sólo entrar al pueblo, a cuyo lado rumorea un río pequeño. Al fondo se alza la montaña llamada de la “Sangre de Cristo” donde los indios cultivan trigo y donde, según una tradición, fue a vivir Moctezuma II después de la caí-

da del imperio azteca. Basta el nombre del autor de *El amante de lady Chaterley* y de *La serpiente emplumada*, su obra sobre México indígena, para que Nuevo México nos atraiga. Existen empero otros escritores que han tomado asuntos y personajes de ese ambiente. Las costumbres allí son las mismas que las de los demás países hispanoamericanos. Estuve dos días en Taos y dos veces en Santa Fe, capital del estado, y me sentí como en mi casa oyendo hablar español. Se está en los Estados Unidos y al mismo tiempo se está en México, un México virreinal presente en sus modestas iglesias franciscanas que guardan muestras de la imaginería y platería de la época.

Rudo contraste debe de apoderarse en quien de este mundo hispanoindio salta a Winesburg, Ohio. Pensamos un momento en Sherwood Anderson, llamado el D. H. Lawrence norteamericano, quien “en el inevitable conflicto entre la vitalidad de los instintos no reprimidos y la conducta convencional se adhiere abiertamente a los primeros”⁴. Anderson, muerto en 1941, innovó en la narrativa al tratar del mismo ambiente en una serie de cuentos distintos. Sin embargo, ya otro cuentista había hecho lo mismo: Bret Hart en sus cuentos del Oeste que tanta fama le dieron y a los que era tan aficionado el novelista español Pío Baroja en su juventud. Ese contraste se acentúa aún más al pasar al Sur y entrar de lleno en el mundo de Faulkner. De pronto los campesinos de *El camino del tabaco* (1932) de Erskine Caldwell se parecen a los de *Mientras yo agonizo* (1930) de Faulkner. Son campesinos blancos y depauperados, que siguen un camino distinto, pero en el fondo el mismo, del vivir sin horizontes, triste y sin remedio. Los de Caldwell en un fortingo destartalado arriban asombrados a la ciudad, y los de Faulkner van en familia, sobre temblequeante carricoche, a enterrar a la madre. Los

incidentes del camino constituyen en parte el asunto de ambas novelas, con la diferencia de que el relato de Caldwell es lineal y el de Faulkner emplea el monólogo interior. De la visión externa realista y objetiva y de la interna visión subjetiva, en una y otra obra, surgen rasgos cómico-grotescos como cuando el cajón que guarda el cadáver de la madre flota a la deriva en las aguas del río por descuido de los que van a enterrarla al hacer el alcohol lo suyo. El mundo agrícola y feudal de Faulkner nos sitúa ante familias venidas a menos de la rancia y prejuiciosa aristocracia sureña, atendida por fieles servidores de color que encarnan el buen sentido ante la locura y decadencia de los amos. Faulkner, cuya obra ha sido estudiada por Sartre desde el punto de vista filosófico, y cuya densidad y difícil técnica obliga al lector a estar en continua vigilancia que está compensada por la honda vida que el novelista prodiga en sus personajes y ambiente, es asimismo un creador en el que el elemento geográfico, regionalista, aparece con firmes trazos como en ese imaginario —y tan real a la vez— condado de Yoknapatawpha. Los mismos personajes aparecen en las novelas y cuentos de Faulkner como hacía Balzac con los suyos —supremo lujo de los dos grandes novelistas. Faulkner es un mago y no un lógico como Hemingway. Como a otros grandes escritores se le reprochan defectos de composición y de sintaxis.

Por lo general los novelistas norteamericanos, a excepción de los ya clásicos desarraigados como Henry James y T. S. Eliot, son fieles a su tierra, y esto ha sido así desde los viejos tiempos en que Mark Twain navegaba por el Mississippi y en que Fenimore Cooper describía en sus novelas a los indios de la región de Nueva York. Esta fidelidad a su tierra, a su paisaje, a su ambiente y al hombre que los anima ha hecho escribir a Hemingway: "To-

da la literatura norteamericana moderna ha salido de un libro de Mark Twain llamado *Huckleberry Finn*... Es el mejor libro que hayamos producido. Todo lo que se ha escrito en América sale de él"⁵, opinión negada por Faulkner.

El regionalismo tiene en la literatura norteamericana valiosos representantes. En vez de ser limitativo como podría creerse, no ha impedido a los grandes escritores alcanzar universalidad. Lo concreto, lo pintoresco incluso, alimentan a la novela, género voraz, como se le ha definido, capaz de tragarse a los propios autores... si se descuidan como un Moloch insaciable de mitos.

El aspecto social

Creo que en el enfoque del elemento regional de la literatura norteamericana he excedido los límites de un trabajo de divulgación como éste. Mas era necesario hacerlo así, no por reverencia al factor medio puesto de resalte por el positivismo decimonónico de Taine, sino por una exigencia metodológica. La textura geográfica explica, sobre todo en la novela y en el cuento, tan fértiles en Norteamérica, no poco de su contenido y modalidades. Pero el aspecto social es igualmente importante en los mismos géneros sobre todo a partir de Teodoro Dreiser. El factor social es importante en éste así como también en Upton Sinclair, Sinclair Lewis y John Dos Passos. Se insiste por parte de la crítica marxista en este enfoque para la cabal interpretación de la literatura. Lo social es el común denominador que explica, en parte, para la crítica no marxista, la obra de aquellos autores, que se propusieron, lo mismo que Balzac para la Francia de la Restauración, hacer el estudio de la sociedad norteamericana en la época de la expansión y también de crisis del capitalismo. En este caso, pues, lo social no es un pretexto para

realizar la obra de arte, sino que va unido al arte del novelista en forma dialéctica, de tal modo que lo social explica el arte y éste a lo social, superando la antinomia planteada por los seguidores del arte por el arte. Las tensiones de la sociedad capitalista estadounidense han sido destacadas por los novelistas expresados. Sin desdeñar ese factor, pero señalando por cierto la actitud vacilante y modesta de Marx y Engels “cuando abordaban los primeros principios de la filosofía, mientras que un materialista como Taine procedía con grandes alardes de suficiencia”⁶, el crítico literario Edmund Wilson ha acertado a destacar la actitud antidogmática de los padres del socialismo científico en lo que respecta a la actividad cultural, en relación con lo social, y la cuota de idealismo hegeliano no eliminado de su filosofía⁷.

El impulso dado por la novela naturalista norteamericana a lo social debe señalarse al mencionar a sus dos representantes más destacados: Stephen Crane (1871-1900) y Frank Norris (1870-1902). Crane es autor de una novela sobre la Guerra de Secesión titulada *El Rojo Escudo del Valor* (1896), donde un recluta cuenta sus impresiones en los campos de batalla. Crane, contra lo que pudiera creerse, no supo de la vida militar, y, sin embargo, “imagina la realidad”, escribe el crítico John Brown, “de una manera apasionante”⁸. En cuanto a Norris hay que recordar su trilogía compuesta por *Octopus*, donde trata de los Ferrocarriles del Pacífico y del Sur; de *The Pit*, cuyo tema es la especulación del trigo en la bolsa de Chicago y *The Wolf*, tercer volumen no terminado nunca.

Pero Dreiser supera esos intentos y se da a conocer en los primeros años de este siglo con sus obras *El Financiero*, *El Titán* y *El Genio*, en las que centra a su protagonista Cowperwood en la ciudad de Chicago con sus gran-

dezas y miserias. *Una tragedia americana* (1926) “es el último gran libro de Dreiser”⁹. Aquí presenta a un personaje que viene a ser el reverso de Cowperwood, víctima en vez de verdugo. Dreiser es más reformador que artista, este último, según el crítico expresado, “tenía sus pesadeces, sus lentitudes, sus torpezas a veces irritantes, pero sus gruesos libros están animados por una vitalidad interior desbordante”¹⁰.

Upton Sinclair, radical en el aspecto social sobre todo en los principios de su carrera de escritor, hizo de la novela un instrumento de prédica; pero sus novelas sobre Lanny Budd parecen constituir parte importante de su obra dentro del tipo de la novela cíclica.

La clase media inspira a Sinclair Lewis en *Main Street* (1920) y *Babbitt* (1922); en ambas novelas describe la pequeña ciudad con trazos satíricos. Ambas fueron comentadas en forma amplia, llegando a ser Babbitt el típico personaje medio norteamericano dedicado a los negocios. En *Sangre real de reyes* (1947) Lewis fustiga el prejuicio racial anti-negro.

John Dos Passos (nacido en 1896) es el escritor de tendencia social que más influencia ha tenido dentro y fuera de Norteamérica. Sartre reconócele como su maestro en técnica novelesca y le dedica páginas penetrantes. Dos Passos, con sangre portuguesa en sus venas, siempre se ha interesado —lo mismo que Waldo Frank— en Hispanoamérica. Tuve oportunidad de conocerle, hace diez años, en México D. F. en el Congreso por la Libertad de la Cultura. Es un hombre alto, calvo, fuerte, sencillo, con unos ojos oscuros y observadores detrás de los lentes. “¿Cómo aprendió usted el español, señor Dos Passos?”, le pregunté. “—Viajando desde muy joven por estos países”, me contestó. Y también por España, recordemos, que le inspiró uno de sus primeros libros, *Rocinante vuelve al camino*

(1922). En 1926 Sinclair Lewis declaró: "... El señor Dos Passos logra, realmente logra, lo que con frecuencia todos hemos considerado imposible: ha dado el panorama, el sentido, el olor, el sonido, el alma de Nueva York". Efectivamente, ninguna introducción puede ser mejor al conocimiento de Nueva York que *Manhattan Transfer* (1925), novela en la que emplea la técnica de la simultaneidad y de la discontinuidad que luego adoptaron otros novelistas como Sartre. El "ojo de la cámara" es otro de sus recursos técnicos como también la ausencia de intriga, el montaje de la crónica periodística y de fragmentos de canciones populares insertos en sus páginas para darles más vida y autenticidad. En *Manhattan Transfer* no hay un protagonista; la urbe es el verdadero protagonista. Aunque Dos Passos nos sitúa en la Nueva York de 1915, aproximadamente, en lo esencial la ciudad parece ser la misma. Igual que entonces cruzar la isla de Manhattan de un extremo a otro en bus puede ser interesante; tomar por la Quinta Avenida hasta llegar a la punta de la isla, donde están los claustros medievales que hizo traer, piedra a piedra, un millonario, es una experiencia curiosa por el contraste. Como lo es cruzar en barco bajo sus quince puentes en cosa de tres horas y ver sucederse sus cinco barrios principales con sus rascacielos y sus sectores de inmuebles vetustos y sórdidos. O bien tomar el "subway" para ir a Brooklyn y volver al centro a la madrugada de un sábado, mientras que un inmigrante polaco, llegado la víspera, trata de entablar conversación con nosotros en pésimo inglés —casi como el nuestro—. Por aquellos años Nueva York conoció el auge de la construcción afiebrada y de los negocios trepidantes. El novelista se adentra en ella tras las huellas de muchos destinos individuales que luego se pierden en la inmensidad multitudinaria. En su trilogía *EE. UU.* cul-

mina como novelista, la cual preludia *Manhattan Transfer* y que se compone de *Paralelo 42* (1930) (1919) (1932) y *Los grandes negocios* (1936). Son cientos los personajes y de todas las clases sociales los que aparecen. Se alaba la unidad de esas tres obras dentro de su diversidad, considerándose a James Moorehouse como eje de la trilogía. Un crítico observa que "Dos Passos ha transferido lenta y sutilmente de los individuos a la sociedad todo el derrotismo de la generación perdida"¹¹. La lucha por los desheredados por sobresalir, la avidez de los capitalistas, las vidas femeninas, las biografías auténticas interpoladas, animan el fondo."

La protesta social se intensifica durante los primeros años de la década del 1930, período de crisis económica y desempleo tras el "crack" del año anterior. Aparecieron numerosas novelas contra la explotación económica de los obreros por parte de los patronos, las cuales apenas se recuerdan porque cumplieron nada más con un fin ajeno a la literatura al exponer puntos de vista morales o políticos¹².

Posteriormente la novela de protesta social la asumen algunos autores de raza negra como Richard Wright, el más prominente, autor de *Sangre negra* y Ralph Ellison, de una promoción ulterior. Con Langston Hughes es Wright sin duda el escritor negro que más se ha singularizado en este aspecto de la literatura social: el problema racial y las tensiones y choques constantes entre blancos y negros como lo vemos hoy día. Wright vivió durante varios años en París hasta su muerte, acacida hace algún tiempo.

Conclusión

Espero haber conseguido poner de relieve algunos aspectos, sólo algunos aspectos de la literatura norteamericana, cuyo vasto panorama está cruzado por las tendencias más encontradas y prestigiada por grandes escritores. A

partir de la mitad del siglo XIX Estados Unidos influye en Europa con Edgar Allan Poe, traducido magistralmente por Baudelaire, genio afín al del norteamericano y que con su traducción lo incorporó dignamente a la lengua francesa. Walt Whitman influye en el mundo con su Canto a sí mismo y a la Democracia. Un poeta belga, Emile Verhaeren, recoge su mensaje y realiza una poesía semejante, adaptada a la era industrial; un estudioso francés, Leon Bazalgette, traduce la obra del poeta norteamericano, escribe su biografía y un valioso estudio sobre su obra. En Hispanoamérica Whitman influye en hora temprana gracias a José Martí y a Rubén Darío, que lo canta en *Azul...* (1888). Vienen más tarde la traducción de Whitman hecha por el uruguayo Alvaro Armando Vasseur y, en estos últimos tiempos, la de la investigadora española, residente en los Estados Unidos, Concha Zardoya.

En cambio, norteamericanos como Henry James, T. S. Eliot, Ezra Pound, Gertrude Stein, Henry Miller y el mismo Hemingway buscan en Europa

temas. James y Eliot son los típicos desarraigados. Pero es a partir del final de la primera guerra cuando Norteamérica afirma la validez e importancia de su literatura con escritores como Hemingway, Faulkner, O'Neill. Los dos primeros sintetizan dos estilos: Hemingway, el estilo claro, preciso, directo. Faulkner el estilo profuso, denso, con multiplicidad de planes. El teatro norteamericano es universalizado por O'Neill y actualmente tiene a dos dramaturgos de obra importante como Arthur Miller y Tennessee Williams. Y la novela puede presentar nombres como los de William Saroyan, Truman Capote, Samuel Bellow, Robert Penn Warren, Norman Mailer y otros.

Finalmente pido excusas por la indeficiencia de este trabajo, que no pretende sentar cátedra de "connoisseur". Mi presencia aquí obedece a la gentileza de don Miguel Serrano, del Centro El Salvador-Estados Unidos, quien, una vez más, me ha cedido crédito en cuanto a conocimiento en letras norteamericanas.

— * Conferencia leída por su autor en el Centro Cultural El Salvador-Estados Unidos.

Quint agraïdes.

NOTAS

- | | |
|--|---|
| <p>1 John Brown, <i>Panorama de la literatura norteamericana contemporánea</i>, Madrid, Ediciones Guadarrama, S. L., 1956, p. 275.</p> <p>2 Heinrich Straumann, <i>La literatura norteamericana del siglo XX</i>, México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 137.</p> <p>3 Straumann, <i>ob. cit.</i>, p. 135.</p> <p>4 Straumann, <i>ob. cit.</i>, p. 103.</p> <p>5 Citado por Brown, <i>ob. cit.</i>, p. 48.</p> <p>6 Edmund Wilson, <i>Literatura y Socie-</i></p> | <p><i>dad</i>, Buenos Aires, Sur, 1957, p. 209.</p> <p>7 Wilson, <i>ob. cit.</i>, p. 209.</p> <p>8 Brown, <i>ob. cit.</i>, p. 65.</p> <p>9 Brown, <i>ob. cit.</i>, p. 71.</p> <p>10 Brown, <i>ob. cit.</i>, p. 73.</p> <p>11 Alfred Kazin, citado por Brown, <i>ob. cit.</i>, p. 140.</p> <p>12 Nathan Glinck, <i>Tendencias de la novela norteamericana moderna</i>, copia mimeográfica distribuida por el Servicio de Información de la Embajada de los EE. UU. en El Salvador.</p> |
|--|---|

“Corazón con S”, de Serafín Quiteño

Por Vicente ROSALES Y ROSALES

Escribir de manera pensada “corazón con s”, como aparece en el título y muchos versos del libro de Serafín Quiteño, es error ortográfico *usado esta vez como un detalle del ingenio*. Esta clase de buen humor se halla con frecuencia en muchos aspectos de la literatura, ya en versos como en prosa. Quiteño lo estiliza de modo original y al emplearlo sobrentendidamente para expresar sus quejas de amor, dirigidas a la mujer de sus sueños, lo hace en forma festiva. Es decir, que esgrimiéndolo con acierto, lo convierte en un medio para el éxito del romance.

Errores por el estilo se acostumbran en otros géneros literarios, como recursos parecidos: en la novela, el cuento, la narración, etc., con igual intención deliberada. Se les encuentra en paridad con ciertos vicios de expresión, puestos en boca de personajes característicos, propios de la literatura regionalista, como lo “traiba” por lo traía, te vas a “quer” por “caer”, etc. Salvador Salazar Arrué (Salarrué) ha hecho de ellos, uno de los giros de sus celebrados cuentos; Arturo Ambrogi hizo lo mismo en la narración. Quiteño con su “Corazón con S”, se presenta con su propia manera de expresarse y lo hace muy bien, porque como poeta tiene reconocidas capacidades líricas.

Oigámoslo en algunos versos en cuya estructura se advierte el uso de la “S” por la “Z”. A la vez que el gazapo menudea en las páginas, se aprecia

la versificación en la acabada forma. El poeta se hace notar por el respeto a los atributos del verso, la selección de los motivos, el escogido léxico, la métrica impecable, el estrofarío empleado y la original expresión.

Esta viene a ser como envoltura bien escogida. Quiteño, en el desarrollo de su formación de escritor, se inició con naturales cualidades para su oficio, en periódicos y revistas. Toda su adolescencia y su primera juventud se reveló como una inspiración. Hoy, en los primeros años de la mitad de la vida, su labor es de carácter bibliográfico, su nombre un prestigio para la patria salvadoreña, su persona un valor consagrado en las letras del país.

Lo que ocurre en este campo que debemos estudiar es definido por dos determinantes: la una, inspiración; la otra, revelación. La primera, psicológica; la segunda, dialéctica. El resultado es la obra. La inspiración debe ser espontánea y la composición bien escrita. Es cuestión de conocimientos didácticos de la cultura. Privan en el estudio de filosofía y letras. Descansan literariamente en la gramática y la retórica.

Empieza la lectura del libro que comento con la composición "Puerta". Muy bella. Reviste el valor de un introito, el cual difiere de los que resultan pesados en prosa. Esta composición da una idea de anunciación, de sensación aérea, de exultación o de frescura, que invita a recorrer las páginas del compendio. Páginas emocionales, logradas con gracia y sencillez tan atractiva, que el lector encuentra en ellas lo que se sueña: una realidad. Su armonía es inimitable:

*"Mi corazón con "s"
—haragán, soñador, volatinero—
viene de un pueblo en que la hierba crece
tranquilamente sobre cada alero".*

*"He aquí, lector, mis versos provincianos
que sólo ansían amorosamente
llevaros el aliento de las manos
en que se modelaron lentamente".*

Así va la ideología del volumen, en cuyo contexto se complementan la claridad y el buen gusto. *La poesía pura es la mejor poesía de los tiempos.* Ha tenido entre nosotros incomparables momentos. En medio de la obra de nuestros poetas, de las generaciones del presente siglo, dominados en mucho por un "espíritu a ultranza", lo que vale y ha de prevalecer, es lo que hay de espontáneo en ello y que el público aprueba. Con estos signos de idoneidad, el libro de Quiteño se recomienda por sí solo.

En "Mensaje del Corazón con "S", Quiteño dice:

*“Al cabo de la sed es tu presencia
una luz de milagro enardecida
y estás en los confines de la ausencia
como un puerto a las puertas de la vida.*

*¿Lo ves? Mi pobre corazón de antaño
sabe expresarse en el romance viejo
y en el misterio de su fondo huraño
guarda un noble sabor de vino añejo.*

*Desde un ángulo amargo de la vida
en que un negro pavor la sombra acrece,
te envía una canción como un latido
de mi sencillo “corazón con s”.*

Peripatético como el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, Quiteño es uno de los poetas enamorados de la vida, de cuyos complicados complejos hace elemento de arte. El dolor, el amor, el odio, etc., mientras en otros se resuelven en postulado filosófico, en el verdadero poeta sólo son poesía. Citemos otro fragmento de nuestro gran lírico, Anticipo:

*“Cuando tu corazón no sea llama
sino rescoldo y brasa,
luz que todo lo da y nada reclama,
poblada soledad, calor de casa. . .
Tú, mi dulce dolor de bien perdido,
mi más allá con sol, callado y quieto,
aun hallarás mi voz en el olvido
y podrás ver más claro en mi secreto”.*

En el fondo del libro se impone la nota del amor y, en esta manifestación, no admite rivalidades sino muy pocas. Como nuestro Julio Enrique Avila, el autor de “Corazón con S” es un amoroso. Esta es la nota predominante de la obra someramente comentada.

Cambiando de tono, adopta de pronto postura de místico, y sobrecoge con muestras como la siguiente, en la cual el bardo hace alarde de beatífica resignación:

*“Mi dicha es pequeñita, se conforma con nada.
Tiene los ojos grandes y está desamparada.*

*Es de sueño la pobre. . . pájaro perseguido
llama y llama a las puertas de cada corazón.*

*Y la noche es profunda y el dueño está dormido
¿Quién infundió a la noche tanta desolación?*

*Tómala entre tus manos —¡Oh Señor!— haz con ella
lo que piadoso harías con cualquier cosa bella:
el pájaro, el cordero y el ángel desterrado.
Todo lo que de puro tiembla como la estrella
y está desamparado”.*

Paisajista unas veces, otras retratista, su pluma menudea en felices pruebas, como el siguiente apunte originalísimo, dedicado a una hija del recordado escritor y poeta Alberto Guerra Trigueros:

*“Mimí Guerra Trigueros,
trigo dorado y gracia de panderos.
Llama, brisa, canción, celaje, río
y “pieses” como peces en el agua.
Letra de Alberto, ritmo de Darío
y cielo de León de Nicaragua”.*

O este otro:

*“Isabel,
Cascabel
y clavel.
Alegria,
ambrosía,
armonía.
Por ti creo en Las Siete Que Brillan
y en Doña Ana que está en su vergel”.*

Para cerrar este apunte, cuya intención es rendir personal homenaje al amigo y compañero de letras Serafín Quiteño, reproduzco “Aquella muchacha de la Joyería”, que puede ser considerada como una gema de la poesía salvadoreña:

*“Aquella muchacha de la joyería
que bien estaría
fulgiendo en la clara vitrina del día.*

*Sus ojos azules y sus rizos de oro
son allí el tesoro.*

*Y en aquel derroche de tanta riqueza,
no hay joyel más puro que el de su tristeza,
ni piedra preciosa más emocionada
que la de su dulce belleza ignorada”.*



Poemas de Roberto Armíjo

(Salvadoreño)

Poeta, en qué Quedamos

Poeta en qué quedamos.

Barba Jacob

Poeta, ¿qué es de ti?
¿Y tu esperanza?
¿añoras la esperanza?

—Sí, canto la esperanza, pero,
¿la veré?

O estaré trezado a las raíces del jacinto,
bajo nidos de hormigas que arrincona el invierno.
¿O vagaré en el sueño de la mariposa?
¿O dormiré en el suave silencio de la piedra?

La realidad es vivir,
bramar como el aguacero,
cantar como el pájaro,

entre la cruel maraña de espinas.
Si hay noche, frío o tormenta,
el corazón se entregará al canto . . .
Vivo cambiante y rumoroso,
sin olvidar el trozo de mar, de pájaro en la boca,
que me hace temblar o reír junto a las barcas . . .

La llovizna cae sobre la sufrida madera del granero,
donde el pájaro errante, enamorado de las constelaciones,
trina alegre, multicolor, sin saber, sin querer saberlo.
Canta y ve la noche. No encuentra más que su canto,
su glorioso destino de cantar. Después se echa al aire,
a la inmensidad, sin saber, sin querer conocer nada.
Y yo, obligado a rodear, a sufrir la palabra gastada;
pregunto por qué, a la hiedra, al sol, al corazón;
digo: los golpes, el roce de los días,
el sueño que la envuelve, que la limpia del polvo,
de la mínima, incesante mancha de polvo.
Después alzo la vista, busco la ventana
y abrumado veo encenderse lámparas en la noche.
Cierro entristecido la puerta,
al mirar el naranjo, la luna, la calle por última vez . . .
Despierto nuevamente, por milagro,
a sentir la sangre atropellando el corazón . . .

Las Piedras

Deberíamos volver a nacer sencillos. Diáfanos.
Conquistar el poder (sin querer) para decir:
la piedra, es piedra y otra cosa:
musgo y humedad, liquen, esqueleto de árboles y pájaros.
Hoy es materia tocada por bestias,
manos crueles y semillas que abandonó el aguacero,
el viento, el rocío, el cansancio del tiempo que ciega su latido.
Fue arrastrada por tormentas,
hacia el torrente que huyó por la colina como un caballo.

Este mínimo espacio de fuego triste lo transformó en dura resistencia el
convirtiéndolo en la pupila apagada del paisaje. [tiempo,
La piedra derruida, tuvo el turno de su destrucción,
la silvestre fugacidad del ave,
el vuelo sostenido del insecto,
el desventurado oleaje de hojas secas.
Inesperadamente fue objeto de muerte.
Arrancó un sollozo. El sorbo último de vida a un hombre, a un pájaro,
al volverse colérica respuesta de una mano aleve.
La piedra es lágrima del tiempo,
testimonio del caos por la gravidez del planeta.

*“Me parece ser un viajero, que va
a alguna parte y a un destino.
Vicente Van Gogh.*

He de tornar a la piedra,
al trozo de madera roída por el musgo y la lluvia,
al guijarro arrastrado por la corriente,
al estiércol que protege a las bestezuelas de las penas del invierno,
al ladrido del perro bajo el centelleo de la noche,
al gemido de la parturienta que ofrece vida de la muerte.
He de tornar al lodo,
al cauce desamparado,
para sentir el palpito —soplo limpio de la rosa—
de la podredumbre encendida por el pensamiento.



Poema de José María Cuéllar

(Salvadoreño)

Retorno del Hogar y de la Madre

I

Madre, un collar de corazones viejos
me sube hasta los ojos y estoy triste.
Hoy has llegado tú, con un ramo de flores lejanas.
Estás llena de nostalgia,
y el verano muere como un perro dorado a tus plantas.
Los niños siempre hablan de casas solitarias en secreto,
cuentan las telarañas
y sumergen las manos en las taciturnas pupilas de las charcas.
Se van una y otra vez a cubrirse de musgo,
en los ríos que pasan bordeando la cintura del pueblo.
Hoy has llegado tú con el recuerdo a ponerme más triste,
y al final, se han abierto tus labios en un arco de pena.
Hay niños que no saltan entre las luciérnagas,
y no tienen lugar de adormilarse en las faldas azules de la hermana.

Les duelen las cansadas espaldas de la madre
y la madera olorosa en que van hasta nunca los seres más queridos.
Les duele y huyen de los extraños que hablan de la muerte,
y buscan las mejillas llorosas de los niños,
ocultos tras el sepulcro inclinado de las puertas.

II

Madre, les llevaré una sonrisa en tu nombre
a los viejos amigos,
y les diré que estás bien, y que sólo te preocupan
los estirados huesos de la pena.
Recorreré en silencio los dilatados brazos de este pueblo.
Preguntaré en tu nombre por la hija de Juan,
aquella niña de ojazos de invierno y vestidos de otoño.
Como todas las casas son amigas,
penetraré a hojear un viejo libro
que hable de una santa de dorados cabellos.
Me quedaré junto a alguna columna misteriosa,
y allí besaré a la hija de tus viejos amigos y dejaré
que sangren sus labios con la aurora.
Después yo les daré el adiós y las manos en tu nombre,
y con tristeza me verá partir la hija de tus viejos amigos.



Poema de Ricardo Castro Rivas

(Salvadoreño)

Canción Hindú para Joan Baez

Shantiniketan
(paz de mi casa)
te espera
muchacha
con zumos de caoba.
Y así
tu pelo perfumado
(como parra de sueño)
descenderá en lamento
y duendes de metal
hacia ti misma
y tu guitarra
caracol sobre tu signo.
Después hacia nosotros
quedas inmóvil
en zona inmemorial.

Renaces desconocida
(mas tú siempre)
tenaz abeja clavada
dulcemente a la angustia.

Todo no está en el sueño
(ya que los ríos fluyen).
Acaso está en el polvo
de los ojos del ciego
que murió hace siglos
sobre los girasoles
y ahora es pez de niebla
en posesión del musgo
y la ceniza?

Sorprendido
despierto
y te veo
recubierta de azogue.
Te quedas rocío
al tocar una piedra
deseosa de luz
y fulgurar
(dichosa)
sobre el rostro perdido
de tu hermano Bob Dylan.

Sé que todo no es sueño
ni tampoco vigilia
cuando brota el zureo
a través de tu piel
como la tibia felpa
del durazno (que muerdo
y quedo prisionero)
feliz en tu latido.

Así retorno
investido de cosas
vecinas del mar.
Invoco el humo
(de pronto nada suena ni oye).
Escapo
y desnudo caigo
adentro de tus ojos.
Allí
la niña de sándalo
(Shantiniketan)
abre los brazos
y recibe mi llanto.

Licist.



Poemas de Ricardo Lindo

(Salvadoreño)

Ombre

Cuando en la tierra es noche
pienso en el oro rojo de tu silencio
en la niebla amarilla de tu mirada
quemando los objetos como una aureola.
Tan contenido rebaño de sombras,
secretamente iluminadas
y con tanto silencio.
En las faldas de los volcanes
los bueyes arrastran su arado
hasta la caída de la luz.
En tu vaso se vierte una sórdida paz
como negra quietud, y un canto ciego palpa en ti,
buscando la salida.
Pero no a ti sino a la noche escribo,
pues de ella hemos nacido como un oscuro pozo,
y no sabías que un horror profundo
bebías, y a un abismo terrible te acercabas
al derramar el semen que fructifica.
Ya a la noche quieta podemos alzar nuestras manos,

y sólo en esa quieta noche nos acercamos,
ojos claros a orilla del misterio,
pues entonces tus lágrimas,
grave y valiosa herencia,
brillan intactas en mis ojos.

Únicamente entonces, padre, nos acercamos.
Eres muy serio y tienes fe en las cosas,
pero yo tiemblo, y si bien soy poblado,
como tú, de silencios,
mis silencios son ásperos y no buscan la paz,
y no busco los nombres de las estrellas,
y mis ojos nublados de presagios, contemplan
una nube de símbolos que vaga.

En esa noche antigua toco tu mano vieja,
pues aunque no soñemos los dos el mismo sueño,
una misma pregunta nos roe de lo oscuro,
apura nuestros pasos de peregrinos, colma,
padre serio y lejano,
la cerrada medida de tu vaso y mi vaso.

Un río pasa el ojo del extraño

Uno quisiera guardar todo
pero no puede guardar nada,
entonces viaja y viaja y viaja,
y va como tú, viejo río,
un nombre entre los nombres,
aplicado a una cosa variable,
que no se detiene y no es la misma.
Edifiqué mi silencio en la arena.
El viento lo sopló y lo hizo volar.
El viento lo depositó en el agua.
El agua lo hizo navegar.
Escuché el grito de un pájaro oscuro,
y algo en mí tan distante, tan sombrío y amargo,
que me hacía imposible acercarme a las gentes,
compartir el amor, la amistad, el recuerdo.

Elevé velas pálidas
como hechas con el ala de una sábana triste,
fui lejos,
al azar del viento y de la espuma,
alcé
un canto contra el agua las lágrimas y el aire,
para protegerme del frío,
contra lo que no obtuve, y ya no es hora,
y el silencio angustioso,
y las noches en vela,
en mi pequeña cáscara de fantasma errabundo.
Y destruí las murallas de un extraño crepúsculo,
y luché contra el ángel.

Acaso tú lo entiendas,
río de palabras y luces y botellas vacías y ensueños y estropajos,
verde río de todos los días,
yo soy el extraño,
libre ahora y por eso más solo.

Los Caballeros del Grial

Oscura madre de todas las cosas
¿Fue usted acaso en su curso desviada?
¿O deslizó por el bosque infinito
en nuestras manos la quieta palabra?
Oscura madre de todas las cosas,
sombra o silencio, matrona de nada,
nosotros somos ciegos como locos,
vamos buscando la quieta palabra,
y sólo damos con nuestros botones
con nuestros cuerpos con nuestras miradas
con palimpsestos podridos y antiguos
y no hay respuesta a nuestra alma encantada.
Rojos fantasmas del vino
hojas de té en las manos del agua
acompañadnos en nuestra locura
de peregrinos en busca de un mito.

Espada de humo,
caballo de patas de palo y alas de hojalata,

hombre de hierro y hombre de paja,
acompañadnos.
Buscamos en vano la quieta palabra
en este bosque sombrío y antiguo,
vamos quemando la fiebre sin límites de nuestra mirada.

Brindis

El nuevo canto de la vida
elevémoslo a tu salud
soy triste y soy un extranjero
elevémoslo a tu salud
elevémoslo como un vino como un árbol como un cometa
como esa mirada que a veces trazamos hacia un cielo azul
como las tinieblas elevan los astros hacia la quietud
elevémoslo.
Un extranjero
caminando siempre
sobre la tierra
crea su vida
contra la eternidad y la nada
el sueño la inunda hasta sus límites
recrea el mundo su mirada
el nuevo canto de la vida
feroz y sin embargo bello
como los giros de una espada.

Ricardo Lindo

Poemas de Francisco Figueroa

(Guatemalteco)

Del Verbo Amar

No sé cómo decirte que te quiero...

Las palabras están por demás
si basta una mirada
para llegar a la profunda
palpitación del ser que siendo ajeno
nos lo apropiamos
con sólo ver adentro de sus ojos
y recorrer la delicada arcilla
en que la vida erige su bandera.

Basta un toque de manos
trasmisoras de sano calor,
vasos comunicantes
de nuestro pensamiento.
Y la aproximación reverencial
de la u pronunciada

en el “usted”
antecesor del “tú” que ya es un beso.

Amo la vida en Ti
múltiple y sola,
sin deslealtad ni celos
puesto que es amor puro
como el que Dios enseña
y el hombre-bestia aplasta.

Júbilo en el Duelo

María Tránsito.

Había un niño en ella:
corazón sin coraza
de par en par sangrando,
semilla de ternura en tiesto humilde,
en renegrida lámpara una luz interdicta.

El Dolor la hizo suya.

En sus labios estaba hecha sonrisa
la respuesta del inocente
a la tortura: ¿Qué, pues, he hecho yo?

Por el rescucio de su voz
nos llegaba su ser esencial
venido de Dios mismo,
su generosa luz.

Qué duro ascenso tuvo
desde lo hondo de la tierra,
desde el turbio seno del Hombre.
Qué penosa escogencia de lenguaje
para entregar su lumbre, su calor
en comarca de ciegos y fríos.

Al “Soy un yo” romántico
opuso el “Soy un todos”.
No le alcanzaban los brazos
para acabar de ser un árbol
que da su sombra y donde anidan aves.

Su ser se nutre ahora del no ser.
Su imperfección humana
se hace perfección angélica.

Era en la Tierra. Era . . .
Y ya en lo Eterno, es.

Blasfemias

*—a Teresita Arévalo,
que gusta de estas
formas de adoración.*

El burlador te ha ganado
como siempre
pues no alcanzaron tus males
a vencerme:

Me quitaste mis amores
mas me quedó su recuerdo.
Alejáronse mis fieles:
réstame mi soledad.

*

Te hicieron odioso, odioso
al servirse de tu nombre
para sus iniquidades.

Los ciegos te ven mejor
y saben de ti más cosas
los zafios, que no los sabios.

Si te fueran semejantes
mis semejantes
¡pobre de ti, pobre diablo!

*

Si comienzo a dudar
es porque creo verdaderamente.

Y lo que más me duele
son esas herodiadas
de mansos megaterios
y angelicales niños.

¿Para qué?

*

Imposible negarte.
Tú sí te niegas
poderoso impotente
para dejar de ser.

*

Dura duda dura en mí
que deja mi credo ileso.
De mi dudar soy confeso
y creo dudando en ti.

*

Unas veces
es tanta mi alegría
—tan inconmensurable—
que no sé qué
hacer con ella.

Otras veces
es tanto mi dolor
—tan hondo y persistente—
que me llena de gozo,
un gozo extraño.

Entonces sí comprendo
cómo es tu amor
sabiamente cruel.

Y creo en ti, dador
de gozo en la tristeza,
de alegría en la pena.

Francisco Giner



Miguel Angel Espino, el Poeta de Nuestro Mundo Mágico

Por Luis RIVAS CERROS

Alfredo Espino pedía con su tierna voz que no buscáramos dichas en suelo extranjero y a los poetas les recordaba que “el terruño es la fuente de inspiraciones”.

Alfredo y Miguel permanecieron fieles a ese principio de amor patrio. Fueron, en efecto, las voces dulces y suaves de la tierra natal con su candor bucólico las que tocaron sus delicadas sensibilidades, al contrario de un José Santos Chocano (el cantor de América) que amó igualmente nuestro paisaje pero en sus manifestaciones atronadoras, bravías, propias a su palabra épica, bronceada y sonora.

Miguel Angel traía, además, una carga de nostalgias ancestrales de amor a la raza, que le impedía ver nuestras bellezas naturales independientes de las dolencias sentimentales de nuestras gentes. Tierra y raza eran para él un mismo poema, un mismo sueño, un mismo dolor, como en la indivisible Unidad de un panteísmo lírico.



LUIS RIVAS CERROS

Desde niño, se sintió irresistiblemente atraído por nuestras leyendas, que amalgaman fantasías y temores, anhelos y frustraciones. No fue una casualidad que su primera obra fuese la “Mitología de Cuscatlán”, escrita a los 15 años. Y aquí, en ella, está la base de su personalidad artística. Desde entonces los años pasarían, pero todo lo que escribió salido de su corazón, todo lo que no fue escrito circunstancialmente, tuvo su raíz en aquella obra. Los estilos y los temas posteriores son ampliaciones, derivaciones, actualizaciones de aquel libro primigenio. Y de tal modo poseía definida esa su condición de artista que, alumno de Juan Uriarte, hombre de gran influencia en sus discípulos, no tenía nada, absolutamente nada de él; no así un Camilo Campos —compañero de Miguel en la Normal—, que sale directamente del ideario y de la retórica de don Juan Ramón.

No tuvo Miguel la frase altisonante o didáctica. Al contrario, su prosa se volvía queda como para hacerse más íntima y cargarse así de sentimiento, cual los murmurios de esos amantes que musitan sus penas al oído de la mujer amada...

Hay en él una sensualidad poética que se manifiesta con voces transidas de congojas atávicas, como el eco del canto de un pájaro apasionado y triste que fuese *su nahual*.

Si el crepúsculo de la tarde se enreda en las ramas del maquílshuat, sus matices opulentos se tiñen con una pincelada de tristura, porque nacieron del atavío policromo de la india que murió de amor.

Cuando el barrilete de las infantiles alegrías se le fuga para siempre hacia el infinito, es también la primera esperanza que se escapa de las manos del niño soñador.

Clorinda estaba enferma de hechizos. La atormentaban unos pájaros que sentía en el corazón. El brujo de la tribu, solemne e implacable, por curarla se los saca, y la infeliz enamorada se queda dormida eternamente, porque “su vida era la ilusión, el pájaro del hechizo que en cada amanecida le cantaba ensueños dentro del corazón”.

Aquella muchacha jamás reía, nunca tuvo amor. Un día, moribunda, el cura le anuncia el cielo en premio a su virtud. ¿Qué más quieres?, le pregunta el sacerdote, “y entre las sábanas de la muerte la voccecita rota respondía: un beso”.

La fantasía, la rica imaginación de nuestro poeta se desborda en metáforas e imágenes tan bellas como inagotables, centrándose siempre en el amor, el amor encadenado a la pasión, a las supersticiones, y sublimado por el dolor y la ternura, que aunque universales, Miguel Angel los fijó en matiz cuscatleco. De ese tema surgen sus criaturas melancólicas, aquejadas de penas amorosas, que siendo actuales las vemos centenarias, venidas del fondo de la raza.

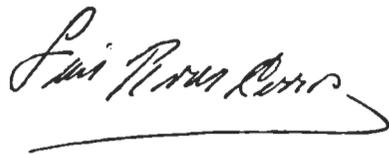
En la misma dimensión, con sabor a lejanía, vemos sus tecomates, sus carretas, sus ojos de agua, sus amates. Y es que el sortilegio de su prosa nos hace amar un mundo que está desapareciendo, sepultado por este progreso vertiginoso, como no se tuvo nunca, que va sustituyendo las viejas cosas, transformando el paisaje y hasta afectando nuestras vivencias sentimentales. Unidos a ese mundo por los vínculos de un Miguel Angel Espino, nos resistimos a perderlo y es entonces cuando nuestros ancestros avivan nostalgias milenarias y raciales.

Después, nuestro escritor fue orientando sus intereses hacia otras direcciones: "Trenes", "Hombres contra la Muerte", tienen ya otra temática central, pero siempre tocada por su estilo inconfundible, por ser muy personal.

En lo particular, Miguel Angel era un hombre sugestivo. Aunque no brillante externamente, su secreto consistía en que, en su persona física se sentían, aun en medio de cierto abandono y lasitud, trasuntos de su numen poético. Sus virtudes artísticas trascendían a su persona cotidiana. A poco se advertía en él al delicado poeta, hablara poco o nada. Por tales circunstancias era agradable para los amigos y el preferido por *ellas*...

Algo de nosotros mismos, como siempre que muere un amigo de juventud, se va con el deceso de Miguel Angel. Y en el recuerdo, asociados a él, pasan José Francisco Ulloa, Lisandro Alfredo Suárez, José Angulo, José Salvador Guandique, Rafael Cisneros y otros con quienes compartimos el vino cordial de la amistad.

El suelo de la Patria debe acoger amorosamente los restos de Miguel Angel Espino. Aquí reposan sus antepasados. Esta es la tierra de los dioses de su mitología, donde florece el maquilíshuat, donde cantan los panales, las aromas y los colores, donde vaga la Siguanaba burlándose de los enamoradizos, donde los Zipitíos perfuman las aguas en que se bañan río abajo las mozas, y donde el Justo Juez de la Noche administra justicia. Aquí vuelan los pájaros encantados que se meten en el corazón de las doncellas para cantarles ilusiones. Aquí están los brujos que curan amores tristes, las hechiceras que con invocaciones a deidades invisibles y ante la ansiedad de los amantes desesperados preparan filtros amorosos. Aquí está, en fin, todo ese mundo mágico nuestro, cuya poesía, por amarla tanto, nos la dio como nadie Miguel Angel Espino.



EL ANTI-ORNITOLOGO

(CUENTO)

Por Mercedes DURAND

Era el barrio preferido por los judíos residentes en el país. Vivían también —en edificios oscuros y húmedos— españoles inmigrados, italianos pobres y uno que otro ruso blanco.

La sinagoga se hallaba situada muy cerca del Parque España y era frecuente mirar a los Rabinos conversar con los niños y adolescentes —de gorras minúsculas— los sábados por la mañana.

A pocos metros —y en días domingos— la Iglesia de la Coronación se alborozaba con las voces matinales de los chicos que repetían la doctrina cristiana y rezaban a Nuestra Señora de los Remedios... ¡La cruz del calvario y la estrella de David eran —en aquel barrio— igualmente veneradas!

—Te lo he dicho cien veces, necesito SI-LEN-CIOOOOOO! Este maldito piso que hemos rentado tiene todo: mucho sol, muchos muebles, muchos li-



MERCEDES DURAND

bros y mucho, pero mucho ruido... Hace ruido el agua de la regadera, hace ruido Martina cuando prepara tu jugo de zanahoria, hace ruido el organdí de las cortinas, hace ruido el viento, hace ruido el llanto de nuestro hijo, haces ruido tú y tus pasos de avestruz, hace ruido ese idiota alemán cuando remeda ser el violín primero y silba la fastidiosa música de Wagner... Y lo peor de todo, lo más horrible —en esta categoría de ruidos— es el insoportable canto de unos pajarracos que no sé de dónde han salido... Mira Juliana, ya no soporto esta maldita situación... ¿o me procuras un profundo silencio o estallo...!

De un portazo, Diego Covarrubias, había salido al pasillo y bajado presuroso la escalera. En su carrera alocada tropezó con su vecina, la anciana filatelista polaca, y no respondió al ceremonioso saludo de la refugiada española que habitaba el apartamento situado exactamente bajo el suyo.

Caminó hacia la Avenida Nuevo León y aspiró la brisa mañanera. Abordó un autobús, se caló sus anteojos y se dispuso a leer la CRITICA DE LA RAZON PURA. Ensimismado en los paréntesis kantianos, no reparó en la trápala de dos beatas que criticaban la vida y milagro de la gente. Tampoco le molestó el cacareo de unas gallinas que viajaban amarradas en un canasto. Ni las estridencias onomatopéyicas de una pandilla de jovencuelos que hablaban del lanzamiento de la jabalina y del rock and roll...

Juliana cuidó de remediar todos los detalles. Temía cervicalmente la ira de su marido y lo compadecía por sus frecuentes insomnios, sus pesadillas y los repentinos cambios de humor. De modo que hizo llamar al plomero —a fin de silenciar la ducha—, ordenó a Martina que no preparara más su jugo de zanahoria, cambió la tela de las cortinas, juró arrullar —en todo momento y en todo lugar— al pequeño, fue a conversar con el alemán vecino y le suplicó que cambiase la hora de silbar a Wagner y con suprema resignación se dispuso a continuar el tejido de la bufanda que regalaría a Diego su marido, el catorce de septiembre.

Como se acercaban las fiestas patrias, el calendario oficial indicaba diez días de asueto para los empleados públicos y las personas en edad escolar. En septiembre el calor era sofocante y casi todas las familias gustaban de vacacionar en el mar, el rancho o la montaña. Por tal motivo el edificio quedó casi vacío...

Diego Covarrubias no volvió a tener un berrinche. Dormía bien, roncaba a todo vapor y amanecía con el mejor semblante del mundo. Besaba a su mujer, jugaba al “Aserrín Aserrán” con el niño y luego se encerraba, largas horas en su estudio, a *leeryescribir* a *escribiryLeer*...

Una densa nube de silencio lo inundaba todo. Juliana —previsora— se había comprado unas zapatillas con suela de goma y a la bulliciosa de Martina

la había despachado a la Terminal de Autobuses del Sureste para que fuese a descansar unos días en compañía de sus parientes.

—¡Qué rebuena es mi patrona! —monologaba la regordeta de la criada—. Me da diez días de descanso y la pobre se queda con todo el quehacer. ¡Si será tonta! ¡Allá ella y su cara de mártir!... Yo mientras, me aprovecho y ahora sí podré cantar y chiflar de lo lindo todas las “rancheras” que le dan tanta rabia al patrón...

Los días transcurrían con una tranquilidad de monasterio. Juliana tejía, zurcía, arrullaba, cocinaba, pensaba y sobre todo vigilaba que ni el roce del viento rompiera la paz hogareña construida a base de tanto sacrificio... Diego disfrutaba de aquel pesado silencio. Leía, monologaba, vivía... De aquella situación se sacaba el siguiente balance: cero pesadillas, cero insomnios, cero ruidos...

De pronto, con el impacto de un terremoto y la celeridad de un alud, Diego Covarrubias pasó la noche sobresaltado. Saltó de la cama, a la hora del alba y arrió el oído al piso. Corrió a la azotea y se encaramó sobre unos trebejos que le sirvieron de montículo. Bajó a su cuarto, con ojos desorbitados, espío hacia el piso inmediato inferior y los descubrió in fraganti... ¡Sí, allí estaban, y lo grave era que seguían gorjeando...! ¡Eran dos aves de plumaje amarillo y pico menudo! Suspendidos en una pequeña barra de metal y celosamente guardados en una jaula, saludaban al día con su canto mañanero...

—¡Ajá! Conque son canarios los malditos pajarracos que me derpiertan justo cuando voy a dormir! ¡Y qué osadía, eh, la vieja española esa los ha puesto exactamente bajo mi dormitorio...! ¡Ah no, ya voy a ingeniarle cómo hacer sonar su sonata estúpida!... ¡Siquiera se hubiesen ahogado de calor o el mar los hubiese tragado definitivamente...! ¡Ay, desgraciado de mí... sólo diez días me dejaron vivir tranquilo...! ¡Canarios... bah, pamplinas de pajarillos melodiosos! ¡Son pájaros con instintos sádicos, se complacen en destrozarme mis nervios y destruir mi sueño!... No hay alternativa... Deben desaparecer... ¡Deben Morir!

Diego Covarrubias pidió licencia para no asistir, durante una semana, al Instituto de Altos Estudios. El insomnio hizo presa fácil de él. Su carácter se agriaba cada día más. Martina, atribulada por el estado del patrón, acudió al mercado de hierbas y preparó a Diego toda suerte de pócimas... Lechuga, hojas de aguacate, tilo, adormidera... Un día intentó —en el colmo de la desesperación— conseguir broza de marihuana a fin de procurarle el sueño...

Diego Covarrubias, sudoroso, enfebrecido, rabiaba contra los pájaros... Se armó de una hondilla y desde su ventana acechaba el momento de lanzarles bolitas de acero y piedras afiladas... Disparó ocho bolitas y ninguna dio en el blanco... Iba a arrojar la siguiente y de pronto se escondió medroso y asustado... Era que la prudente española, retiraba la jaula a fin de que los

canarios no recibieran, ningún daño. ¡Una tormenta de las bravas amenazaba caer con todo su cargamento de rayos y centellas!

A la mañana siguiente, la devota valenciana fue a oír la Santa Misa y Diego, que espía absolutamente todos los movimientos de la gente de abajo, aprovechó la esperada ocasión para lanzar a los canarios una jarra de agua hirviendo con gotas de estricnina... Apretó los ojos —para saborear mejor su hazaña— y vertió todo el contenido de la jarra... Luego cerró las vidrieras y se retiró rápidamente del lugar...

Satisfecho fue a desayunar. Bebió varias tazas de café, comió tostadas y se encerró en su estudio.

Esa noche durmió como un lirón. Amaneció feliz y despreocupado. Ningún canto de pájaros turbaba su estado de ánimo. El había quitado, con su propia mano, el canto y la vida de los pájaros. Su alegría era plena, total, definitiva. Se guardó bien de manifestarla. De pronto, la española del piso de abajo llamó insistentemente a la puerta. Las lágrimas y los gemidos de la señora eran desesperados. Diego se dispuso a consolar, hipócritamente, a la vecina. Contempló su rostro, en el espejo de la sala, para ocultar su aire de hombre feliz y adoptar uno de solidaria pena.

—Señor Covarrubias, esto es irreparable... Imagínese lo que me costó cuidar de mis canarios. Me los trajeron de España, estaban vacunados y los auscultaba semanalmente el Veterinario. No creo que sea cierto el terrible fin que han tenido mis primores y cuidados...

Estalló en sollozos y lloriqueantes explosiones. Diego, prudente, consolaba a su angustiada vecina...

—Es imperdonable... No debí asistir a misa... Fue en esos momentos... Estoy más que segura...

(Nueva inundación de gemidos y lágrimas... Sí, Diego sabía mejor que ella a qué hora y cómo había sido...)

—Pero, oiga usted... ¡Qué descuido...! Esa criada nueva fue la culpable... Cuando me fui a la iglesia dejó abierta la puerta de la jaula y sabe, los canarios se fugaron... Pero, mire usted, qué maravilla... Ahorita los acabo de localizar... ¿No los ve usted?... Allá están ellos... Pobrecillos... Se han instalado en la rama del árbol que da a su ventana... ¡Menos mal que siquiera los voy a escuchar, por las mañanas, cuando canten para saludar el día!...

¡Aquello era demasiado para Diego Covarrubias!



LA BLATA

(CUENTO)

Por Claudio ARENAS

No sé cómo comenzar. No sé siquiera si coordino bien mis ideas. El cerebro pareciera escurrírseme por la nuca y diluirse a lo largo de mi espalda como gotas de amoníaco. Pero haré lo posible, señor. La cosa es que aquel día, no sé cuál día, no sé si de esta semana o de aquel mes, salí como siempre a mi trabajo. Llegué a la librería, pues debo decirle que trabajo como empleado en una librería, con una sensación extraña: un dolor agudo en la boca del estómago y en los costados y un aplanamiento frontal; sí señor, un aplanamiento frontal. Mi conciencia era presa de un aniquilamiento perverso: “Eres una cucaracha”, escuché que me decían al oído. Volví la cabeza y me encontré con mi patrón. “Decía”, le pregunté. Escupió (es su costumbre escupir cuando fuma) y sin responderme se dirigió a un anaquel de literatura médica. No sé por qué me molestó que escupiera ya que siempre hace lo mismo al verme. En mi escritorio tomé un libro de pasta roja con grandes letras doradas en que leí *The Insect*. Aventé el libro. Claro, yo aborrezco el inglés, quizás porque me molesta no entender las pláticas que a diario mantiene mi patrón con el Agregado de la Embajada Inglesa. Con manifiesto desasosiego tomé el cortapapel, un instrumento agudo. Me presioné con la punta la palma de la mano. Lo hice por obedecer una imperiosa orden que escuché de hacer daño, de dañarme. “Te llenaré de culpas”, oí en suave pero punzante susurro. En mi mano asomó una gota de sangre que creció vertiginosamente hasta convertir-

se en un gigantesco globo colorado. Fue entonces que mis órbitas —rojas y anegadas como mares en coagulación— huyeron de mí y se posaron sobre unos bucles color oro nuevo. Una niña que apretaba sus once años madurados prematuramente, hojeaba una revista de muñequitos cerca de su madre. Temblé. Sus ojos grises eran extraordinariamente idénticos a los de ella; el recuerdo asomó un instante como una cuchillada veloz. Salté de la silla violentamente. “Todos son unos idiotas”, le grité a mi patrón. “Te llenaré de culpas”, volví a escuchar en leves lengüetazos sobre mis tímpanos. Tuve la impresión de que algo iba a ocurrir. Salí a la calle. Me deslizé por la avenida con una pesadez rara en mis hombros. Sentí una cólera inexplicable cuando estorbó mi paso una mujer inválida con un niño en los brazos. “Maldita civilización”, me dije, “le impide a uno hacer lo que desea”. Las llantas de los vehículos se achicharraban al friccionar con el pavimento caliente. ¿Pero por qué hablo tanto para decir algo tan simple? El camión hondureño, grande como un grotesco elefante, se acercaba. El ruido era insoportable. Sentí que no tenía salvación. Algo ocurriría. “Te cargaré de culpas”, escuché encima del ruido producido por el Ford. Dos cuerdas tiraron de mis párpados hacia abajo. Cuando se acercaban las cuatro ruedas gordas del camión sentí un deseo extraño, instantáneo, de ser héroe. “La salvación de sus semejantes es un imperativo”, me zigzagueó la frase como culebrina sobre el pabellón de mi oreja. El camión aplastó a una peluda y torpe cucaracha que salía del tragante. “Qué crimen”, dije en voz alta, profundamente condolido. El agente de policía que me escuchó me miró de un modo enigmático, sin darle yo motivo. De súbito, el miedo se me metió con fuerza. Caminé y entré en un bar, me arrastré temeroso de que me aplastaran. No quería humillarme ni pedir perdón. Perdón, ¿por qué? Mi angustia era insoportable. Un hombrón de un metro de alto entró al bar. “Este me aplasta”, pensé y me escondí tras un pilar. Salí de prisa. Llegué por fin a mi casa, sin habérmelo propuesto. “Amarren los gatos”, grité por la ventana antes de abrir la puerta. Me hubiera dejado cortar una oreja por encontrar a mi mujer con aquella su placidez maternal, muy de ella. “Te veo aplastado”, me dijo, mirándome fijamente. Deseé abofetearla pero no lo hice. Me encerré en mi cuarto. Tomé la biblia y sin entender nada releí unas páginas del libro de Job. Unos toques a la puerta me hicieron volver la cabeza. Sentí que la frente se me aplanaba más. Me vi al espejo: toda mi cabeza iba adquiriendo una forma achatada como tapadera de olla. Fue en ese instante cuando sentí que el dolor de los hombros y la pesantez que había sentido desapareció y comenzaban a crecerme alas. Me alegré un segundo. “Volaré, volaré”. Fue sólo un segundo. Sí, señor, no haga usted ese gesto de incredulidad, unas tostadas alas color caoba me crecían, pesadas y ásperas. La puerta se abrió con brusquedad. Hice un inútil esfuerzo: las alas permanecieron en su puesto, pesadas y torpes. Tres hombres colorados llegaron a la orilla de mi cama. “Canalla”, gritó uno, creo que el tendero de la esquina.

“Amárrenlo”, dijo el otro. Eso es todo señor, Ah, y mi mujer, con ojos terriblemente extraños me susurró “increíble”, al tiempo que me lanzaba a la frente, aplanada ahora totalmente, un breve paño manchado de pintura ocre o quizás de sangre, no sé... o de vergüenza... no sé. Eso es todo señor, júzgueme usted. Le confieso que tengo pánico, un miedo de puñales fríos me taladra el muñón de las alas. Júzgueme usted, júzgueme, pero por favor haga a un lado esa su enorme bota lustrosa, no me vaya a aplastar señor...

“ULTIMO MINUTO.—En extraño fallo fue ordenada la libertad de N. a quien se le imputaba gravísimo delito contra el pudor en su menor hija. En la parte pertinente dice la resolución: “... por tratarse del más repugnante de los insectos condénasele a arrastrar todo el peso de su triste existencia por una larga vida y déjesele en libertad...”

Claudio Arenas



LA NOVELA DE ANTON

(CUENTO)

Por Tirso CANALES

“Tienes que escribir esa novela”. “Debes escribirla necesariamente” —era la voz del imperativo propio, escuchada, sin tregua por Antón—. No obstante, él siempre admitía aquella perenne sugerencia como una obligación ineluctable.

—¡Sí!... ¡Es verdad, debo escribirla!... He llegado a la plena convicción. Después de meditar largos años sobre el asunto, me he percatado de que no me queda otra salida. Mejor dicho, esa es la solución única y lógica. Escribir... escribir... ¡Ah...! ¡Cómo voy a gozar escribiendo mi novela! ¡Tendré la oportunidad de vivir miles de veces el mismo instante! El bello y doloroso instante siempre estará a mi alcance y será mi espejo. ¡Este sí será un perfecto goce! ¡Dichosas mis manos, mi cabeza y la realidad que bebo! ¡No todas las personas pueden aspirar a un privilegio como éste! Generalmente los individuos viven su instante una sola vez. ¡Ah!... ¡Un mo-

mento! ¡Aquí hay algo más! ¡No todos los individuos viven su instante! Estoy persuadido de ello... Vivir el instante significa tener conciencia de que se le vive... ¡Eso es!...

Estoy convencido: hay gente que vive, únicamente porque no está muerta. ¿Lo sabrá esa señora que acaba de abordar el autobús trayendo de la mano a su pequeño hijo? ¿Vivirá su instante este hombre sentado delante de mí? Parece tan ausente del mundo que ni siquiera el movimiento del vehículo que nos transporta logra imprimirle un poco de cadencia. Su cabeza fija sobre sus hombros me recuerda una protuberancia de granito. Esta muchacha de vestido celeste que viaja sentada a mi lado, no vive su instante... Estoy seguro de ello. La he venido observando desde el mismo momento en que abordé el bus. Me ha llamado la atención: es bonita, atractiva. Según parece no pasa de ser *una secretaria más*, como hay miles. Desde que se sentó a mi

lado no ha hecho sino examinarse cuidadosamente las uñas. A decir verdad, tiene uñas delicadas. Mejor dicho, un delicado color de rosa pálido se ha convertido en uñas de señorita. En las tolvas de las caracolas marinas se repite exactamente ese color.

Por un momento he llegado a creer que el agradable olor a sándalo que llega a mis narices brotaba de esas uñas de suave color, pero no es así. Lo he comprobado. Cuando el autobús frenó con cierta brusquedad he aprovechado para comprobar mi hipótesis. Deliberadamente fingí que dormía e hice que el efecto del repentino frenaje del vehículo me impulsara hacia ella. Me recliné súbitamente sobre su pecho... ¡Qué suavidad de musgo tiene el pecho de esa señorita! De la manera más galante me he disculpado. Nada me dijo, tan sólo me regaló una leve sonrisa. ¡No!... No son las uñas las que despiden el delicioso aroma. No recuerdo en qué calle o pueblo del mundo he sentido antes ese mismo perfume. Por un instante casi he creído que esa olorosa esencia la sentí en algún sitio de París. No sé con precisión en cuál. Pero también me come una duda: a lo mejor fue en el Cáucaso oriental, tal vez en Gagra, en el poema-ciudad de las riberas del Mar Negro... No lo sé...

—¡Qué bobo soy! Por venir pensando cosas bellas no me he percatado de esta realidad vulgar: ya el autobús llegó al final de su vía y soy el único pasajero a bordo. ¡El vehículo está detenido! Debe haber llegado aquí hace ya varios minutos. ¡Pensar que veinte minutos antes yo debía haber marcado mi tarjeta de entrada al trabajo! ¡Y ahora... ¿cómo voy a explicar mi retraso en la Oficina? La otra vez, hará unos diez días, me ocurrió casi lo mismo. ¡Qué estúpido soy! En aquella oportunidad debí contarle cualquiera historia al gerente para justificar mi tardanza. ¡Pero no! Le conté la verdad. ¡El hombre se puso furioso! Me re-

prendió fuertemente. Después, me interrogó con brusquedad diciéndome: “¿Es usted cajero del banco o novelista?”

—¡El banco —dijo en aquella ocasión— necesita hombres de temple acorado. Que se muevan como una pieza absolutamente indispensable colocada dentro de la maquinaria del reloj! ¡De lo contrario esto no funcionaría! ¿No lo comprende? ¡Los minutos que usted debe trabajar en nuestra institución están calculados uno a uno!... ¡Ni novelistas ni poetas!

Yo, por mi parte, no hice en aquella oportunidad sino quedarme callado. Todas me las tragué. Inmediatamente dediqué mi atención a los clientes del banco a través de mis funciones de cajero. Ahí encerrado, en ese compartimiento absurdo de mi caja, he pensado muchas veces acerca de la ofensa inferida a mi espíritu de novelista. Estar espionando el mundo por una ventanilla es duro ejercicio. Los clientes llegan. Meten la mano con sus papeles o dinero. Miro, cuento, pongo el sello. Firmo. Realizada la operación. ¡Ni una palabra! ¡Esa es toda mi labor!... ¿Qué soy yo?... ¿Una rata metida en este agujero estúpido de mi ventanilla?... ¿Nada más que eso? ¿Para qué diablos cayó en mí este grano de sensibilidad que tanto amo, y que hoy vaga huérfano y detestado como una peste? ¡Para nada me sirve!...

Bueno... después de todo ahora debo volver al banco. El tiempo retrasado suma ya cincuenticinco minutos. Debí entrar a las 2 menos cuarto. Ahora faltan solamente 20 minutos para las tres. A esta hora, por lo general, el banco está lleno de clientes... ¡No! ¡No vuelvo más!... Es decir, iré únicamente a entregar mi renuncia *irrevocable*, y a pedir mi solvencia de hombre honrado... Lo que soy yo, no aguantaré más otro regaño del gerente ni de nadie... ¡Me voy! ¡Oh, libertad! Tengo otras cosas que hacer. Debo escribir mi novela. Esto es vital para

mí. Debo escribirla. Siento en la sangre el llamado del arte. Esa voz no me deja hacer nada. Constantemente me está martillando la cabeza, “debes escribir tu novela”. “Es necesario que la escribas”. ¡Tengo que escribirla!

Francamente, no sé cómo es este gerente. Me presenté decidido a renunciar de modo irrevocable y esta vez no quiere aceptar mi renuncia. Y como si eso fuera poco, hoy dice que sentiría mucho mi retiro. ¡No comprendo! La otra vez por sólo diez minutos de retraso me llamó fuertemente la atención. Amenazó con despedirme en cuanto hubiera motivo. Hoy, cuando soy yo quien desea dejar el banco, el gerente no está conforme con mi decisión. Pero no puedo seguir así. Me quedo de cajero, expuesto a los caprichos temperamentales del gerente o me marcho a realizar mi sueño. Mi novela es necesaria. Las mil veces que me he propuesto vivir el mismo instante debo sentir las con todo mi cuerpo y plasmarlas en el papel con tinta imborrable. Después, nadie me perdonaría el no haber cumplido mis intenciones maduras durante tanto tiempo... ¡Sí...! ¡Largo ha sido el tiempo!... ¡Años de perenne tramar en el cerebro la cuestión, sin atreverme a cumplirla! ¡Nol! ¡Eso no puede ser! Yo mismo, pasado algún tiempo, no podría perdonármelo. ¡Quizá hasta me convertiría en mi propio verdugo!... ¿Con qué palabras voy a contar a mis hijos que tuve un sueño largamente urdido y jamás realizado? ¡Debo actuar como hombre definido!... ¡Tonto sería ceder ante cualquier sentimentalismo del gerente!... Mi sueño es considerado por mí, como algo capaz de imponerse y persistir, no ante pequeñas tormentitas, sino ante borrascas colosales, o ante el tiempo mismo. ¡Oh!... ¡El tiempo!... Hoy mismo, en cuanto salga de este maldito encierro, donde estoy atrapado como un insecto más, pondré definitivamente mi renuncia. Si por cualquier circunstancia me siento coaccionado o

influido a no renunciar, me consideraré ofendido. ¡Ya está!... ¡Amenazaré con hacer pública mi renuncia para tener base legal el día de mañana, al llevar este asunto hasta los tribunales, si eso es preciso. ¡Ah, pero si actúo de esa manera también encuentro dificultades! Me vería obligado, por el propio procedimiento, a revelar mi secreto, y entonces no tendría objeto ni siquiera pensar en renunciar. ¡Estoy atado a mi martirio como un cordero!

—¿Pero no crees que mientras tanto, debes ahondar un poco más en el plan de tu novela? ¿En las incidencias del desenvolvimiento? ¿En la forma de vida de los personajes, en los hilos de la trama? ¿En la psicología de esos seres a quienes piensas dar vida en una estructura artística? ¿Cómo piensas escribir tu obra? ¿Clásica antigua o clásica moderna? ¿O quizá piensas valerte de la antinovela? ¿Quién será tu guía? ¿Stendhal, Chéjov o algún novísimo?

—Ninguna de las cuestiones interesantes que has enumerado me hace falta considerar. Todas ellas se han tomado en cuenta. En cuanto a lo que se refiere a la estructura de mi novela, es algo que no puedo confiarte, pues constituye parte de mi éxito de novelista. Los personajes ya están caracterizados: llegaron de la vida a mi cabeza. El argumento está definido con bastante precisión. El espíritu de esos seres queridos ya vive plenamente, realizado en mi conciencia. ¿Sabes? Me he preparado muy bien para ser buen escritor y deseo que nada falle a última hora.

De la misma manera que lo hacen las más importantes cancillerías, las más cuidadosas, para causar buena impresión con sus actos protocolarios, yo también he realizado un ensayo general con mis personajes. Desde luego, tú no ignoras las ceremonias de palacio. Las cosas ahí se miden segundo a segundo, de modo que todo resulte perfecto. Pues eso espero hacer en mi novela. ¿Entiendes? Ya está estructurada y ensayada. Los personajes han sa-

bido demostrar lógica y realismo en sus actuaciones.

En cuanto al maestro que me servirá de cicerone, también lo he estudiado y aprendido. Ya compuse varias veces su biografía, su comportamiento personal, sus costumbres íntimas. Conste, no se halla entre los maestros de la novela que has mencionado. Tampoco es un antinovelista. Mi novela —¿entiendes?— debe ser algo distinto de cuantas novelas se hayan escrito hasta hoy. ¿No lo crees? ¿Piensas que peco de inmodesto? Te equivocas. Yo también tengo lo mío, lo propio, y no perderé la oportunidad de manifestarlo. Además, comprendo mi deber con suma claridad: debo aportar algo raro, original, a la literatura... Un estilo diferente, la renovación de la prosa castellana. Actualmente está seca, desvitalizada. Carece de precisión y de contenido profundo. Las cosas se dicen de modo ambiguo, y nadie sabe a qué atenerse. ¿Ves cómo tengo razón? Es necesario renovar. Si tú miras a tu alrededor verás inmediatamente que no hay ni un solo aspecto de la vida que no deba renovarse. Por lo que a mí se refiere, estoy completamente seguro de que se impone renovarlo todo. ¿Dudas? ¡Allá tú! Yo cumplo con mi deber. Es la vida... ¿Entiendes? Mi novela será mi novela...

—¡No señor gerente! No renuncio para aceptar algún cargo en otro banco. Estas ofertas de mejor empleo se quedan cortas con mis intenciones. Me retiro a mi casa, al silencio, a la tranquilidad. Los quince años trabajados aquí en este banco han creado cierta rutina en mi modo de vida. Sería difícil ignorar eso. Pero no es conveniente que yo desista de mis propósitos. ¡Me voy!... ¡Algo me llama a mi propia autorrealización!... ¡Necesito encontrarme a mí mismo a través de la vivencia de mi instante! ¡Actuar es necesario!...

Aquel maldito edificio ya pesaba demasiado sobre mis hombros. ¿Qué era

yo? ¿Mítico atlante cargando sobre mi espalda una mole deshumanizadora?... ¡Pues bien... eso terminó! Espero que no sea para siempre...

Todo está listo, tinta abundante y abundante papel... La mesa donde habré de vivir lo que viviré no es incómoda. Es mi vieja mesa de formica y aluminio. Aquí trabajaré. ¡Ah... pero ante todo hay que ser pulcro! Así lo mandan las leyes que rigen la profesión del escritor. Por lo mismo, son necesarias serenidad y acción. Las manos deben estar limpias para tocar la verdad; la cabeza fresca para penetrar en lo profundo; el corazón ardiendo como la llama del primer suspiro; el pensamiento dispuesto para calar en las honduras del espíritu; los sentidos atentos y obedientes al disfrute cabal de la conciencia; la voluntad animosa y la lógica clara. ¡Ah!... Un poco de higiene es factor de primera importancia en estos casos. Ya está lejano el tiempo de los poetas melencólicos y barbónicos... La bohemia romántica también es ya cosa del pasado. De modo que tomaré un baño. Me afeitaré... Algo de loción... Talcos...

¡Qué bonita la tarde para empezar a cumplir mi propósito! Está llena del sol luminoso de invierno. ¡Aquellos nimbos blancos como inmensos algodones no están mal como parte del paisaje que debo describir. La cordillera lejana e irregular, cubierta por su leve azul. El cielo abierto para las alas infinitas, y yo junto a esta pared manchada por la pena. Tu retrato en mi mesa... Libros escogidos. Una garza de cuerno de buey labrada por las manos de un preso. Un cuadro con la niña de vestido amarillo y su cesta plana con flores de color veranero. La cama donde duermo o descanso. Un conejito de porcelana de Ulan Bator... Dos enormes naranjas verdirrojas.

Todos aquellos elementos habían sido tomados en cuenta para el primer capítulo. Uno de los aspectos que más cuidé, fue el que se refería a la

presentación de los personajes. Así empecé mi trabajo, mejor dicho mi sueño. Mas la tarde llena de luz fue poniéndose oscura. En el lugar ocupado hacía poco por blanquísimas concentraciones de sol, ahora había negros nubarrones. Todos los ámbitos se fueron llenando de tinieblas. Como un rayo negro volaba sobre aquella tarde un gran albatros presidiendo la tempestad. Las ondas sonoras llegaban desde la profundidad distante, con raras tonalidades envejecidas con milenios y milenios-luz... Empezó a llover fuertemente. No paré de escribir aunque los truenos se sucedían intempestivos... Podía escuchar cómo mi pluma rasgaba velozmente el papel. Una cuartilla, otra y otra...

Cuando yo era chico no temía a las más furiosas tormentas, ni a los rayos. Ahora, al filo de las doce de la noche, siento un miedo terrible. ¡Debo superar esta crisis! Tengo ante mí una tarea más grande que una montaña. Escribir mi novela es algo grande... Bueno, por algo es un mandato del espíritu.

¡No puedo más!... Descansaré. Esto es un *shock*, sin duda. ¡Es necesario descansar!... Desde el día en que empecé a realizar mi sueño hace ya mucho tiempo me he bañado y afeitado no sé en cuántas ocasiones. ¡Docenas y docenas de veces!... A estas horas todas las papelerías están cerradas y no es posible continuar escribiendo! ¡Se acabó el papel!

Creo que en todo caso es mejor descansar y recordar un poco los elementos de la siguiente parte...

He realizado desde hace cinco años, cuando inicié mis labores (soñando lo que iba a hacer) dos terceras partes de mi novela. Esta constará de... bueno para qué decirlo. No hace falta. Lo esencial es que la novela esté organizada lo más pronto posible, pues el editor me la está pidiendo, exigiendo. Por más que el muy terco se ha empeñado en conocer el contenido,

la trama, los nombres de los personajes y otros elementos, no ha logrado ni logrará nada de mí. No se lo diré todavía...

Por mucho tiempo he estado casi convencido de que debo corregir lo escrito. Mas no me animo. Pienso que todo está dispuesto de la mejor manera, y no debo suprimir ni agregar nada: ni siquiera una coma.

¡Nuevamente sin cigarrillos! ¡Es fastidioso! ¡Qué clase de escritor soy yo, si no tengo cigarrillos!... ¡Y el jarro de café vacío!... ¡Vamos —me digo— no te desalientes! Otros con menos talento que tú han triunfado. Tú conoces la vida, la penetras... Tienes capacidad de análisis, condición indispensable en un buen novelista. Haces lo que los demás no pueden hacer: ir más allá de los sentidos.

—Estoy muy contento contigo. Me has guiado muy bien por la vida. ¡Imagínate!... Jamás pensé que yo sería importante, y menos un personaje de tu novela. Me siento más emocionado, sabiendo que soy uno de los personajes centrales de tu obra. Sé que haces todos los esfuerzos requeridos para escribir una novela seria, de profundo contenido. Pero desde hace días me obsesiona una inquietud. Quiero preguntarte: ¿cómo lograste meterme en los laberintos por donde me has llevado? ¿Por qué me has puesto a jugar el papel de ese personaje?... Estoy seguro de que es a ti a quien correspondía desempeñarlo. No a mí. Mira: presiento que no llegaré al final. Ese papel que me has asignado es cruel, es doloroso. Hasta hoy he sacado fuerzas de mi flaqueza para no hacerte quedar mal con tus lectores. Pero te prevengo: sería más conveniente buscar otro individuo para tu actor. Mi dimisión es inminente, pues tal como las cosas se van desenvolviendo, me esperan momentos muy duros. Creo que hasta moriré. ¡Yo no quiero morir! ¡No quiero morir todavía! Anoche derramaste lágrimas sobre el papel escrito. Antes,

hiciste algo parecido. Has llorado bastante sobre mí. ¡Aguantar esto por más tiempo, me es imposible!

Por otro lado, la muchacha esa, la que me has encomendado conducir en tu novela, se está volviendo neurótica. Me asusta con su histeria. ¿Te das cuenta cabal de lo que pasa? Muchas veces el corazón se me ha reblandecido. Ella es demasiado tierna para mí. Yo no quiero seguir a su lado. O la cambias por otra muchacha que se adapte a mis sentimientos, o me escaparé de estos papeles. Ya estoy cansado de lo que hacen conmigo, tú y ella. ¡Bonita tarea la de aguantar a los dos!

—¡Un momento! ¡Un momento! ¡Si te atreves a insultar no respondo de mí! ¿Comprendes?... ¡Tienes que seguir adelante. Debes actuar como yo quiera, y hasta que yo quiera!

—Veo que eres cruel Antón. ¡Estás deshumanizado! ¡No por casualidad fuiste empleado de banco durante quince años! ¿Crees que soy una calculadora para que me manejes a tu antojo? ¿Crees, de veras, que me llevarás como a un niño por donde tú desees? ¡Te equivocas! ¡Yo he nacido libre y no seré por más tiempo esclavo! ¡O me sacas de tu novela o...!

Estoy a punto de terminar mi obra. ¡Qué feliz soy! ¡Mi sueño casi está plasmado! He vivido tantas veces el mismo instante. Me siento enternecido. Colmado de ilusiones extraordinariamente bellas... casi mágicas...

¿Y ahora qué? ¡El revoltoso ese, se negaba a seguir adelante! No quería actuar más. Hoy, como ya es un importante personaje de novela, pone sus condiciones: él desea guiarme a mí, y no yo a él. ¡Vaya! ¡El muy descarado ya no recuerda cuando lo recogí en un barrio pobre, casi muerto de hambre y humillado por todos! Pero no saldrá con la suya. Lo obligaré a que actúe, y deberá hacerlo a mi modo, tal como está previsto en mi plan. Irá a donde yo quiera llevarlo.

—¿Pero qué es lo que has hecho, desgraciado? ¡Por qué has dicho eso?... ¡Bien sabías que ese parlamento no debía expresarse en la forma en que lo has expresado! ¡Has cometido un crimen! ¡Has pronunciado *el nombre sagrado*! ¡El nombre de ella! ¡El nombre que yo jamás había dicho en alta voz! ¡Nadie más que tú sabía *ese nombre*! ¡Lo has echado a perder todo! ¡Y lo has hecho adrede! ¡Mi sueño deshecho por tu sucia boca! ¡Maldito seas miserable! ¡Pero no te saldrás con la tuya! ¡Nada me importa ya!

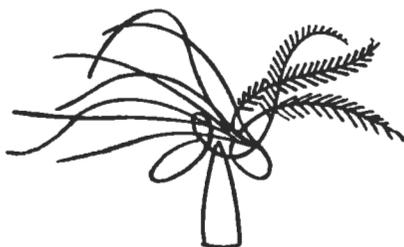
Así fue cómo aquel hijo mío, el personaje creado por mí, me traicionó. Lo recogí de un barrio pobre de la ciudad de San Salvador. Lo puse a actuar junto a mi *novia eterna*. Se enamoró locamente de ella. Cuando no pudo seducirla y conseguir sus propósitos, gracias a la fidelidad que me guarda, decidió vengarse de ella y de mí. Confabuló a los demás personajes de mi novela y derrumbó para siempre mi sueño. Actuó de manera voluntariosa. Abusó de mi confianza. Yo, atenido a su lealtad, nunca corregía lo escrito. Por eso dijo parlamentos a su modo. Preparó poco a poco situaciones que no estaban en el plan de la obra. Creó conflictos innecesarios. Mató personajes por la mera ambición de sobresalir. Envileció el alma de no pocos de mis hijos. He ahí el resultado de confiar de antemano el secreto del autor a un personaje de su novela. ¡Traición! ¡Sí...! Eso es: traición.

Aun después de toda aquella desgracia seguía en mi cabeza la idea de realizar mi sueño. Dichosamente se me acabó la tinta y no fue posible seguir escribiendo. Me puse triste. ¡Jamás me he sentido más triste en mi vida como entonces! ¡Yo quería decir algo, gritar terriblemente, mas no podía!... ¡Me sentí como el último de los hombres!... Sin embargo, todavía me quedaba la última posibilidad de rescatar

mi *felicidad lejana*, personaje central de la novela, y nombre con el que siempre he designado a mi eterna novia, para no revelar su nombre verdadero. Nadie lo sabe aún, excepto el pillo ese que se escapó de mi pluma. ¡Mejor dicho, lo sabía, *porque murió llorando y pronunciando el nombre de ella*... ¡Yo no podía dejarlo vivo! Cuando se me acabó hasta la última gota de tinta, todavía quise seguir adelante, escribiendo con la pluma seca. Me conformaba con trazar rasgos en el papel, con la esperanza de repintarlos algún día. Mas me di cuenta del grave

peligro que aquello significaba para mí. Entonces decidí inutilizar la pluma clavándola en la mesa, en los ladrillos del piso. Encendí una hoguera y quemé todo... Absolutamente todo lo que había escrito en 2295 días correspondientes a nueve años justos.

Por fin puedo poner a salvo el honor *de ella* y el mío... De modo, Señor Editor, que ese fue el final de la novela que usted quería publicar con carácter exclusivo. Algún día volveré a probar suerte. Aunque dudo que me alcance la vida para terminar de vivir.



Yo, El Monasterio y Yo

Por Ricardo AGUILAR HUMANO

I

En el monasterio donde vivo, que no pertenece a ninguna secta o religión conocida, practicamos fugarnos a la luna o a los planetas cercanos. Nuestro maestro y yo creemos haber encontrado un boquete en nuestra piel, el cual tiene forma circular y es de color cambiante como nosotros mismos. Según la leyenda, los antiguos pobladores de estas tierras poseían el secreto de ese boquete en la piel, pero marcháronse dejando ruinas y misterio. Cuando llegó el hombre europeo, blanco y fanático, mataron a los guerreros que sabían el secreto. Por eso ha permanecido inalterable semejante enseñanza.

El maestro mayor del monasterio, cuenta la historia de un hindú que decidió meditar el silencio y lo hizo por treinta años. La gente acudía a verlo, esperando el día de su retorno a la palabra. Hasta que un día levantó el brazo y sus músculos expresaron casi una palabra. Bajó el brazo y continuó en silencio. Al otro día, el sirviente que le llevaba la comida, tratando de llamar su atención, movió el brazo de la misma manera que él lo había hecho el día anterior. El hindú volvió la cabeza, levantóse y con un filoso cuchillo, amputó todo su brazo. La enseñanza de este tipo es la que me agrada; por eso celebro estudiar en este monasterio, aunque ayer vinieron los policías a registrar todo el edificio y no hallando nada ilegal, se marcharon satisfechos, aunque un poco asombrados.

Yo, por mi parte, no me he movido y continúo meditando. He abandonado las habitaciones centrales del edificio; paso por largos corredores, por la cocina, y conduzco mi cuerpo al sótano, que es el lugar más solitario del monasterio.

Mis compañeros entonan cantos de amor y paz. Ese es el recreo que nos da el maestro mayor. Otro privilegio consiste en tener cualquier clase de animales en nuestro cuarto. A mí me acompaña un gato negro que a falta de alimento, mastica pequeños trozos de mi cuerpo cuando estoy meditando.

II

Aprieta el dolor mi pecho, fúgase el amor y quédome solo, siendo triste, triste de golpe, sin razón de ser, sin movimiento, sin punto de referencia, sin ley de relatividad, sin comparación. Triste solamente. Abandóname la luz, no se mueve nada y el viento sopla contra los ventanales. Tomo conciencia de mi pecho, de mi respirar sin ritmo. Pierdo el equilibrio. Caigo. Escucho el roce de mi cuerpo en el vacío. Me endezco al empezar a flotar en un lugar sin ojos. Floto solitario en el éter, que mueve su sinrazón con un ritmo de muerte. (Si lograra enrollarme sobre mi propia cintura, todo estaría resuelto, puesto que vería las cosas desde un infinito punto de vista.) Estoy seguro que mi intuición tendría absoluta libertad. Sería siempre la proyección, no lineal o determinada, sino como un sol hasta formar un círculo.

A estas alturas o parajes no espero convencer a nadie. Lo que me sucede importa sólo a mí mismo. (¿Acaso no me pongo yo mismo los zapatos?) Sirvo una taza de té y descanso. Enciendo un cigarrillo y quédome sin ventanas. Desaparezco.

Que llueva fuerte, que la tormenta desquebraje el cielo para que mi cuerpo se lave, se humedezca mi alma y brote nueva vida. Que no pierda el ritmo de vivirme, el animal que padezco. Mi gato, el gato negro que habita en la cueva donde vivo, ha renunciado a seguir masticando un ave negra. La suelta y el ave se escapa del laberinto. Ronroneando como un auténtico gato, súbese a mí, me mira largamente y empieza a jugar con un hilo desprendido de mi frente.

Continúa lloviendo. Percibo la tierra humedeciéndose. El techo es un tambor incesante. Recojo mi cítara. Toco algo extraño mientras los últimos tizones al caer, alumbran parte del recinto.

Yo me encuentro afuera nuevamente. Sé que existe una puerta de entrada, pero no sé cuál es. Tengo una llave, mas no logro averiguar en cuál de todas estas puertas quedará ajustada y abrirá mi muerte.

III

¿Quién? ¿Quién?

Yo vivo aparte. Yo veo los semáforos.

Yo compré un radio nuevo.

Yo soy un poeta gana-concursos.

Yo forro mis poemas de caramelos que gustan.

Yo olvido. Yo soy europeo. Yo cuido mi jardín.

Yo fumo. Yo robo. Yo maté.

Yo sufro. Yo lucho. Yo. Yo. Hoy yo.

Yo leo filosofía. Yo corrijo.

Yo soy profesor (¿,? - $\frac{1}{4}\frac{1}{2} = \text{€}$)

Yo vivo en mi propia montaña y sufro.

Yo soy sacerdote. Yo pastor. Yo coronel.

Yo ayudante del coronel.

Yo vendo. Yo duermo.

Yo soy pintor abstracto. Yo realista. Yo simbolista.

Yo pinto mi propio mundo. Yo cambio.

En mí no residen absolutos.

Yo me construyo a mí mismo después de todas mis muertes.

Yo me vivo. Yo soy lógico. Yo no entiendo.

Yo... ¿Quién...? ¿Quién...?

IV

La colocación de ciertas palabras produce un sentimiento ajeno a todo símbolo. El último absoluto atravesaba las húmedas redes de mi cráneo. Cruzaba mis nacientes telarañas... Aumenta su velocidad mi laberinto. Abandono mi esqueleto y floto. Avanzo hacia la nada misma del éter. Soy, siendo movimiento. Derrumbo mis orillas y Nada es algo que llega a producirme un goce abstracto. Regreso usando mi última palabra en su declive humoroso. Se puede comenzar por cualquier lado; si se continúa con las brasas, se llegará a conocer el fuego. Se llegará a conocer en sí misma a la Nada y vibrará el vacío de cada nueva situación; de cada juego. Dos pájaros acentúan el círculo del *niñán* o símbolo de los contrarios, severamente llamado ley de la negación. La lluvia continúa cayendo desde los grifos insomnes.

Me obligo a seguir escribiendo y llego al muro de la nada. Enciendo un cigarrillo y pienso en todas las ventanas. Bebo un sorbo de café y me aburro. El punto y seguido me permite continuar con el mismo tema. El punto y aparte me hubiera obligado a cortar mi último juego. Malhumorada, la máquina se muestra llena de sucesos, se televisa. (Ysabel, por su parte, dedica su tiempo a no acordarse). Yo trabajo en el circo. Yo vendo los boletos. Yo mue-

ro. Yo me anuncio. (Coloqué punto y aparte). Disparo y llego al éter de mi *cuazar*. Domino mis extremidades para quedarme estático y luego floto hacia mi gato que lame las nubes con deleite.

El silencio expande el infinito, lo eterniza...



VIDA CULTURAL

ACTOS CONMEMORATIVOS

El 3 de octubre se efectuaron varios actos en conmemoración del 175 aniversario del nacimiento del Gral. Francisco Morazán, cuyos restos mortales pertenecen a tierra salvadoreña. En Casa Presidencial se distribuyó material literario sobre la figura del gran unionista. También se prepara un libro para maestros, escolares y otras personas que lo soliciten, y que recogerá en sus páginas hechos históricos de inmensa importancia, relacionados con la vida del ilustre patriota. Radio Nacional YSS ofreció a sus oyentes transmisiones especiales, en memoria de Morazán, y escuelas, institutos, grupos culturales, representantes de la ODECA, profesores y gentes de letras visitaron su tumba.

EXPOSICION PICTORICA

Del 6 al 26 de octubre estuvo abierta al público, en el Centro El Salvador-Estados Unidos, una exposición de obras

pictóricas de Salarrué (Salvador Salazar Arrué). Este pintor y escritor salvadoreño hizo estudios de arte en la Corcoran School of Art, de Washington, D. C. Sus cuadros se han exhibido en Nueva Orleans, San Francisco, Nueva York, Washington, D. C., San José de Costa Rica y otros países de Centro América.

EXPOSICION DE ARTE ITALIANO

El 4 de octubre, de las 20 horas en adelante, tuvo lugar en el Salón de la Biblioteca Nacional la inauguración de una Exposición de Arte Italiano Contemporáneo, de las más valiosas que se han presentado en nuestro país. La muestra estuvo constituida por 67 obras de pintura, 22 de escultura (piedra y bronce) y 58 dibujos y grabados. El Presidente de la República, Coronel Fidel Sánchez Hernández, el Ministro de Educación, Lic. Walter Béneke, el Embajador de Italia en nuestro país, Dr. Giuseppe Contarini, el Doctor Giovanni Dalla Pozza, Director del Insti-

tuto Italiano de Cultura, funcionarios del Gobierno, intelectuales, artistas y numeroso público asistieron al acto.

BALLET ESTUDIO

El 11 de octubre, de las 20:30 horas en adelante, se presentó en el Cine Darío el Ballet Estudio dirigido por la profesional argentina, Alcira Alonso. El Ballet ofreció al público dos obras bien dominadas por sus intérpretes: *Suite royal* y *Gaîté parisien*. El espectáculo sirvió para ayudar a las obras benéficas de la "Sociedad de Amigos del Hospital Rosales".

CONFERENCIA EN CLUB DE PRENSA

El 16 de octubre ofreció una conferencia en el Club de Prensa de El Salvador el Doctor Reynaldo Galindo Pohl. Esta plática, programada como parte de los actos conmemorativos de la fundación del Club de Prensa, versó sobre lo siguiente: *El papel de los intelectuales en la sociedad contemporánea*.

FELICITACION A MIGUEL ANGEL ASTURIAS

La Junta Directiva del Ateneo de El Salvador, en sesión verificada el 19 de octubre, acordó enviar un expresivo mensaje radiográfico de felicitación al escritor guatemalteco Miguel Angel Asturias, Embajador de Guatemala en Francia y ganador del Premio Nobel de Literatura, año 1967.

NUEVA EXPOSICION DE CARLOS CAÑAS

Una nueva exposición de sus últimas obras presentó en Galería Forma el conocido pintor salvadoreño Carlos Cañas. Este artista se mantiene activo y vigilante, superando su trabajo a través del tiempo. El éxito de la exposición fue completo. Numerosas personalidades de nuestro mundo intelectual y artístico rodearon al pintor en la noche del 20 de octubre.

AGASAJADO EN ESPAÑA

La colonia salvadoreña residente en Madrid, España, recibió con desbordante cariño al conocido compositor salvadoreño Pancho Lara, quien viaja por la Madre Patria acompañado por su guitarra y sus canciones, que son *tan nuestras* en letra y música.

PRIMER FESTIVAL INTERNACIONAL DE MUSICA

La inauguración del Teatro Libertad—edificio levantado en el predio que antes ocupaba el Cine Popular— se llevó a cabo espléndidamente, ofreciendo al público salvadoreño, del 3 al 17 de noviembre del año que corre, el Primer Festival Internacional de Música que ha conocido Centro América, y que reunió personalidades artísticas de la talla de Pablo Casals y José Iturbi. Dicho Festival, patrocinado por el Instituto Salvadoreño de Turismo, fue también promovido por apreciables miembros de nuestra sociedad y abarcó actividades relacionadas con el teatro, la danza, la pintura, la escultura y la arqueología. En la Biblioteca Nacional se exhibieron—como parte de un evento tan singular— escogidas obras del famoso pintor mexicano José Luis Cuevas.

CONDECORACIONES

El Excmo. Embajador del Perú en nuestro país y la señora de Ulloa, ofrecieron elegante recepción en la sede de la Embajada, en honor del Embajador y escritor salvadoreño don Ramón González Montalvo, quien fue condecorado con la Orden de "El Sol del Perú", grado de "Gran Cruz". También la poetisa Claudia Lars y don Roberto Quiñónez Meza recibieron condecoraciones con Orden "Al Mérito", por distinguidos servicios. El acto fue brillante y muy aplaudido.

XIII CERTAMEN NACIONAL DE CULTURA

Obtuvo 1er. Premio, Rama Letras, Poesía, en el XIII Certamen Nacional de Cul-

tura de El Salvador, el joven guatemalteco Marco Antonio Flores —seudónimo *Viajero*— por su libro *Muros de Luz*. Ganó 2º Premio en la misma Rama el doctor Hugo Lindo, quien envió un trabajo titulado *Sólo la Voz*, con el seudónimo *Sem Tob*. Se otorgaron Menciones Honoríficas a José Roberto Cea —*La narración del éxodo*— y a Mercedes Durand y David Escobar Galindo, por *Las manos en el fuego*. En la Rama de Historia obtuvo 2º Premio —Único— el destacado historiador nacional Ramón López Jiménez, quien escribió *José Simeón Cañas, su obra, su verdadera personalidad y su destino*. En la sección de pintura los triunfadores fueron: Constanza Calderón, de Panamá, por un cuadro que lleva este nombre: *Julio 67*; Margoth Funjal, de Guatemala, por su interesante *Nebaj*. El Jurado para calificar los trabajos en la Rama de Letras —Poesía— estuvo formado por el sacerdote y poeta nicaragüense Ernesto Cardenal, por el poeta mexicano Carlos Pellicer y por el poeta y crítico de arte chileno, Fernando Alegría. En el Jurado de Ciencias —Historia— se encontraron las siguientes personas: don Carlos Meléndez Chaverri, costarricense; don Carlos Samayoa Chinchilla, guatemalteco; don Italo López Vallecillos, salvadoreño. Para calificar las obras de pintura llegaron a nuestro país jueces de la talla de José Luis Cuevas, Oswaldo Gayasamin y Martha Traba.

ORDEN "JOSE MATIAS DELGADO"

Pablo Casals, famoso cellista español fue condecorado con la Orden Nacional "José Matías Delgado", Grado de Comendador, en el Salón de Honor del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República, por sus valiosas dádivas a la humanidad en el campo de la música. El

anciano Maestro, visiblemente emocionado, recibió la condecoración acompañado por su esposa, doña Marta Montañés de Casals.

MAGNIFICA EXPOSICION

En la Biblioteca Nacional se inauguró el 4 de noviembre, de las 20 horas en adelante, la magnífica exposición del pintor y dibujante mexicano José Luis Cuevas. Este acto formó parte del Primer Festival Internacional de Música que conoce nuestro país. Cuevas pertenece a la más avanzada generación de artistas de México y su presencia en El Salvador se debió a gestiones del Instituto Salvadoreño de Turismo y de la Dirección General de Bellas Artes. 32 grabados e ilustraciones fueron presentados al público, como pequeña muestra de su vasta obra de vigoroso creador.

EN GALERIA FORMA

En las salas de Galería Forma se inauguró el 7 de noviembre la Exposición "50 Años de Pintura Salvadoreña", como parte del Primer Festival Internacional de Música que tan valiosamente ha embellecido este país. La exposición constituyó uno de los números principales del resonante evento. En ella se recogieron obras de nuestros mejores pintores, entre quienes figuraron Salarrué, Elas Reyes, Carlos Cañas y Julia Díaz, fundadora y mantenedora de la misma Galería.

EN ATENEO SALVADOREÑO

El 9 de noviembre, durante las primeras horas de la noche, el Ateneo de El Salvador eligió la nueva Junta Directiva que regirá sus destinos durante el próximo año de 1968. Esta directiva quedó integrada así: Presidente, Alfredo Betancourt; Vice-Presidente, Dr. Ramón López Jiménez; Srio. Gral., Pbro. Vicente Vega Aguilar; Pro-Secretario, doctor Rosendo Morán Monterrosa; Secretario Adjunto, Hno. Buenaventura Tresserras; Síndico, Dr. Mauricio Guzmán; Bibliotecario Sr.

Italo López Vallecillos; Tesorero, doctor Manuel Vidal; Pro-Tesorero, ingeniero Carlos Varaona Villaseñor; Vocales: Ing. León Enrique Cuéllar, Prof. José Andrés Orantes, Dr. Antonio Carranza Amaya y general José María López Ayala.

EXPOSICION

En acto especial que tuvo lugar en Artes Gráficas, el 15 de noviembre de las 19:30 horas en adelante, se inauguró la Exposición de Trabajos Artísticos realizados por los estudiantes del mismo Instituto durante el presente año lectivo. El profesor José Arcadio Santos, Director de Artes Gráficas y el primer muralista de nuestro país, don José Mejía Vides, presentaron con satisfacción una muestra de trabajo mural elaborada por los alumnos.

INTELECTUALES PREMIADOS

Transcripción del Decreto Legislativo por medio del cual la Asamblea Nacional otorga *gratificación* a los escritores salvadoreños Vicente Rosales y Rosales, Salarrué y Claudia Lars, fue entregada a los premiados el 17 de noviembre en horas del mediodía, por el Presidente del Congreso doctor Francisco José Guerrero, durante un acto que tuvo lugar en uno de los salones de la Asamblea. Asistieron —además de los Miembros del Congreso— el Licenciado Walter Béneke, Ministro de Educación; Licenciada doña Antonia Portillo de Galindo, Subsecretaria del mismo Ramo; intelectuales, artistas, periodistas y parientes o amigos de los premiados. La gratificación decretada por la Asamblea es de 10.000 colones para cada uno de los tres escritores. La moción de un reconocimiento de la República a Rosales y Rosales, Salarrué y Claudia Lars, fue presentada a la Asamblea en 1964 por el doctor Rodolfo Jiménez Barrios, entonces diputado en la misma por su Departamento. El Dr. Jiménez Barrios pedía una pensión mensual vitalicia para los tres intelectuales. Debido a dificultades

legales su solicitud no obtuvo resultado práctico. Sin embargo, el solicitante continuó buscando caminos de triunfo, sin perder entusiasmo. Algún tiempo después el Diputado Abel Salazar Rodezno y la Comisión de Estudio de la Asamblea, escogieron el premio de 10.000 colones. El doctor Rodolfo Jiménez Barrios, ahora dedicado a su profesión y a la agricultura, fue *invitado de honor* en el acto de entrega del Decreto Legislativo.

EXPOSICION EN FILADELFIA

“The Sunday Bulletin” de Filadelfia, Estados Unidos de Norteamérica, se refiere a la Exposición de pinturas abierta en esta ciudad por el salvadoreño Elas Reyes, de esta manera: “Filadelfia se ha anotado un gran triunfo con la exposición individual de obras de Raúl Elas Reyes, en las Newman Galleries. Si alguna vez un artista llevó *de veras* su país al lienzo, ese artista es Reyes. Un color seco y cálido pinta la atmósfera de campos y montañas, en *Estación seca*, tema de algunos de sus cuadros. Al mismo tiempo, una jugosa vegetación, verde-azul, con árboles chorreantes, nos lleva a la profundidad de las selvas. Luego admiramos un impresionante *Nocturno de San Salvador*, que retrata una emocional ciudad con grandes edificios y luces amarillas, contrastando con montañas oscuras. La devastación infligida por un sol quemante —remolino de fuego rojo-amarillo— queda sugerida en *El cráneo* de un animal, mientras en *Pareja* —hombre y mujer con un pez— se encuentra la nota humana. Tomada en conjunto, la exposición es una experiencia emotiva, rica de color y de fuerza dramática. Reyes nació en San Salvador en 1918, estudió en México y fue a España y Francia con una beca del Ministerio de Cultura de su país. Lo que absorbió en escuelas extranjeras ha sabido aprovecharlo en la interpretación personal de su país nativo”.

HOMENAJE A UN POETA

Con motivo de su triunfo en el XIII

Certamen Nacional de Cultura de este país —Rama Poesía— el doctor Hugo Lindo fue obsequiado, el 23 de noviembre, por miembros del Instituto de Cultura Hispánica con una cena en el restaurante "El Greco". Rodearon al poeta y amigo las siguientes personas: doctor Reynaldo Galindo Pohl; doctor Roberto Lara Velado; doctor Alfredo Ortiz Mancía; Dr. Guillermo A. Cortés; doctor Enrique Mayorga Rivas; R. D. Ismael Warleta; licenciada Antonia Portillo de Galindo; don Italo López Vallecillos; ingeniero Edgardo Suárez; coronel Oscar Bolaños; don Luis Castro; doctor Fernando Perpiñá-Robert; doctor Salvador Bonilla S.; don Camilo Gironés; don Manuel de la Helguera; doctor Enrique E. Campos; doña Eva Alcaine de Palomo; don Román A. Mayorga; profesor José A. Orantes; don Ramón Hernández Quintanilla y don Valero Lecha.

CONFERENCIA

El señor Masaki Yodogawa, quien ha sido diplomático del Japón en varios países de habla castellana, y es actualmente Asesor Cultural de la Sociedad Latinoamericana de Tokio, dictó el 27 de noviembre una conferencia en la Universidad Nacional, que versó sobre este tema: *Vida del pueblo japonés*.

TEATRO DE CAMARA ALEMAN

El 2 de diciembre ofreció su primera representación, en el local de la Escuela Americana —Colonia San Benito— el Teatro de Cámara Alemán que acaba de llegar al país, auspiciado por el Círculo Salvadoreño-Alemán. Los actores interpretaron una obra de Brecht: *Ascenso y caída de la ciudad de Mahagonny*. El conjunto artístico está compuesto por 15 actores, bajo la dirección de Reinhold K. Olszewski. Todas las obras que presenta se ofrecen en idioma alemán.

SOPRANO ISRAELI

La soprano israelí Zipora Waldman

ofreció al público salvadoreño el 10 de diciembre, de las 20:30 horas en adelante, en el auditorium de la Federación de Cajas de Crédito, un recital de canciones de Israel y de todo el mundo. El acto fue patrocinado por el Instituto Cultural El Salvador-Israel.

SEMANA CULTURAL EN SANTA TECLA

El 18 de diciembre se inauguró la V Semana Cultural de Santa Tecla, evento que viene patrocinando año tras año la Agrupación Cultural Teceleña, para dar realce a las festividades anuales de esa ciudad. El programa de celebraciones se desarrolló así: lunes 18, Juegos Florales e inauguración de la Semana Cultural; martes 19, presentación de *Luz Negra*, obra de Alvaro Menéndez Leal —Menén Desleal— en el teatro del Colegio Santa Cecilia; Miércoles 20, interpretaciones musicales del guitarrista doctor Mario Cardona Lazo, en la sociedad de artesanos El Porvenir; jueves 21, participación de la Escuela de Bello Canto, dirigida por Fernando Meléndez del Valle; viernes 22, alegre concierto de la banda juvenil del Colegio Don Bosco, en el Parque San Martín. La entrada del público a todos estos actos fue completamente gratis.

CUENTOS DE NAVIDAD

Los triunfadores en el Concurso de Cuentos de Navidad, que anualmente patrocina La Prensa Gráfica de esta capital, recibieron sus premios de manos de don José Dutriz Jr., director del periódico, el 17 de diciembre. Los escritores premiados son éstos: profesor Adolfo Herrera Vega, por su cuento titulado *Este fue un lazarrillo*; don José Heriberto Alvayero, por *Navidad descalza*; don César Augusto Barrios, por *El hombre que cayó en el pozo*.

EXPOSICION

Dos pintores salvadoreños, Luis Angel Salinas y Miguel Angel Orellana, inaugu-

raron una exposición de sus trabajos en el Salón de Exposiciones instalado en la 2ª Calle Poniente N° 619. Dicha muestra se abrió al público el 15 de diciembre y se cerró el 22 del mismo mes. Varios cuadros

inéditos de los artistas mencionados fueron puestos a la venta. La exposición fue montada gracias al patrocinio del Instituto Salvadoreño de Turismo.

TINTA FRESCA

GERARDO BARRIOS Y SU TIEMPO. *Italo López Vallecillos*. Segundo Premio "República de El Salvador", Certamen Nacional de Cultura 1965. Tomo Primero y Tomo Segundo. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1967.

En la Introducción de este libro, Italo López Vallecillos dice así:

"Hay hombres que son estrellas refulgentes en el firmamento de la historia. Producto del talento de varias generaciones, representan en el tiempo y en el espacio la inconfundible voz del genio, el heroísmo del guerrero, la serenidad profunda y pensativa del sabio. No aparecen estos individuos, desde luego, solos. Tampoco puede situárseles confundidos en la muchedumbre; son, a la vez que generosas individualidades, expresión viva de la masa, del pueblo.

En el ininterrumpido acontecer, que

es la historia, la personalidad humana juega un papel de primer orden. No en el sentido de determinar los hechos históricos, sino más bien como factor, como medio realizador de las aspiraciones y tendencias de la sociedad.

El hombre, como ser social, es así el factor único; el que crea los vínculos, en razón de causas y efectos. Es absurdo pensar que el individuo pueda imponer estas o aquellas relaciones sociales en atención a sus gustos y caprichos. Es el complejo, suma y división de las fuerzas productivas de la sociedad, el que traza el camino de la historia.

De ahí que el héroe, el individuo excepcional, sea un receptáculo del espíritu general. Conviértese en el obrero de la historia, esto es, en el ejecutivo de los cambios y progresos que, constantemente e ininterrumpidamente, impulsan los grupos sociales organizados.

La acción histórica está así condicionada a la voluntad de los individuos. Mas esa voluntad es expresión de las

ideas en choque, de la tesis, antítesis y síntesis en que se debate el género humano. Y claro que no pueden producirse las ideas de un hombre o de un grupo de hombres, si no es de acuerdo a las condiciones económicas en que ese hombre o ese grupo de hombres se desarrolla. El ser social es complejo. Inmerso en la clase, en el estamento, en el grupo social necesariamente participa de los fenómenos que dan vida a la organización en que se encuentra ubicado; no vive aislado, menos aún la gran personalidad que es producto de la corriente total.

El genio, el guerrero, el sabio están determinados por una multitud de fenómenos que reducen su íntima individualidad. Vienen a ser en razón de esa interacción, parte importante del todo social. El gran hombre, el primero entre los suyos, lo es porque sabe captar mejor que todos sus contemporáneos la necesidad del cambio, del progreso. Sólo cuando se dan condiciones específicas el individuo es capaz de coadyuvar el proceso histórico. Se ve entonces que el héroe en muchos casos es el mártir. En todo caso, cuando la participación está ajustada al espíritu general de la sociedad de su tiempo, su ejemplo merece la justa y serena valorización.

Negar el papel importantísimo del individuo en la historia, sería negar la proyección y trascendencia del hombre mismo.

En algunas sociedades, y en razón a su pobre desarrollo, las personalidades adquirieron en el pasado, y aún adquieren, una posición relevante en el devenir histórico. Ayunos los pueblos de cultura, sumidos en la pobreza, carentes de un sentido real de progreso, informes o deformes sus nacionalidades, encontraron en el individuo de especial conducta, en la personalidad que se identificó con sus problemas y necesidades, la llave mágica y poderosa del progreso.

En Centro América, el gran hombre,

el caudillo, el *leader*, ha jugado un papel singular. No porque haya sido en su actuación particular el motor de la historia centroamericana; no, desde luego que no, sino en razón de las condiciones mismas del atraso y la ignorancia de estos pueblos. La respuesta al fenómeno se encuentra con facilidad en la desnaturalización económica y social que introdujo la conquista y colonización española.

Antes de la llegada de los europeos, los pueblos que habitaban esta parte de América tenían una economía espontánea, simple relación entre el suelo y las tribus sedentarias y agrícolas; laboriosos, disciplinados y panteístas los primitivos vivían en comunidades florecientes y ricas. Los indios centroamericanos (cachiqueles, quichés, pokomanes, lencas, pipiles, etc.) se realizaban en una organización colectivista, en humilde y religiosa obediencia a su deber social. El esfuerzo de los indígenas centroamericanos se aplicaba a fines de alto sentido social. La conquista destruyó, sin dar una sustitución, la formidable y primitiva organización que, si bien no conocía la rueda, estaba altamente adelantada en las ciencias matemáticas. Cultura y civilización opuesta, distinta de la española, no por ello despreciable en sus aspectos y proyecciones espirituales.

Los conquistadores no se preocuparon por establecer una verdadera sociedad. Después de los años del reparto, del despojo, se dedicaron al cultivo de la tierra sin un claro sentido de los medios productivos que tenían a su alcance. Sobre la economía social, primitiva, pero de un alto concepto comunitario, los españoles echaron las bases de la economía feudal, individualista. He allí la raíz de los males del pueblo centroamericano.

Diferente es la conquista y colonización de Norte América, donde en verdad llegó el *pionner*, el auténtico civilizador. Hombre dispuesto a crear una nueva entidad social, más progre-

sista que la europea, de la cual venía huyendo. A Centro América vino como una peste el cortesano, el aventurero, el clérigo, el soldado y el noble, en una empresa militar y eclesiástica, desvirtuada poco después. El colonizador español era extremadamente individualista, fanático, atrasado. El sembró en la conciencia social toda una filosofía en la que adquirió un valor de primer grado la religión, Dios y sus premios y castigos; y en plano trascendente el hombre, la persona. El concepto de grupo, comunidad, sociedad, vital en el sistema pre-colombino quedó totalmente sepultado, para dar paso a la imagen y semejanza, al culto interior del individuo.

El pueblo centroamericano, con esa base económica feudal, bajo el imperio de la religión católica mezclada con los antiguos ritos totémicos, sufrió una transformación: las familias pudientes fueron educadas dentro de las corrientes individualistas, la masa indígena y mestiza, explotada y analfabeta, se perdió en el proceso desnaturalizador. El criollo tuvo que devenir inseguro, psicológicamente anulado respecto a otros pueblos y a otras razas. Como resultado, el caudillo se vio colocado en el centro, producto del sistema económico, social y cultural, personaje único en el acontecer histórico.

Este es uno de los principales factores en el apareamiento del caudillo en Centro América. El abuso de las numerosas biografías y exégesis, ha convertido la ciencia histórica centroamericana en mero relato de la vida privada de sus grandes hombres, olvidándose del medio en que éstos se manifestaron.

En este estudio pretendemos, a la vez que destacar la intervención del individuo en el proceso histórico, correlacionar su actitud con hechos más poderosos que su propia voluntad, su pasión o su odio. El personaje de una época no puede ser producto del azar,

ni veleidosa sombra en el mundo de los sucesos; él mismo es brazo singular del proceso total.

Uno de esos extraordinarios hombres centroamericanos, es el Capitán General Gerardo Barrios (1813-1865). Su presencia y acción en la sociedad feudal de Centro América de mediados del siglo XIX, merece el análisis y la atención de los estudiosos. El propósito fundamental de esta obra es enfocar su vida y lucha política, confrontar su ideario filosófico con las aspiraciones y tendencias de su tiempo, enmarcado todo ello dentro de las fuerzas económicas y sociales en que le tocó moverse. No es éste un libro de elogios, pues lo que busca es rivalidar, justipreciar las actitudes de este hombre cuya leyenda, cuyo recuerdo ennoblece la estirpe cívica del pueblo centroamericano, y en particular de El Salvador.

No nos mueve tampoco, de ninguna manera, la idea de reducir su generosa individualidad a mero instrumento de la circunstancia histórica. Deseamos estudiar a Gerardo Barrios en la esfera de las particularísimas condiciones en que nacen y se proyectan las nuevas nacionalidades.

La tesis general no opacará al caudillo en este trabajo; por el contrario, lo hará brillar justamente en su verdadero papel. No es posible conceder todo al factor económico y material; la vida múltiple y creadora de estas individualidades, en su medio, no puede reducirse a fórmulas y guarismos. El talento, la sensibilidad de esas eminentes personalidades están muy lejos de tratarse bajo moldes fríos y mecanicistas. Porque su talento y sensibilidad son propios del intérprete, el catalizador de la inquietud social de su tiempo.

Esta investigación, por otra parte, se ha hecho con criterio armonizador entre el dato, el documento, y el análisis y la interpretación. Sucede muy a menudo que, sin base seria, se aventuran juicios o se especula sobre esta o aquella circunstancia histórica. Por tanto,

dentro del esquema o desarrollo general, hemos ubicado, relacionado más bien, los valiosísimos aportes documentales de la época tratada”.

NUEVAMENTE EDIPO. *Roberto Arturo Menéndez.* Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1967. Segundo Premio, Rama de Teatro, XII Certamen Nacional de Cultura. 1966.

Quando explica en las primeras páginas de su libro “Los Escenarios”. Roberto Arturo Menéndez escribe así:

CUADRO PRIMERO

El escenario estará dividido en dos planos. En el plano superior: tres rampas practicables colocadas en las áreas izquierda, derecha y central. Estas representan secciones estilizadas de la sala de audiencias de un tribunal de justicia. En la rampa izquierda, arriba estará el clásico “banco de los acusados”. En el practicable del área central, el estrado del Juez. En la plataforma derecha la tribuna de los Jurados y las mesas de la fiscalía y la defensa, separadas ambas por un pasillo. El mobiliario de la Sala de Audiencias será de color gris piedra, de estilo muy moderno, pero sobrio y más bien severo.

En el plano inferior del tablado: una plaza frente al pórtico de un palacio griego.

La acción transcurre en ambos planos del escenario. Durante algunas partes de la obra la acción se centra en el plano inferior del tablado. Desaparece entonces totalmente la luz que ilumina las tres rampas practicables. Cuando la acción ocurre en la Sala de Audiencias, la plaza se oscurece. En los casos de acción simultánea en ambos planos del escenario se equilibra la luz por partes iguales. No obstante la iluminación de toda la obra se realiza proyectando únicamente rayos de luz sobre el foco de la acción. A tono con la

atmósfera en que se desarrollan las escenas, el resto del escenario se mantiene en la sombra. El efecto que se busca es el logrado por el genio pictórico de Rembrandt, maestro en la ciencia del claroscuro.

CUADRO SEGUNDO

Ha desaparecido el frontis del palacio griego en el plano inferior. En su lugar aparecen dos columnas exentas de corte clásico, pero modernizadas. La acción se supone ahora dentro del palacio. Para lograr este efecto basta una alusión: algún cortinaje tendido entre ambas columnas y uno que otro mueble. Un banco en el centro del área de abajo, y a cierta distancia de éste seis acropodios o pies de estatuas, detrás de cada una de las cuales estará uno de los personajes siguientes: Yocasta, Layo, Creonte, Teiresias, Arixímaco y el Mensajero Corintio.

CLAVE

En la presente pieza usamos los términos “derecha” e “izquierda”, siempre con referencia al actor colocado frente al público. Decimos también “arriba” y “abajo”. Por “arriba” entendemos la parte del escenario más lejana del espectador; y por “abajo” la parte más próxima a la sala de butacas.

PERSONAJES

Edipo
Yocasta
Creonte
Layo
Teiresias
Arixímaco
Mensajero Corintio
Consejero
Pregonero
Griego I
Griego II
Viejo
Joven
Juez

Acusador
Defensor
Alguacil
Coro y Semi Coro

VOCES DEL SILENCIO. *Rafael Góchez Sosa*. Segundo Premio, Rama Poesía, Certamen de Ciencias, Letras y Bellas Artes "15 de Septiembre", Guatemala, 1965. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones, San Salvador, El Salvador C. A. 1967.

Reproducimos textualmente la Nota Editorial de este volumen:

"Rafael Góchez Sosa es poeta, prosista y, además, maestro dedicado a servir con entusiasmo en un centro educativo de nuestro país. Perteneció a la joven generación de escritores salvadoreños. Ha publicado varios libros, haciéndose notar por su dominio del soneto y por la recia pero delicada expresión de su verso libre. "Voces del Silencio" obtuvo Segundo Premio de Poesía en el Certamen de Ciencias, Letras y Bellas Artes "15 de Septiembre", en la ciudad de Guatemala, año 1965.

Si deseamos comprender un poco el temperamento y los afanes del autor de este libro, tratemos de leer con cuidado algunos versos suyos, sencillos en apariencia y sin embargo colmados de honda verdad:

*"El que canta soy yo. Que no te
[asombre:
viajo en horas de fuego, sin partido.
No pertenezco a sectas. Soy olvido,
presencia. Mi desvelo es por el
[hombre".*

El hombre de cualquier parte de la tierra anda en la poesía de Góchez Sosa, pidiendo amparo y descanso. Es negro, blanco, amarillo o color de barro como nuestros abuelos indígenas. Este personaje recoge dentro de su misterio a la humanidad sufriente y busca aquí y allá, la voz que habla por el mudo y los ojos que miran por el cie-

go. Por eso Góchez Sosa nos explica lo siguiente:

"Mi patria es este mundo a veces lleno de maldades, a veces bueno, bueno, pero siempre dispuesto a la porfía.

Mi cielo está en el suelo donde habito, donde la noche enciende su infinito para causar la anunciación del día".

En breves apuntes líricos aprisiona ideas que conmueven. Por ejemplo, en "La Carta":

*"No. No quiero abrir esta carta.
¿Para qué si estoy cansado de siempre recibir el mismo bucco?
Mensajes de cumpleaños. Noticias del amigo que ascendieron de empleo. Cobros. Catálogos. Necrológicas.
¿Para qué?..."*

Sin embargo debo abrirla. Pueda ser que esta vez venga un poema".

El triunfo de nuestro compatriota con "Voces del Silencio" demuestra el esfuerzo artístico de un luchador sensible. El Ministerio de Educación de esta República, empeñado en dar a conocer obras escogidas de poetas y escritores de El Salvador, se complace en editar en los talleres de la Dirección General de Publicaciones del mismo Ministerio un volumen que viene a enriquecer la literatura salvadoreña en forma nueva y atractiva".

RAFAEL GOCHEZ SOSA. Nació en Nueva San Salvador (Santa Tecla), el 23 de diciembre de 1927. Ha triunfado en certámenes nacionales e internacionales. En su ciudad natal ganó tres veces consecutivas el Primer Premio de Poesía. Sus obras son: "Luna Nueva", 1962; "Poemas Circulares", 1964; "Canciones de Colina y Viento", 1967. Colabora en re-

vistas y periódicos del Continente. Acaba de ganar el Primer Premio de Poesía en Quezaltenango, con su libro de poemas: "Blancos Espejos en la Noche Gris".

MITOLOGIA DE CUSCATLAN. *Miguel Angel Espino.* Segunda edición del Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1967.

Libro pequeño y cautivante es *Mitología de Cuscatlán*. Lo escribió un hombre que amaba su tierra y gozaba y sufría las mezclas de su sangre: Miguel Angel Espino. Este fino prosista salvadoreño, hermano de Alfredo del mismo apellido —nuestro poeta más poeta— acaba de morir en México, D. F. Lo mejor que podemos hacer para elogiar el volumen publicado en nuestros talleres de imprenta, es reproducir una de sus leyendas: *Cipitín*.

"Así era. La Siguanaba estaba loca; la habían visto, riéndose a carcajadas, correr por las orillas de los ríos y detenerse en las pozas hondas y oscuras. Cipitín emigró a las montañas y vivió en la cueva que había en la base de un volcán.

Hace ya mucho tiempo... Han muerto los abuelos y se han rendido los ceibos, y Cipitín aún es bello; todavía conserva sus ojos negros, su piel morena de color canela, y todavía verde y olorosa la pértiga de cañas con que salta los arroyos.

Han muerto los hombres. Se fueron los topiltzines; canos están los suquinayes, y el hijo de la Siguanaba aún tiene diez años. Es un dón de los dioses ser así. Siempre huracán, irá a esconderse en los boscajes, a balancearse en las corolas de los lirios silvestres.

Cipitín era el numen de los amores castos. Siempre iban las muchachas del pueblo, en la mañanita fría, a dejarle flores para que jugara en las orillas del río. Escondido entre el ramaje las espiaba, y cuando alguna pasaba debajo sacudía sobre ella las ramas en flor.

Pero... es necesario saberlo. Cipitín tiene una novia. Una niña, pequeña y bonita como él. Se llama Tenáncin.

Un día Cipitín, montado sobre una flor se había quedado dormido.

Tenáncin andaba cortando flores. Se internó en el bosque, olvidó el sendero, y corriendo, perdida por entre la breña, se acercó a la corola donde Cipitín dormía.

Lo vio.

El ruido de las zarzas despertó a Cipitín, que huyó, saltando las matas.

Huyó de flor en flor, cantando dulcemente. Tenáncin lo seguía. Después de mucho caminar, Cipitín llegó a una roca, sobre las faldas de un volcán.

Los pies y las manos de Tenáncin estaban destrozados por las espinas del ixcanal.

Cipitín tocó la roca con una shilca y una puerta de musgo cedió. Agarrados de las manos entraron, uno después de otro. Tenáncin fue la última. El musgo cerró otra vez la caverna.

Y no se la volvió a ver. Su padre erró por los collados y algunos días después murió, loco de dolor.

Cuentan que la caverna donde Cipitín y Tenáncin se encerraron estaba en el volcán de Sihuatepeque (cerro de la mujer) situado en el actual departamento de San Vicente.

Han pasado los tiempos. El mundo ha cambiado; se han secado ríos y han nacido montañas, y el hijo de la Siguanaba aún tiene diez años. No es raro que esté, montado sobre un lirio o escondido entre el ramaje, espiando a las muchachas que se ríen a la vuelta del río.

¡Oh el Cipitín!... Guárdate de sus miradas que encienden el amor en el pecho de los adolescentes".

CORAZON LADINO. *Yolanda C. Martínez.* Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1967.

La Nota Editorial de esta obra es corta, pero interesante:

"La novela salvadoreña da un nuevo paso con esta obra de Yolanda C. Martínez. (*)

Sin formalismos académicos y sin propósitos deliberados de mantener en los lectores una actitud de suspenso, *CORAZON LADINO* es una novela que ha dado un salto de lo vernacular campesino a la problemática urbana.

La vida del personaje central de la obra, *Leonor Palacios*, transcurre en tres puntos geográficos bien definidos: San Cristóbal de Atitlán, República de Guatemala, su tierra natal; Albany, N. Y., Estados Unidos de América, y la ciudad de Guatemala, capital del hermano país. También los otros protagonistas se mueven en tres planos espirituales distintos, basados en cuestiones de raza y de cultura.

Leonor Palacios es una mestiza. Su Padre es un *criollo*, hijo de españoles. Su madre una *india* de San Cristóbal. El que llegó más tarde a ser su esposo, es un norteamericano de Albany, blanco, como su padre.

La autora sabe combinar con bastante acierto los ingredientes humanos del relato. La personalidad de cada uno de los protagonistas es presentada con caracteres de indiscutible realismo.

Don Francisco Palacios, el padre de Leonor, no permitió que su esposa amamantara a sus hijos porque "se le iban a deformar los senos". Y se le oía decir en tono sentencioso: "El mundo es de los hombres"... "La mujer viene al mundo para dar y para sufrir"...

La señora de Palacios es india "hija de indios". Tiene la convicción de que "todo lo que dice y hace su esposo es lo que debería decirse y hacerse".

Leonor Palacios es mestiza. Cuando niña, el padre la llamaba siempre "para aprenderla"... Su madre se "limitaba a ser bella". Jamás la acariciaba... Jamás la tomó en sus brazos... Nunca la besó... Nunca le permitió vestirse como los ladinos.

Pedro Palacios, hermano de Leonor, jamás tuvo para ella "una frase amable". Siendo estudiante universitario, la vejó horriblemente al saber de su amistad con Andrew Hess, el antropólogo norteamericano con quien Leonor se casó más tarde. Pedro había devenido antiyanqui.

Andrew Hess, antropólogo norteamericano, considera a Leonor Palacios, su esposa, "algo mejor" que "un objeto indígena" para su colección.

Elaine Hess, la suegra de Leonor, no parece una "madre sino un sargento. Y así actúa".

Estos son algunos elementos del ambiente humano que se respira en la novela. Todos, sin excepción, resultan sujetos del psicoanálisis.

Yolanda C. Martínez muestra en *CORAZON LADINO* un profundo conocimiento de la psicología humana. Y entrega en su obra una contribución valiosa a la literatura centroamericana.

*YOLANDA CONSUEGRA MARTINEZ. Trabajadora Social y cuentista salvadoreña. Nació en Zacatecoluca. Estudió en la ciudad de Ahuachapán y en esta capital. Obras publicadas: *Seis Cuentos*; *Sus fríos ojos azules*, novela. Tiene libros inéditos.

PAGINAS ESCOGIDAS. *Juan Ramón Uriarte*. Segunda Edición. Ministeric de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1967.

"Hace más de un cuarto de siglo que dos ex-alumnos del Profesor JUAN RAMON URIARTE* decidieron rendir homenaje a su maestro con la edición de sus PAGINAS ESCOGIDAS. Fueron los Profesores don Ceferino E. Lobo y don Héctor Aguilar Hernández los editores de aquella obra, que positivamente ha servido a los estudiosos de la literatura en nuestro país.

Pueden muchas antologías haber omi-

tido la producción del Maestro Uriarte porque no alcanzó, dentro de los límites de lo relativo, la medida que exige la fama.

Sin embargo, quienes se han ocupado en forma sincera de la literatura salvadoreña, han tenido en su obra una fuente obligada para sus propias referencias.

Juan Felipe Toruño lo ubica entre los encauzadores (con los Maestros Francisco Gavidia y Alberto Masferrer), y dice de él: *URIARTE fue el animador desde la escuela, el periodismo y la cátedra. Estimulando, guiando. Trajo de Europa la estética y todo lo que fuera de Guyau, y lo colocó en actividad docente. Las dificultades de los principiantes en las letras eran eliminadas por él. El libro, la indicación oportuna, la norma, todo lo que sirviera para las letras, lo proporcionaba...*

El contenido de PAGINAS ESCOGIDAS es una manifestación elocuente del fervor y la pasión puestos por Uriarte en sus escritos. Y en todos ellos se advierte la presencia del Maestro. Parece como si cada palabra y cada párrafo fueran dichos pensando en la lección que habrían de llevar a los demás.

O los editores seleccionaron de su maestro aquello que más ajustaba a su propio quehacer o el maestro no pudo sustraerse nunca a la vocación de guiar, de enseñar, de orientar. La consecuencia es obvia: PAGINAS ESCOGIDAS es una cátedra y, siéndolo, no podía quedarse en el "casi olvido" de una primera edición por muchos motivos limitada. Por eso, esta segunda edición viene a completar el homenaje que se merece uno de los más preclaros propulsores de la evolución cultural de El Salvador".

*JUAN RAMON URIARTE, Nació en San Salvador el 24 de octubre de 1884, y murió en la ciudad de México, el 12 de octubre de 1934. Fue maestro, diplomático,

escritor y periodista. Su influencia en los círculos intelectuales se hizo sentir con mayor intensidad en el período 1915-1930.

IDEARIO ESTUDIANTIL. *Manuel Guillermo Campos*. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1967.

NOTA EDITORIAL:

"Para cumplir uno de sus objetivos (...imprimir libros didácticos conforme al Art. 1º de su Reglamento), la Dirección General de Publicaciones ha editado, por mandato del Ministerio de Educación, un número relativamente reducido de títulos con objeto de auxiliar a los maestros o para servir textos valiosos a los alumnos.

IDEARIO ESTUDIANTIL, por Manuel Guillermo Campos*, está dirigido a los estudiantes para orientarlos en su tarea específica: estudiar.

El estudiante debe saber para qué estudia, a fin de estar mejor motivado en su actividad. Tiene que dominar, además, un método que le asegure éxito en la función propia de su trabajo. Por último —aun cuando esta sea una cuestión de carácter formal y, por lo tanto, discutible—, el estudiante debe saber cómo culminar con éxito cada período de estudios: debe prepararse bien para un examen con objeto de probarse a sí mismo cuánto gana con su dedicación y su esfuerzo.

Con generosidad digna de encomio, IDEARIO ESTUDIANTIL condensa en sus páginas una serie de fórmulas que, bien aplicadas por los estudiantes, pueden rendirles incalculables beneficios".

* MANUEL GUILLERMO CAMPOS nació en San Pedro Masahuat, El Salvador, el 8 de abril de 1916. Se graduó como Maestro de Educación Primaria en 1938. Obtuvo su Licenciatura en Educación

(M. A.), en la Universidad de Iowa, EE. UU. Ha sido Director de la Escuela Normal Superior de El Salvador, Cate-drático de la Universidad de El Salvador y Experto de UNESCO. Ha publicado los opúsculos: *Cómo estudiar y Decálogo de evaluación escolar*.

DERECHO. Revista de la Asociación de Abogados de El Salvador. N° 5. Im-presa en los Talleres de la Dirección General de Publicaciones. Ministerio de Educación. San Salvador, El Sal-vador, C. A. 1967.

Contenido: *Discurso pronunciado por el doctor Alfredo Ortiz Mancía, en el acto de toma de posesión de la Junta de Gobierno de la Asociación de Aboga-dos de El Salvador, el día 14 de enero de 1966; El sistema tributario salvado-reño y el Mercado Común Centroameri-cano*, por el doctor Alvaro Magaña; *El Federalismo en Centro América*, por el doctor René Fortín Magaña; *Guión Histórico de la Ciencia del De-recho*, por el doctor Reynaldo Galindo Pohl; *Sección Jurídica*.

DOCENCIA. Escuela Normal "Alberto Masferrer", Epoca II. N° 5. Revista impresa en los Talleres de la Direc-ción General de Publicaciones del Ministerio de Educación. Director de la escuela: profesor Gildaberto Bonilla; Sub-director: profesor Mario Saravia Jiménez; Director de la re-vista: profesor Andrés Soriano Na-vidad.

Contenido: *La burocracia*: profesor Gildaberto Bonilla; *Algunos métodos en los estudios sociales*, profesor Daniel Posada Renderos; *Pronunciemos bien*, profesor Mario Saravia Jiménez; *Liber-tad religiosa*, profesor Andrés Soriano Navidad; *Recuerdo de Vincenzi*, profe-sor Benítez Sosa; *Medidas de posición en estadística*, profesor Gildaberto Bo-nilla; *La orientación familiar en los hi-jos*, profesora María Elena Vanegas de Guzmán; *Historia del periodismo sal-vadoreño*, por Eduardo Alfonso Molina, alumno del 3er. año profesional, Sec-ción "C"; *Reflexiones ingenuas sobre el Caballero Andante*, profesor Enrique Benítez Sosa.

